Darse cuenta: la construcción social del riesgo ambiental en un barrio de la Ciudad de Córdoba[1]

Andrea Milesi[2]

Introducción

¿Qué pasa cuando el "ambiente" es el propio barrio?

En junio de 2006, la organización ambientalista Greenpeace realizó una importante movilización en la ciudad de Buenos Aires, que contó con unas tres mil personas, quienes sumando sus cuerpos formaron la palabra "NO" para repudiar el ingreso de material radiactivo al país. Nueve contenedores con uranio natural serían trasladados a la empresa Dioxitek S.A. situada en la ciudad de Córdoba, Argentina.

Dioxitek es una planta dedicada a la purificación de concentrados comerciales de uranio y a la conversión de este producto de pureza nuclear en polvo de dióxido de uranio, para la fabricación de pastillas, que se utilizan para ensamblar los elementos combustibles para las centrales de Atucha I y Embalse.

Un folleto con la información de la denuncia efectuada por Greenpeace fue distribuido en el barrio destino del cargamento (Alta Córdoba). El volante invitaba a una reunión para reclamar el cese de actividades de la planta. Ante esta situación, los vecinos decidieron movilizarse.

Una vez más, la Fundación para la Defensa del Ambiente (FUNAM) organización ambientalista cordobesa, calificó como *"alto e inaceptable impacto ambiental el que produce la planta"*, catalogando las actividades de la empresa como sumamente contaminantes.

En este contexto surgen entonces algunos interrogantes: ¿cuándo las cuestiones ambientales son percibidas como un problema por la sociedad? ¿Qué importancia tiene para los distintos sujetos las condiciones del ambiente en que desenvuelven parte de sus vidas? ¿Qué sucede cuando el "ambiente/problema" está en el propio barrio? ¿Qué aspectos son necesarios tener presentes a la hora de procurar involucrar a los distintos actores de la sociedad civil en la lucha por un ambiente sano?

Partiendo de aportes teóricos antropológicos y sociológicos, se realizaron observaciones, se recopiló información periodística y se efectuaron entrevistas a

distintos actores, procurando responder estos y otros interrogantes, cuyos resultados se presentan a continuación.

La Naturaleza transformada en ambiente

A partir de los años '70, y con la Conferencia de Estocolmo[3], paulatinamente fue sustituyéndose el término "naturaleza" por el de "ambiente" o "medio ambiente", como es más comúnmente llamado. Este cambio en la denominación no revela solamente un cambio en el lenguaje sino que da cuenta de un fenómeno más profundo: pone en evidencia la transformación que ha comenzado a gestarse en la percepción del entorno y cómo progresivamente la relación social con el mismo viene cobrando relevancia. El interjuego de relaciones entre medio físico y actividad humana han pasado ya a formar parte del paisaje.

Si bien desde un punto de vista estrictamente académico, naturaleza y ambiente no son términos intercambiables, desde la percepción de los ciudadanos, aquello que era apenas naturaleza pasó a ser denominado medio ambiente. La naturaleza devenida ambiente dejó de ser un elemento aislado para convertirse en un complejo de relaciones. Es un medio ambiente problematizado, agredido, cuestionado. Decir medio ambiente es pensar en una naturaleza que debe ser protegida, un problema que necesita ser resuelto.

Estas cuestiones que vienen siendo señaladas cobran importancia cuando advertimos que se aprende y se enseña a mirar el medio que habitamos. El proceso de adiestramiento, el entrenamiento particular que cada sociedad desarrolla en interacción con su ambiente va a conformar en los sujetos una particular percepción de su entorno.[4] La mirada que tienen los sujetos respecto de su medio es instruida, está social y culturalmente mediada. Este aprendizaje se traduce en escalas que asignan valores diversos al entorno en que los sujetos desarrollan su existencia. Esto va a influir en las representaciones acerca del medio, como así también en las decisiones, comportamientos, reconocimientos y demás acciones que se hagan respecto del ambiente.

Los cambios en las representaciones sociales acerca del medio cuentan con distintos agentes, entre ellos, agrupamientos ecologistas que con su accionar se constituyen en factores estimuladores para la renovación de las prácticas sociales ambientales. Aspecto éste sumamente importante porque son, precisamente, "...los millones de acciones y actitudes cotidianas de obediencia ciega al orden dominante que crean, reproducen y refuerzan las estructuras sociales" (Evers, 1985:8). Esto cobra mayor importancia aún si se considera que este proceso opera de forma inconsciente, ya que no están los actores preguntándose constantemente acerca de los motivos o valores que alientan su comportamiento, sino que por el contrario, la mayoría de ellos responde a estructuras de ideas

y creencias culturalmente modelados. De allí la importancia que adquiere la gestación de actividades y actitudes alternativas, el "hacer lo cotidiano de otra manera", que permite ir modificando paulatinamente las formas de las percepciones sociales y la conformación de nuevos modos de vivir y de relacionarse. En este sentido, las actividades del ambientalismo están orientadas, entre otros aspectos, a transformar la lógica que alienta la visión del hombre respecto de su relación con el medio indispensable para su subsistencia.

Un aspecto relevante, y al mismo tiempo de difícil tratamiento, está dado por el hecho de que no es posible referirse al ambientalismo como si se tratara de un movimiento universal homogéneo. En líneas generales, el ambientalismo forma parte de los llamados "nuevos movimientos sociales". Estos son manifestaciones colectivas surgidas a partir de las nuevas configuraciones sociales, donde los vacíos generados por las transformaciones en el comportamiento del Estado fueron dando origen a la conformación de grupos, que desde ámbitos ajenos al poder público, buscaron cubrir necesidades que los organismos de Estado no lograban ya satisfacer. En el caso del ambientalismo, si bien el eje de las actividades está dado por la intervención en las relaciones que el ser humano establece con su ambiente, las ideas que animan las prácticas responden a los más variados intereses y objetivos, como así también las estrategias desplegadas para llevar a cabo sus acciones. Si bien el tratamiento de estas cuestiones excede ampliamente los objetivos del presente trabajo, no obstante ello, cabe señalar que las diferencias suelen ser tan grandes y profundas que acaban encontrando prácticamente un único elemento en común: la preocupación ambiental.

En el caso en análisis, por ejemplo, las organizaciones involucradas emplean estrategias de alto impacto mediático, y sus prácticas son igualmente apoyadas cuanto cuestionadas desde el interior mismo de las agrupaciones ambientalistas, muchas de las cuales consideran que las prácticas suelen tornarse excesivamente personalistas con lo que los objetivos de la participación ciudadana y el cambio de conciencia ambiental quedarían absolutamente desvirtuados y secundarizados.

Un aspecto para tener en cuenta es el recurso frecuente, por parte de los grupos involucrados en la preservación ambiental, del empleo del lenguaje propio de las ciencias naturales para abordar la problemática ambiental, lo que le otorga a la cuestión la seriedad propia de los fenómenos científicamente analizados. Pero, al mismo tiempo, les imprime una magnitud que los refiere como inalcanzables y propios de un universo ajeno a los actores sociales en general.[5] En este sentido, el asignarle un valor preponderante a la ciencia y la tecnología como capaces de satisfacer las necesidades humano-ambientales puede contribuir a generar la pasividad de los actores sociales, secundarizando su importancia en

el proceso. Este es uno de los problemas observables en el tratamiento de la cuestión ecológica, que podría denominarse "efecto de externalidad negativa". El uso reiterado de expresiones y explicaciones propias de las ciencias naturales suele generar el efecto de ser una cuestión tan científicamente precisa que se hace inaccesible para los actores en su quehacer cotidiano. A esto se suma que las responsabilidades pasan a ser tantas y tan abrumadoras que parecería imposible hacerles frente, sobrepasan la existencia de cualquier mortal desde que se es responsable, nada menos, que de la suerte que correrán las generaciones futuras.

Más allá del excesivo tecnicismo con que suelen abordarse las cuestiones ambientales, cabe preguntar ¿qué ocurre cuando el ambiente deja de ser el mundo, el país, las ballenas...y se traslada a unas pocas cuadras de la propia vivienda? ¿Qué pasa cuando el "ambiente/problema" está en el propio barrio? ¿Qué importancia tiene para los distintos sujetos las condiciones del ambiente en que desenvuelven parte de su vida?

La Atómica

> *"Dentro de la bruma de cierto misterio que por lo general, envuelve el quehacer de los laboratorios trajinantes con materia nucleares, alcanzamos a entrever lo que acontece en el Complejo fabril Córdoba...(la)..."Planta Atómica", en la jerga popular..."* (Bischoff, 1992:154).

El Complejo Fabril Córdoba fue creado en 1952, a partir de unos pabellones originariamente empleados por Fabricaciones Militares. Allí se llevaban a cabo actividades de concentración de uranio. El uranio es un elemento clave para el desarrollo de la energía nuclear, fundamentalmente por la particularidad de ser un mineral capaz de concentrar en un volumen pequeño una gran cantidad de energía. Según Greenpeace, es un elemento radiactivo que representa un grave riesgo para la salud cuando es ingerido o inhalado.

> *A comienzos de los años de 1950, Argentina decidió incursionar en las aplicaciones pacíficas de la energía atómica, por entonces una prometedora tecnología. A mediados de la década del 70, existía en Alta Córdoba una planta de purificación de concentrados de uranio construida con ingeniería y montaje totalmente nacionales.*[6]

Hacia finales de los setenta, ya los residuos de las actividades de la planta, que venían siendo almacenados en el mismo terreno, fueron cubiertos con tierra y el sector fue parquizado, dando origen a un montículo llamado corrientemente "el chichón de Alta Córdoba".

En 1982 comienzan las operaciones de líneas de purificación y conversión del concentrado de uranio. A partir de entonces, fueron sucediéndose diversas denuncias según las cuales la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) no habría estado respetando las normas relativas al tratamiento de residuos peligrosos.

En un primer momento se admitió la existencia de 2.000 toneladas de desechos, aunque con posterioridad a las investigaciones la CNEA debió reconocer que la cantidad de material de colas de tratamiento oscilaba entre las 20.000 a 40.000 toneladas. Ya para entonces se comenzó a evidenciar la necesidad del traslado de los residuos para reducir la exposición a la radiación a los obreros de "la Atómica" y a los vecinos de la zona, sea por filtraciones del suelo como por contaminación del aire.

Las colas de tratamiento de uranio, según la Agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos (organismo consultor según la legislación de la provincia de Córdoba), pueden afectar la salud humana por diferentes vías, a saber: por difusión de gas radón en ambientes cerrados; por inhalación del mismo liberado directamente a la atmósfera por colas guardadas sin las cubierta correspondientes; por exposición a los rayos gamma emitida por el material almacenado y por la dispersión del material radiactivo, sea por efecto del viento o por la percolación a las aguas superficiales o subterráneas utilizadas para el consumo humano. Es importante resaltar que la vida media del radio es de mil seiscientos años. La normativa estadounidense establece que las medidas de control deben asegurar como mínimo una efectividad no menor a los doscientos años.

Si bien algunos especialistas han sostenido que los temores acerca de los peligros para la salud devenidos de esta explotación son infundados, no obstante ello, la necesidad de traslado de la planta no fue negada.

Con el transcurso del tiempo, la situación se fue complejizando hasta que en 1994 las autoridades municipales comienzan a solicitar la relocalización de la fábrica, proyectándose diversos acuerdos y promesas, todas incumplidas.

Desde 1997 y hasta la actualidad, el Complejo Fabril Córdoba es operado por Dioxitek. Esta es una sociedad anónima estatal, cuyas acciones pertenecen mayoritariamente a la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA).[7] La misma se encarga del suministro de polvo de dióxido de uranio que se utiliza como combustibles para las centrales nucleares de Embalse y Atucha I.

En el '98 la CNEA firma un acuerdo con la Municipalidad de Córdoba, luego establecido por una ordenanza del Concejo Deliberante, según el cual, la planta debía cerrar sus puertas en diciembre de 2001. Sin embargo, al no realizarse las actividades necesarias a los fines de su traslado, la planta continuó en funcionamiento ya que como bien señalaron las autoridades *"hasta tanto no se construya*

otra fábrica, no se puede desactivar esa, porque las pilas que fabrica son absolutamente necesarias para el funcionamiento de las centrales nucleares argentinas".

En junio de 2006, la organización ambientalista Greenpeace denunció la presencia en un depósito fiscal de la Ciudad de Buenos Aires de nueve contenedores con uranio natural provenientes de Houston (Estados Unidos), los cuales serían trasladados a la ciudad de Córdoba para ser entregados a la empresa Dioxitek S.A.

De este modo, el conflicto por los pedidos de reubicación de la planta, que había entrado en una etapa de latencia, fue reactivado y el clima barrial volvió a agitarse. Se sucedieron diversas actividades que involucraron a vecinos, secretarías de gobierno, autoridades municipales y distintas organizaciones ambientalistas a nivel local, principalmente FUNAM. Surgieron, asimismo, denuncias por parte del Foro Social[8] sosteniendo que la CNEA *"...crea foros para legitimarse con la sociedad civil, pero oculta información y continúa con los desmanejos ambientales, poniendo en riesgo la salud, la vida y el ecosistema"* (Foro Social, dictamen 19/07/06).

Finalmente, en Julio de 2007, la empresa Dioxitek S.A. suscribe un Convenio con la Universidad Tecnológica Nacional (UTN), de acuerdo con el cual el Centro de Investigación y Tecnología Química (CITQ) de esa universidad llevará a cabo un estudio tendiente a elaborar un elenco de los sitios posibles para el traslado de la planta. En el lugar elegido por Dioxitek, dentro de los propuestos por el CITQ, se construirá la planta que deberá entrar en funcionamiento a mediados de 2011.

El espacio social

Referirse al 'espacio social implica considerar al espacio como un objeto complejo, producto de la actividad humana, donde intervienen tanto factores materiales como sociales, sujetos y relaciones, prácticas y representaciones, como así también los discursos que en él circulan.[9] En el caso que venimos analizando, podríamos afirmar que se está en presencia de un espacio social signado por el conflicto.

El conflicto constituye una cuestión de relevancia para la discusión sociológica y antropológica. Georg Simmel lo considera como una forma de asociación constitutiva de la sociedad, ya que "si toda acción recíproca entre hombres es una socialización , la lucha, que constituye una de las más vivas acciones recíprocas y que es lógicamente imposible de limitar a un individuo, ha de constituir necesariamente una socialización"(Simmel, 1977:265).

Como se señalara más arriba, el conflicto que nos ocupa surge a partir de las actividades industriales llevadas a cabo por la planta de procesamiento de ura-

nio ubicada en Alta Córdoba. Este lugar es uno de los barrios más antiguos y el más populoso de la ciudad.[10] Cuando la noticia del traslado de un cargamento de uranio se hizo oír en Alta Córdoba, puso en movimiento a los vecinos y el fantasma de la energía nuclear se activó nuevamente.

La primera convocatoria tuvo lugar en un comercio del barrio. Según relata una de las asistentes, *"Me dejaron debajo de la puerta un folleto donde Greenpeace denunciaba un cargamento de uranio con destino a Dioxitek, y convocaban a una reunión en un negocio en Fragueiro y León Torres. Comenté con mi marido que es médico y dijo que deberíamos participar..."*. La gente respondió masivamente, desbordando la vereda y también se hicieron presentes los medios. Hubo quienes frente al movimiento y las luces de las cámaras se acercaron preguntando *"...¿hubo un choque?"*.

Frente a este cuadro, un grupo de vecinos convocó a una reunión en la plaza más importante del barrio: Plaza Rivadavia, distante a unas diez cuadras del complejo fabril Dioxitek. El lugar, definido relacionalmente como conducta en el espacio, representa un concepto articulador:[11] *"...las cosas del barrio se discuten en la plaza Rivadavia"*.

> La plaza es un espacio público:
> ...la esencia del espacio publico se sustenta en el dominio público, el uso social y colectivo y la multifuncionalidad, siendo asimismo sus características físicas la accesibilidad y su calificación ligada proporcionalmente a la cantidad y calidad de las relaciones sociales que facilita el estimulo de la identificación simbólica, la expresión y la integración culturales y comunitarias ..." (Consejo Deliberante de la Ciudad de La Plata, Fundamentos del Código del Espacio Público, Ordenanza 9880).

A partir del propio comportamiento de los vecinos y del uso que se da a la Plaza Rivadavia, este espacio físico, soporte de la relación, constituye el referente inmediato de la expresión comunitaria. La plaza del barrio es de los vecinos. Es un espacio público y es también un espacio político donde se ponen en juego intereses, discursos y representaciones, donde es posible ejercer el reclamo ciudadano.

Desde ese momento, se conformó una Asamblea que se reunió durante algún tiempo. *"Los primeros éramos una maestra jardinera, una bióloga, un analista de sistemas...una pareja que está en jubilados autoconvocados, la del negocio de fotos, gente de cerca de la planta, maestras, éramos bastantes..."*, comenta un asambleísta. Los sábados por la tarde volvían a la plaza para comunicar y debatir propuestas: *"...en la plaza se acercaba gente de todas las edades"*.

La Asamblea organizó diversas actividades. Enviaron notas de reclamo a distintas autoridades gubernamentales, incluso entregaron personalmente una

carta de los vecinos en la Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable de la Nación. Realizaron una manifestación frente a la Municipalidad, recolectaron firmas, establecieron contacto con otros grupos que enfrentaban problemas ambientales, elaboraron un cuadernillo informativo para distribuir en el barrio que contó con el apoyo publicitario de algunos comercios de la zona, etc.

Una mención aparte merece el festival artístico que realizaron en la plaza. En esa oportunidad, contaron con la presencia de distintos grupos que hicieron su aporte a la protesta con canciones, leyendas y carteles, declarando *"No contamine nuestro futuro"*, *"No somos un basurero nuclear"*.

Comentan con orgullo los organizadores:

> *...cuando hicimos el festival en la plaza que vino Joselo Shuap, el chamamecero de Misiones, lo alojó en su casa uno de nosotros, fue una de las maestras, pero todos pusimos para atenderlo, hicimos el mural, también estuvieron los de Dioxitek mirando, estuvo Raúl* (ambientalista local).

Con la profundización del conflicto, los integrantes de la Asamblea, a pesar de acordar en su decisión de *"...continuar con la lucha hasta obtener no solo el traslado de la planta sino inclusive la remediación del predio..."*, comenzaron a asumir posiciones diferenciadas respecto de las modalidades para llevar adelante sus reivindicaciones. Esto trajo como consecuencia la fragmentación al interior de la asamblea.

> *El problema de la Asamblea es que eran grupos muy heterogéneos, ahí empezaron las disputas. Yo les dije (relata una asambleísta) que no iba a andar cortando calles ni nada de eso. Ahí había uno que era director de teatro, me trató de derechista [...] otros ya vinieron a querer agruparse con gremialistas [...] A mí toda esa onda de los partidos de izquierda y todo eso no me va. Es mezclar las cosas [...] me decían que a mí me interesaba solo aparecer en los medios y no es así, sí me parece que salgo espantosa en televisión...pero si no estás en los medios nadie se entera...*

Paulatinamente, los vínculos fueron debilitándose y la participación fue decayendo quebrantando la Asamblea. Parte de sus miembros se fueron alejando y optaron por encaminar sus reclamos sumándose a otros grupos.

La firma del acuerdo, al que ya se hizo mención, entre Dioxitek y la Universidad Tecnológica Nacional, a pesar de generar reacciones diversas al interior la Asamblea (o al menos a lo que quedaba de ella), trajo calma a la cuestión.

> *...pensamos en ir a la firma y ver si nos dejaban pasar, hacer acto de presencia, a mí, mucha confianza no me da, también deberían consultar a los ambientalistas [...] algunos queríamos ir, pero los otros no estaban muy seguros [...] después nadie*

podía, [...] yo ir sola [...] al final no hicimos nada, quizás podríamos hacer algo formal...no sé...Está como aletargada la Asamblea.

Dentro del contexto barrial más amplio, el acuerdo se tradujo en un cambio en el perfil de la cuestión. La participación de la Universidad, al tratarse de un organismo que cuenta con prestigio social –*"...ahora están los de la universidad..."*–, contribuyó a generar cierta expectativa en la seriedad de la búsqueda para solucionar el problema.

Los discursos sociales

"El ambiente es responsabilidad de todos", esta es una frase comúnmente reiterada. Cuando se dice todos, ese "todos" incluye al Estado o, más bien, debería incluirlo. Pero, cuando se trata del ambiente, dentro del imaginario social, el Estado parecería no formar parte del todos. No puede formar parte puesto que encarna un sistema discutido o con el cual no se puede comulgar, al menos para los ambientalistas y algunos sectores de la población. Consecuentemente, si los dichos y promesas vienen del Estado o de organismos a él vinculados, no son creíbles. El Estado parecería ser justamente el único al que, si bien se le puede pedir, no se le puede creer. Los organismos políticos del Estado parecerían no gozar de la confianza necesaria en materia ambiental, en alguna medida derivada de las percepciones públicas acerca de sus conductas y comportamientos. En el caso en cuestión, las autoridades o bien ocultaron o no ofrecieron toda la información, sus expertos le restaron importancia, minimizaron los riesgos. Sea para no infundir temor en la población, sea por simple familiaridad con la cuestión, o por considerar que la misma era controlable, la tendencia fue la de quitarle trascendencia. Este accionar resultó contraproducente y generó dudas en los vecinos.

El descrédito de las organizaciones públicas, *"Los funcionarios ya han demostrado su incapacidad ..."*, llevó a buscar auxilio en otras organizaciones, ambientalistas en este caso, como referentes para iniciar o al menos organizar la lucha. En el caso aquí analizado, le correspondió un lugar privilegiado a la Fundación para la defensa del ambiente (FUNAM) organización ambientalista local.

Los escritos de FUNAM, particularmente "Estudio sobre el impacto ambiental del Complejo Fabril Córdoba (CFC) que operan Dioxitek S.A. y la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA)"[12], son reiteradamente citados por los vecinos y constituyen la principal fuente de información: *"El documento que presentamos13 lo escribimos primero nosotros, nos informamos en Internet, la FUNAM tiene una página, también con libros [...] y se lo llevamos a Raúl (FUNAM) , y se hizo un documento nuevo, el que presentamos"*.

Se trata de una organización ambiental que goza de gran prestigio en la sociedad cordobesa, a punto de constituirse en referente a la cual acudir en caso de necesidad por parte del "vecino", en este caso. Paradójicamente, desde los centros académicos suelen cuestionar sus estrategias de comunicación por considerar que apela "excesivamente" al impacto mediático. Citan por ejemplo, el hecho de que FUNAM denunció que la sustancia que provocó la muerte del espía ruso Alexander Litvinenko, el polonio, forma parte de los contaminantes que se encuentra en el depósito subterráneo de Dioxitek. O el destacar que un accidente ocurrido en 1999, en una planta de procesamiento de uranio, semejante a la emplazada en Alta Córdoba, puso a Japón en situación de emergencia nacional. Hechos que, algunos sectores, consideran que por el modo en que son expuestos no propenderían a una actuación crítica e informada por parte de la población.

De todos modos, esta no sería una práctica exclusiva de esta organización. Antes bien, respondería al tipo de estrategias empleadas, si bien no uniformemente por todas, sí por muchas organizaciones ambientalistas, para lograr la "visibilización" del problema respecto al cual pretenden involucrar a la población. Esta organización, que cuenta con importantes premios internacionales siempre referenciados, al tomar lugar en la escena imprime sus perspectivas y modalidades para llevar adelante el conflicto. Más allá de las múltiples críticas, la organización ha logrado constituirse, dentro del imaginario social, en referente inmediato de la lucha ambiental en la ciudad.

Respecto a las informaciones aparecidas en los medios gráficos y televisivos, resultan muy variadas, dando alternativamente lugar a ambientalistas, académicos, representantes de la CNEA y autoridades de gobierno. También son observables las diferencias, según el medio que vehicule la información (lo que también tiene relación con las internas políticas[13]), de modo que el relato sugiere mayor o menor credibilidad, de acuerdo al funcionario que se manifieste.

Expertos en el tema energético, si bien sostienen que no es conveniente que la industria se encuentre ubicada en un barrio tan densamente poblado, no obstante ello, minimizan los riesgos de la actividad, considerando que las denuncias de las organizaciones ambientalistas resultan temerarias por carecer de sustento científico. Fundamentos al margen, se evidencia un trasfondo signado por perspectivas diametralmente diferentes respecto a la conveniencia o no de la energía nuclear. Y las opiniones a favor y en contra de este tipo de energía son equiparables en importancia, cantidad y calidad de los argumentos.

De todos modos, la cuestión relevante, en tanto objeto de la reflexión antropológica, no se localiza en procurar establecer cuál es el o los argumentos más adecuados, sino en por qué algunos argumentos impactan en el imaginario social y otros no.

En este sentido, energía nuclear es una palabra que asusta. Asusta porque, más allá de las declaraciones acerca de las virtudes de este tipo de "energía limpia", como la llaman sus defensores, la historia cuenta con casos suficientes como para poblar el imaginario social de fantasmas amenazadores.[14]

¿Quién no recuerda Chernobyl? El accidente nuclear ocurrido en abril de 1986 que, de acuerdo con la declaración oficial, fue producido por una falla humana. Los trabajadores de la planta nuclear habrían apagado los sistemas de seguridad y enfriamiento. Esto provocó el calentamiento excesivo de uno de sus reactores, lo cual desencadenó una enorme explosión que hizo volar el techo y liberar a la atmósfera grandes cantidades de material radiactivo. La nube tóxica descansa sobre los países nórdicos que poseen larga tradición en el cuidado de su ambiente y las imágenes desoladoras que llenaron de horror al mundo persisten aún en la memoria.

En el caso de Alta Córdoba, es claro que hay rechazo a la existencia de la planta. Hay acuerdo en que deben cesar sus actividades, y fundamentalmente, que el traslado debe ser acompañado de las actividades necesarias tendientes a la remediación del predio. Pero, se observan grandes diferencias en la importancia que adquiere la cuestión cuando entran a considerarse los distintos grupos involucrados.

La planta no adquiere la dimensión de una amenaza de modo uniforme dentro del espectro barrial. Si bien no es posible pensar en "todo el barrio" involucrado activamente en la cuestión, los hechos revelan que a pesar de ser un barrio populoso solo un puñado de vecinos lleva adelante el reclamo. El ambiente y los sujetos se ven amenazados con diferencias significativas de magnitud que dependen, entre otras cuestiones, del sector en que el vecino tenga su vivienda. Esto trae como consecuencia la necesidad de examinar qué tipos de cuestiones entran en consideración a la hora de evaluar la participación y el compromiso con la protesta.

¿Qué se gana? ¿Qué se pierde? ¿Qué se arriesga?

Para intentar comprender las diferentes actitudes o comportamientos de los vecinos frente a la problemática planteada por la existencia de esta actividad industrial en el barrio, es necesario observar qué cuestiones entran en juego.

Entre los estudiosos de la sociedad actual, encontramos a Ulrich Beck, quien sostiene que el riesgo constituye una característica estructural de las sociedades modernas. Para este autor, en las sociedades actuales, la producción de riqueza va acompañada de la producción de riesgos, siendo ambos objeto de reparto. No obstante, riquezas y riesgos son bienes diferentes y dan origen a conflictos también diferenciados: "Los riesgos, generalmente son invisibles (...)

son un producto adicional, es necesario impedirlos, evitarlos o negarlos" (Beck, 1998:25). Si bien se ha reconocido la existencia de esta "sociedad de riesgo", al mismo tiempo se ha señalado la necesidad de considerar las condiciones del contexto en que se generan las percepciones sociales acerca del mismo. En otros términos, el hecho de encontrarse los sujetos inmersos en una situación objetiva de riesgo, no necesariamente implica que estos actores sociales se sientan en situación de riesgo. Con lo que además de las condiciones objetivas, hay que recuperar las condiciones culturales y simbólicas, los significados compartidos para comprender la conformación de las representaciones sociales en la "sociedad de riesgo".

En este caso, la planta, por su actividad industrial, por los materiales que emplea en su producción, por las condiciones de funcionamiento y, fundamentalmente, por los relatos construidos en torno a la misma, reúne los elementos necesarios para que desde algunos sectores se configure un riesgo, una amenaza, un peligro.

Pero, para comprender las diferentes percepciones hay que atender, entre otras cuestiones, a la información que manejan los actores, la cual reúne una serie de elementos relevantes (como, por ejemplo, la opinión que tengan de los ambientalistas actuantes –en este caso específico la FUNAM-, el modo y tipo de información que ofrecen, las dimensiones y comentarios que adquiere la noticia, los modos en que es vehiculizada) que, combinados, contribuyen a generar en algunos sujetos la conformación de una imagen de presencia inminente de un peligro, en tanto que para otros no.

En este sentido, Mary Douglas sostiene que las nociones de riesgo son construidas culturalmente, lo que supone considerar la posibilidad de que los actores recuperen algunos aspectos y minimicen, o incluso, ignoren otros, por lo cual dentro de un mismo contexto es posible encontrar tanto posiciones muy próximas en algunos aspectos, como muy diferenciadas en otros. De este modo, el riesgo, la amenaza, el peligro, todas estas formulaciones cobran existencia y características específicas solo al relacionarlas con una cuestión concreta, en donde las construcciones simbólicas y culturales adquieren un valor explicativo fundamental para comprender las percepciones sociales, los significados compartidos por los sujetos involucrados.

Con lo que, más allá de ser "el riesgo" una característica propia de las sociedades actuales, una condición general (Beck), un contexto particular puede dar origen a construcciones igualmente positivas o negativas de una misma situación (Douglas). Esto es, la presencia de elementos de riesgo, no necesariamente tendría como correlato la conformación del mismo en el imaginario social.

Hay distintos actores sociales involucrados en esta cuestión. Están aquellos vinculados al gobierno municipal, provincial y nacional, los que pertenecen a

la empresa, sea por formar parte de sus cuadros directivos, o por desempeñarse como personal de planta en distintas funciones (servicios, investigación, etc.). Están los actores vinculados a organizaciones sociales, principalmente ambientalistas. Están, además, quienes habitan en el barrio Alta Córdoba. Centrando el análisis en estos últimos, también es posible observar distintos conjuntos de personas e ideas.

En el caso de los vecinos participantes activos de la Asamblea y de aquellos que sin participar directamente simpatizan con la misma, la preocupación por la explotación industrial y por los residuos enterrados en el predio adquiere, en principio, una doble dimensión. Se relaciona con la contaminación y sus consecuencias por daños posibles para la salud, pero también involucra preocupación por la posible pérdida del valor económico de sus viviendas.

Por su parte, los vecinos que se ubican en la misma manzana del predio fabril, si bien manifiestan reconocer la existencia de riesgos por la proximidad de la planta, por otro lado, reconocen que esta les brinda cierta seguridad por contener la expansión de una villa miseria colindante a sus fondos[15], con lo que la remediación del predio, no sería suficiente. Se requiere también la erradicación del asentamiento marginal, o en su defecto, presencia policial en la zona.

Estos que podrían considerarse como los puntos más extremos están permeados por una serie de posiciones intermedias, que van desde la preocupación eventual a la más absoluta indiferencia: *"...toda la vida hemos vivido así..."*.

Se podría señalar que es importante considerar las condiciones de vulnerabilidad en que se encuentran los distintos actores sociales, esto es, cuan expuestos se encuentran, efectivamente o no, a sufrir un daño, para evaluar su percepción del riesgo. Pero, y a los fines de este trabajo, resulta más esclarecedor considerar, más que las posibilidades efectivas de sufrir un daño, las creencias que tengan los distintos actores sociales acerca de la industria en cuestión, independientemente de que las mismas se correspondan con la realidad. En este sentido cobra importancia la "inmunidad subjetiva".[16]

Como destaca Mary Douglas, es un factor de fundamental importancia la familiaridad que puedan tener las personas involucradas con las situaciones o elementos de riesgo en análisis. De este modo, si el elemento o circunstancia potencialmente amenazante forma parte de su cotidiano, los sujetos tienden a concederle una importancia menor que si se tratara de un hecho excepcional o novedoso. En general las personas tienden a resistir la idea de encontrarse en peligro cuando no hay variaciones importantes en su entorno: *"...desde que nací que está ahí..."*.

En el caso de la explotación en cuestión, si bien las actividades han ido variando a lo largo del tiempo, el predio "la Atómica" forma parte del paisaje barrial desde los años 50. Por otra parte, los contaminantes no son observables

a simple vista, sino que cobran vida a partir de la divulgación que realizan las organizaciones ambientalistas. Más aún, su peligrosidad, su carácter de amenaza, se configura a partir de la denuncia –una característica que, como apunta Niklas Luhman, es compartida por gran parte de los problemas ambientales.[17]

A lo señalado debe anexarse otro componente, constituido por la creencia en la posibilidad cierta de poder hacer algo al respecto: *"Ya lo dijeron, hay que esperar...y no se puede terminar con esto de un día para el otro, si hasta han ido a Buenos Aires para hablar y no pasó nada"*. Este tipo de respuesta denota la percepción de cierta impotencia, y en todo caso la expectativa de no llegar a ser afectado por una situación que, en principio, escaparía a la posibilidad de ser controlada: *"...es una causa perdida...es luchar contra un monstruo. Es una causa perdida."*

Darse cuenta

"No se dan cuenta...". Esta expresión se transforma en un eufemismo que circula en boca de los distintos actores, para definir la ignorancia de la que serían portadores aquellos que no comparten la propia posición. Ignorancia esta que comprende diferentes aspectos, que abarcan desde las características que reúne la explotación industrial que se lleva a cabo en la planta, a las particularidades de los elementos que se manipulan, las condiciones sanitarias, ambientales y también cuestiones de índole económicas y políticas.

Para los vecinos autoconvocados, *"...los que no participan son unos ignorantes, desconocen el peligro a que se encuentran expuestos..."*. Para los ambientalistas, *"...las autoridades manejan menos información que los vecinos"*. Para las autoridades, los vecinos *"...desconocen las necesidades energéticas del país...las pastillas son indispensables para el funcionamiento de las centrales de Atucha y Embalse"*. Para algunos expertos, *"hay un desconocimiento total, es una central química nada que ver con energía nuclear"*. Para los vecinos que no participan activamente, *"...¡esta gente no se da cuenta con quién se mete, se creen que van a poder hacer algo...se van a ir* (en referencia a Dioxiotek) *si les conviene y cuándo les convenga!"*

Conclusiones

La posibilidad de transformación ambiental, de reconocer al ambiente como soporte indispensable para la existencia, requiere que el entorno sea objeto de una nueva mirada. Es común encontrar el argumento de que la información lleva a los sujetos a involucrarse y de este modo defender su ambiente, pero es

un error creer que la sola evidencia empírica es suficiente para provocar este tipo de actitudes.

La posibilidad de que los actores se definan o puedan definirse como vulnerables ante un elemento que no se puede ver, que no se puede manipular, que en principio solo existe discursivamente, se encuentra íntimamente relacionada con la percepción del riesgo, en donde la prédica mas hábil y, al mismo tiempo de mayor difusión en el medio, será la que concentre las mayores posibilidades de adhesión.

La amenaza se configura como tal en la medida en que los sujetos se autoperciban como vulnerables o potencialmente vulnerables, caso contrario, la amenaza y con ella el riesgo quedan opacados o secundarizados frente a otras necesidades o demandas más acuciantes o inminentes. También la posibilidad de hacer frente al peligro contribuye a considerar la posibilidad de reacción. Si se cree que no puede hacerse nada, la mejor opción o la más razonable parecería seguir viviendo tal y como hasta ahora se ha hecho.

En esta última visión, curiosamente, se observa en alguna medida un proceso de renaturalización de los problemas ambientales. Al transformarse la "naturaleza" en "ambiente" se jerarquiza la importancia de la actividad humana, pero *si no se puede hacer nada*, la cuestión acaba siendo nuevamente naturalizada. Los problemas ambientales pasan a formar parte del paisaje, más aún, necesitan ser nombrados para cobrar existencia. Son una particularidad más de estas sociedades modernas.

Las organizaciones ambientalistas, las instituciones educativas, y desde ya, los organismos de gobierno deben propender al establecimiento de estrategias tendientes a estimular el conocimiento y la preocupación de los actores sociales por su ambiente. Pero teniendo presente que la información es necesaria pero no es suficiente. La sola evidencia empírica no basta, se requiere de la decisión política de abrazar la causa ambiental y que esta se constituya en una cuestión prioritaria. En este sentido, las ciencias sociales, en general, y la antropología, en particular, constituyen un aporte fundamental que debería ser recuperado puesto que permiten un acercamiento a las construcciones sociales de los distintos grupos humanos respecto del ambiente.

Los mensajes deben tender a alcanzar a la mayor población posible, pero para que esto ocurra es necesario que sean capaces de atender a las diferentes particularidades de los grupos afectados y recuperar sus intereses y preocupaciones. Es necesario partir de la consideración de las condiciones sociales, políticas y culturales dentro de las cuales se gestan las distintas percepciones ambientales. Estos aspectos son indispensables cuando se elaboran o escogen los contenidos o las informaciones que se desean comunicar. Magros serán los resultados si la información sobreabunda en datos técnicos que se tornan confusos e inac-

cesibles Esto es, sin dejar de lados los aspectos científicos correspondientes, es necesario que se tenga presente a quiénes va dirigida la información y que la misma presente las características de claridad y accesibilidad; más aún, que estimule el interés por conocer, por informarse. Del mismo modo, se debería procurar enfrentar la ambivalencia con que suele ser percibido socialmente el ambiente. En este sentido, es fundamental la promoción de la participación ciudadana a partir de la idea de que un ambiente sano es igualmente un deber y un derecho.

Notas

[1] Una versión preliminar en modalidad póster fue presentada en el V Congreso de Medio Ambiente de AUGM.

[2] Magíster en Antropología Social. Cátedra de Antropología, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. E-mail: anmilesi@fibertel.com.ar. 16/12/07.

[3] Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano celebrada en Estocolmo en 1972.

[4] Tim Ingold se refiere detalladamente a esta cuestión en: Escobar (2000).

[5] Este tema ha sido tratado más extensamente en Milesi (2004).

[6] Hugo Martin, especialista en seguridad radiológica y nuclear, diario *La Voz del Interior*, 25/01/04.

[7] El 99% de las acciones corresponden a la CNEA y el 1 % restante a la provincia de Mendoza.

[8] Este fue creado a instancias de la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) para analizar la situación ambiental y los proyectos de remediación que se aplicarían en la ex mina de uranio Los Gigantes (ubicada en cercanías de Tanti provincia de Córdoba), y en la fábrica de dióxido de uranio Dioxitek S.A. Este Foro está integrado por representantes locales de Greenpeace, APROAS, ADARSA, CEDHA y otras organizaciones de la sociedad civil.

[9] Sobre el particular, véase Ortega Valcárcel (2004:33 y ss.).

[10] La ordenanza que declara a Alta Córdoba comprendido dentro del radio municipal es de mayo de 1889. El censo de población del 2001 registra 401 barrios. La mayor población se concentra en Alta Córdoba, que alberga a más de 36.000 habitantes.

[11] Dentro de este enfoque véase Sepúlveda Ocampo y otros (2005).

[12] Cf.: Montenegro (2005).

[13] Están próximas las elecciones municipales y provinciales.

[14] W. Volkherimer (s/f) afirma que: "El accidente de *Chernobyl* es un accidente *paradigmático* de este tipo de episodios [. . .] a partir de mediados de la década de los ´50 comenzaron a producirse graves accidentes en plantas nucleares de USA, ex URSS, Canadá, Gran Bretaña y Japón. La mayoría de ellos debido a fallas humanas. Afectaron seriamente a seres humanos y al ambiente".
Véase: Douglas (1996).

[15] Sobre el particular, véase Marques Pereira (2005).

[16] Véase Douglas (1996).

[17] Véase al respecto Luhmann (1996).

Bibliografía

Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Editorial Paidós.

Bischoff, E. (1992). *Historia de los barrios de Córdoba*. Córdoba, Lerner editores.

Consejo Deliberante de la Ciudad de La Plata. *Código del Espacio Público. Fundamentos de la Ordenanza 9880*. [en línea]. [consulta: diciembre de 2004)].
www.eldia.com.ar/documentos/espacio_publico.

Douglas, M. (1996). *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Barcelona, Paidós.

Escobar, A. (2000). El Lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo? En E. Lander (Comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales.* Buenos Aires, Perspectivas latinoamericanas - CLACSO.

Espluga, J. (2004). Las dimensiones sociales del riesgo y la prevención de riesgos laborales. *Seguridad Sostenible GSS,* Edición 17. Barcelona.

Evers, T. (1985). Identidad: La faz oculta de los nuevos movimientos sociales en América Latina. *Punto de Vista*. 25,

Luhmann, N. (1996). El concepto de riesgo. En J. Berain (Comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona, Anthropos.

Marques Pereira, M. (2005). La construcción del riesgo desde una perspectiva psicosocial comunitaria: aproximación a la Psicología Ambiental. Tesis de Licenciatura no publicada, Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Psicología, Argentina.

Milesi, A. *Discurso ambientalista: entre la ética y la ciencia*. [CD-ROM]. VII Congreso Argentino de Antropología Social, Villa Giardino, Córdoba, 25 al 28 de Mayo de 2004.

Montenegro, R. (2005). Córdoba Estudio sobre el impacto ambiental del Complejo Fabril Córdoba (CFC) que operan Dioxitek S.A. y la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA). Córdoba, FUNAM.

Ortega Valcárcel, J. (2004). La Geografía para el siglo XXI. En J. Romero (Coord.), *Geografía Humana. Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*. Barcelona, Ariel.

Sepúlveda Ocampo, R., de la Puente Lafoy, P., Torres Rojas, E., Arditi Karlik, C. y Muñoz Salazar, P. *Enfoque sistémico y lugar una perspectiva para el estudio de hábitat residenciale urbanoss*. 2005. [en línea]. [consulta: junio de 2005].
www.invi.uchile.cl/publicaciones/enfoque.

Simmel, G. (1977). La lucha. En *Sociología 1. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid, Alianza Editorial.

Volkherimer, W. *Accidentes Nucleares*. S/F. [en línea]. [consulta: agosto 1986].
www.cricyt.edu.ar/enciclopedia/terminos/AccNucle.htm.

Resumen

El ingreso al país de material radiactivo provocó la movilización de vecinos del barrio de destino del cargamento. La argumentación del presente trabajo sostiene que para que una situación ambiental se configure como una amenaza es necesario que los actores sociales se autoperciban como vulnerables o potencialmente vulnerables. Y no menos importante, que para interpretar su reacción debe considerarse cómo estos actores vislumbran la posibilidad de hacer frente al peligro.

Al momento de establecer estrategias tendientes a estimular el conocimiento y la preocupación de los actores sociales por su ambiente es preciso partir de la consideración de las condiciones sociales, políticas y culturales dentro de las cuales se gestan las distintas percepciones ambientales. Es fundamental la promoción de la participación ciudadana, a partir de la idea de que un ambiente sano es igualmente un deber y un derecho.

Palabras clave: Ambiente; Riesgo; Vulnerabilidad; Percepción ambiental

Abstract

The arrival to the country of radioactive material, provoked the neighbors' mobilization of the target neighborhood of the shipment.

In this work it is argued that in order that an environmental situation is formed as a threat it is necessary that social actors perceive themselves as vulnerable or potentially vulnerable. And, not less important, to interpret their reaction one must consider how these actors glimpse the possibility of facing the danger.

To establish strategies tending to stimulate the knowledge and the worry of the social actors for their environment it is necessary to start from the consideration of the social, political and cultural conditions who are in the background of the different environmental perceptions. It is fundamental the promotion of civil participation, from the idea that a safe environment is equally a duty and a right.

Key words: Environment; Risk; Vulnerability; Environmental perception

Panorama temático: antropología y política en la Argentina

Sabina Frederic[1] y Germán Soprano[2]

Introducción

El panorama que presentamos en este artículo muestra las perspectivas, los objetos y los principales resultados que arrojaron los estudios antropológicos de la política en la Argentina. La revisión de los trabajos que abordan lo político, como esfera definida teóricamente, o la política, definida etnográficamente por la perspectiva del actor, nos ha indicado que estos no comenzaron en la Argentina hasta principios de los años '90 y finales de los '80. Es entonces cuando comienzan a desarrollarse estudios de antropología política primero, y de antropología de la política luego, dada la creciente influencia que la antropología brasileña cobró en este terreno. Las mesas temáticas sobre la cuestión son cada vez más numerosas, los investigadores optan por la diversificación de grupos de trabajo, mesas y simposios según problemas, objetos y perspectivas.

Con el propósito de hacer inteligible el campo temático, pensando además en diversos tipos de lectores de este panorama (antropólogos, sociólogos, politólogos, historiadores, entre otros), hemos optado por dar cuenta de los trabajos publicados que se inscriben en las corrientes de la antropología política o de antropología de la política. Para ello ofrecemos una caracterización de ambas corrientes a partir del modo en que dialogan con los estudios clásicos de la antropología social sobre lo político y la política. Así pues, el primer punto del artículo refiere, justamente, a las relaciones que los autores clásicos trazaron entre *antropología* y *política*, y al surgimiento de la *antropología política* en la academia británica. El punto siguiente rastrea la existencia de una genealogía de estudios de la antropología social sobre la política en la Argentina y, frente a su aparición relativamente tardía, expone nuestra hipótesis sobre las condiciones que la hicieron posible. Este ítem define tres líneas de abordaje de la política y lo político por la antropología social y justifica como rumbo a seguir la descripción y análisis de la antropología de la política, de sus profesionales y militancias, y de la producción de políticas públicas.

En el tercer punto, el panorama describe aquellos estudios antropológicos que han explorado las identidades, formas de sociabilidad y representaciones

sociales en el *peronismo.* Seguidamente, el panorama se ocupa de mostrar en el cuarto punto diversas perspectivas de análisis etnográfico sobre las formas de configuración de los vínculos y de la acción política; en tanto que el quinto refiere a aquellos abordajes antropológicos que enfocaron el estudio de las burocracias estatales, las políticas públicas y las formas de militancia. Por último, las reflexiones finales plantean algunos desafíos teórico-metodológicos y sustantivos en torno de los cuales podrían continuar avanzando las reflexiones e investigaciones empíricas de la producción antropológica sobre la política en la Argentina.

De la antropología política a la antropología de la política

De acuerdo con las lecturas consagradas de la historia de la antropología social, fundamentalmente la británica, antropología y política son dos categorías que llegaron a combinarse para conformar un espacio específico de reflexión al interior de la disciplina con la publicación de *Sistemas políticos africanos*, una compilación de artículos reunidos por Meyer Fortes y Edward E. Evans-Pritchard en el año 1940, en la que participaron también autores luego consagrados como Max Gluckman, Isaac Schapera, Audrey Richards y Sigfried F. Nadel, y que tuvo a Alfred Radcliffe-Brown como prologuista. Si bien algunos de estos antropólogos se erigieron o fueron considerados como referentes del campo de la llamada antropología política, un recorrido por las investigaciones que concretaron a lo largo de sus vidas y de las publicaciones que efectuaron, deja constancia que el estudio de la política constituyó un área de interés sustantiva en el marco de etnografías de pretensiones más bien holísticas, en las que abordaron entre otros temas el parentesco, la economía, el derecho o la religión.

Desde entonces, la antropología política comprende un campo disciplinar o una sub-disciplina de la antropología social que se ha concentrado en el estudio, en las llamadas sociedades primitivas (no estatales), de instituciones, actores, sistemas, procesos y eventos que los antropólogos definieron como *políticos* en la medida en que cumplían con funciones de cohesión y control social que, en las sociedades estatales tradicionales o en las capitalistas, recaían en otras formas y sujetos sociales especializados. Asimismo, desde los años cincuenta y sesenta, el interés por el estudio de la *política* se desplegó en sociedades africanas y asiáticas situadas en los dominios coloniales, y en otras de los Estados nacionales del capitalismo periférico correspondientes al espacio mediterráneo de Europa, el Medio Oriente y el norte de África, donde la *política* también asumía formas sociales particulares, difícilmente asimilables por las definiciones programáticas e individualistas que los antropólogos sociales –mayormente anglosajones– creían reconocer en sus países de origen.

Desde comienzos del siglo XXI, las crecientemente consolidadas influencias de autores, textos y programas de investigación y formación de postgrado de la antropología social del Brasil entre los antropólogos de la Argentina, facilitaron la introducción de una nueva definición programática en la comprensión de las relaciones entre *antropología* y *política*. Desde estas perspectivas, ese par de términos revisten significados que merecen y deben diferenciarse. Así, *antropología* es una categoría analítica que refiere a enfoques y métodos propios de la antropología social, los cuales suponen una comprensión etnográfica holística de lo social que aprehende positivamente las perspectivas nativas en situaciones sociales localizadas; en tanto que el segundo término, *política*, remite a los múltiples sentidos que los actores sociales asignan al mismo. Al asumir este punto de vista se habilitó una crítica abierta a la fragmentación del conocimiento social que habría producido la proliferación de las diferentes antropologías –política, económica, de la religión, entre otras– desde los años cuarenta a los setenta en las antropologías metropolitanas y periféricas, pasando actualmente a defenderse, por el contrario, la producción de un programa antropológico holístico (para algunos autores brasileños, de sesgo maussiano) en favor de una antropología de la política.

La antropología social y el estudio de la política en la Argentina

Ahora bien ¿cuál ha sido la específica historia de las relaciones entre antropología y política en la antropología social efectuada en la Argentina? El desarrollo de la antropología en nuestro país data de la segunda mitad del siglo XIX, primero como un área de interés temático en los estudios de los naturalistas como Francisco Pascasio Moreno o Florentino Ameghino, y desde comienzos del siglo XX como un campo científico más especializado, organizado en torno del estudio de lo que se denominaba como antropología (a secas, esto es, antropología física), arqueología, etnología o etnografía, lingüística y folklore. Los orígenes de la llamada antropología social son posteriores.

Los primeros esbozos de estudios antropológicos autodefinidos como sociales son de la década de 1940 y están marcados por la influencia de la antropología social británica y cultural norteamericana (Guber, 2005). Luego, en la década de 1960 algunos estudiantes de antropología y jóvenes graduados de la licenciatura de la UBA definieron la *antropología social* como una especialidad asociada con el *compromiso*, el *desarrollo* o como una *antropología aplicada* (Guber, 2002 y 2006; Guber y Visacovsky, 1998 y 2000; Visacovsky, Guber y Gurevich, 1997; Gil, 2006). En cualquiera de estas versiones, la antropología social se caracterizó por enfocar el estudio de poblaciones desconsideradas por las otras especialidades o sub-disciplinas antropológicas (como la antropología física, la

arqueología o la etnología, que se ocupaban de poblaciones indígenas del pasado o el presente) o bien que eran tenidas como vestigios tradicionales de las mixturas culturales entre sociedades aborígenes y europeas durante la colonización española, el período pos-independentista y de la organización nacional. Los antropólogos sociales reconocieron a esas poblaciones como componentes de la sociedad nacional argentina. Así pues, algunos de ellos concretaron etnografías sobre *tejedoras de ponchos* en Catamarca (Esther Hermitte y Carlos Herrán), *campesinos* y *trabajadores rurales* en Catamarca, Santiago del Estero y Tucumán (José Cruz, Santiago Bilbao y Hebe Vessuri), *colonos friulanos* en el norte de Santa Fe (Eduardo Archetti y Kristin Stolen), *colonos polacos y ucranianos* en Misiones (Leopoldo Bartolomé), *migrantes internos* de La Rioja (Mario Margulis) y de Corrientes asentados como *pobres urbanos* en los alrededores de la ciudad de Buenos Aires (Hugo Ratier) o *indígenas tobas* residentes en áreas urbanas del Chaco (Esther Hermitte y equipo).

La mayoría de estos antropólogos sociales llevaron a cabo sus etnografías durante períodos prolongados y en co-residencia cotidiana con las poblaciones estudiadas. Puede decirse que, por un lado, sus investigaciones y resultados se concentraron principalmente en ciertos problemas y temas antropológicos y sociológicos relativos a la organización social y económica de esos grupos sociales, dejando fuera otros problemas y temas relevantes en las agendas tradicionales de las antropologías metropolitanas como la religión, la política o el derecho. Y que, por otro lado, consiguieron reconocer múltiples dimensiones de la vida social de esas poblaciones, algunas de las cuales sólo fueron analíticamente explotadas años después de efectuados sus trabajos de campo y/o de la defensa de sus tesis de doctorado.

La influencia de los enfoques marxistas en la antropología social de los años 1970 y 1980, con un fuerte énfasis en el estudio de las estructuras económicas y de clases, favorecieron una abierta desconsideración de aquello que en tales enfoques se denominaba como epifenómenos propios de la superestructura política, jurídica o ideológica, y cuando lo hacían era para justificar la reproducción de la subordinación de clase. En consecuencia, las poblaciones privilegiadas en esta etapa eran subalternas de la sociedad capitalista, tanto rurales como urbanas.

A mediados de la década de 1990 comienza a percibirse la influencia de nuevas perspectivas, temas y poblaciones objeto de estudio. Reconocemos la fuerte influencia en estos cambios de autores, textos y programas de postgrado de la antropología social del Brasil, más específicamente del Programa de Postgrado del Museu Nacional de la Universidade Federal do Rio de Janeiro. Nos parece importante enfatizar que esta reorientación no es producto de una influencia directa de las antropologías y sociologías metropolitanas, sino de la impronta

de una antropología periférica que buscó posicionarse en el debate académico internacional desde una cierta originalidad teórica y sustantiva. El intenso intercambio intelectual producido entre las antropologías brasileña y argentina a través de la circulación de publicaciones, estudiantes de postgrado y profesores, debería tenerse en cuenta en una evaluación retrospectiva exhaustiva de este proceso. Como ya hemos mencionado, estos enfoques apelan a una comprensión holística de la política, que no pierde de vista el carácter específico de la misma como esfera de la vida social; y también destacan el enfático recurso a la etnografía como método de producción de conocimiento privilegiado en el estudio antropológico no apriorístico y comprehensivo de cualquier dimensión social en una población determinada. Además de estas influencias, como veremos más abajo, se identifica la presencia de otras corrientes de ideas e intercambios institucionales directos con antropologías, historiografías y sociologías metropolitanas.

Las influencias intelectuales activas en el estudio antropológico de la política en la Argentina desde los años noventa, significaron cambios en los temas y poblaciones objeto. Así pues, por un lado, en la agenda académica comenzaron a desarrollarse nuevos temas, tales como la profesionalización de la política, los procesos electorales, las redes y facciones, la reciprocidad, los eventos y rituales, las trayectorias individuales, el género, las identidades políticas, la nación y los nacionalismos, las burocracias estatales, las moralidades, y los peronismos. Y, por otro lado, fueron colocadas en foco de estudio poblaciones hasta entonces atendidas en nuestro país prioritariamente por otras disciplinas del campo de las ciencias sociales, como los profesionales de la política, los peronistas, las mujeres, los policías, los agentes judiciales, los profesionales de la salud, los ex-combatientes de la guerra de Malvinas y los intelectuales.

¿Qué cambios producidos entre los años 1980 y 1990 redundaron en estas modificaciones en las perspectivas, los temas y las poblaciones objeto de estudio? Sin pretender ser exhaustivos quisiéramos dar cuenta de algunos factores que contribuyeron a ello. En primer lugar, la política pasó a ser reconocida como una esfera específica e importante de la vida social y por lo tanto merecedora de constituirse en un objeto de estudio con peso específico. La política también fue comprendida como una arena de disputas y negociaciones que tiene por principales protagonistas a unos actores sociales que, si bien pueden no estar incluidos entre los sectores sociales más encumbrados de la sociedad, difícilmente podrían ser caracterizados como grupos sociales subalternos. Pensamos también que estas dos cuestiones pudieron ser problematizadas porque los antropólogos nativos comenzaron a distanciarse de la idea de la *antropología social* como una práctica ligada al *compromiso militante* con las *poblaciones dominadas*. En segundo lugar, esos cambios estuvieron informados por la impronta intelec-

tual referida anteriormente, proveniente principalmente de las antropologías del Brasil, Estados Unidos, Inglaterra y en menor medida de Francia. En tercer lugar, estas nuevas influencias contribuyeron a la revalorización de los autores clásicos de la antropología social británica (Malinowski, Evans-Pritchard, Radcliffe-Brown, Fortes, Gluckman y Leach), leídos hasta entonces sólo como testimonios de la subordinación antropológica al poder colonial, y desde entonces rehabilitados como buenos interlocutores para pensar la política, el Estado y la sociedad nacional, contemporáneos. En cuarto lugar, y asociado con esta revalorización, encontramos una abundante producción etnográfica llevada a cabo mediante trabajo de campo intensivo y prolongado con las poblaciones estudiadas. Todos estos factores contribuyeron a que la antropología social producida en la Argentina pudiera colocarse en relación con los debates en torno a la política y el Estado contemporáneos sostenidos hasta ese momento exclusivamente por otras disciplinas como la historia, la sociología y la ciencia política.

Este panorama temático comprenderá etnografías producidas desde la década de 1990: 1) que analizan fenómenos que las diferentes poblaciones estudiadas denominan como *política*, o que tienen como propios de la esfera de *la política*; 2) que fueron producidas por antropólogos que se autodefinen y/o son rotulados como hacedores de *antropología política* o *antropología de la política*; 3) o que inscribieron los avances y resultados de sus investigaciones en proyectos, programas, eventos académicos o en diversos ámbitos institucionales clasificados con términos que ponen en relación las categorías *antropología* y *política*. Al respecto, vale la pena señalar que la inclusión de autores y textos en cualquiera de estos tres grupos no constituye opciones excluyentes, de modo que algunos podrán reconocerse como adscriptos a –o ser colocados en– los tres o, al menos, en uno u otro de ellos.

Los trabajos antropológicos que refieren a *la política* podrían reunirse en tres grandes grupos, definidos a partir de los problemas y temas sustantivos que tienen por objeto y por las perspectivas desde las cuales los abordan: primero, el formado por aquellos trabajos dedicados al estudio de la política, de sus profesionales y militancias, y de la producción de políticas públicas; segundo, el integrado por los trabajos que se centran en el análisis de la producción política de las identidades nacionales y etno-nacionales; y, por último, el constituido por los trabajos dedicados al análisis de los procesos de toma de decisiones políticas en la lucha por el poder en diversas esferas sociales.

1. Antropología de la política, de sus profesionales y militancias, y de la producción de políticas públicas

Se trata de etnografías que abordan *la política* desde sus formas sociales más evidentes y explícitas en el Estado y la sociedad nacional contemporáneos, esto

es, analizando sistemas, procesos, eventos, instituciones y actores que las poblaciones estudiadas y los propios antropólogos definen como *políticos*; manteniendo, además, una interlocución intelectual fuerte con textos, autores y temas de la agenda clásica de la antropología política o de la política producida en los centros metropolitanos. Estas etnografías aspiran a producir un análisis holístico de *la política*. En este sentido, reconocen que en el Estado y la sociedad nacional argentina existe/n una/s esfera/s política/s que se reproduce/n de acuerdo con ciertas lógicas y prácticas sociales; no obstante, a priori no autonomizan esas lógicas y prácticas, sino que asumen la necesidad de comprender situacionalmente su articulación, integración y/o imbricación con otras esferas sociales, incluso aún cuando los antropólogos se concentran fundamentalmente en el estudio de *actores políticos*, esto es, caracterizados como profesionales de la política o como funcionarios públicos. En estos autores y textos se observa la influencia de la antropología de la política producida en el Brasil desde la segunda mitad de la década de 1990, especialmente por la impronta del Núcleo de Antropología de la Política.

Al analizar este primer corpus de autores y de textos nos preguntamos qué relación mantienen con el estudio del Estado, ya que existe un campo de producción de conocimientos denominado antropología del Estado que ha tenido un desarrollo clásico en etnografías que indagan sobre sus orígenes históricos (Elman Service, Lawrence Krader, Pierre Clastres) y, también, una vertiente más reciente que comprende el estudio del Estado moderno. Con relación a la primera orientación, los antropólogos sociales que reseñamos en este panorama no establecen una interlocución directa con esas investigaciones (aunque podemos encontrarla en arqueólogos y etno-historiadores argentinos). En cambio, sí pueden reconocerse fuertes relaciones con aquellos antropólogos que tienen por objeto al Estado y sus funcionarios, fundamentalmente debido a que, por un lado, *la política* tiene por objeto (no diríamos necesario, pero si de modo amplio para diversos actores sociales estudiados) el control del –o sobre el– Estado y sus recursos humanos, materiales y simbólicos. Y, por otro lado, debido a que los procesos de reclutamiento, organización y sociabilidad de los funcionarios estatales, así como el diseño y ejecución de las políticas públicas, están estrechamente ligados en la Argentina contemporánea a la dinámica de los grupos definidos como *políticos*.

Finalmente, decidimos también incluir en este primer grupo a los autores y trabajos que analizan políticas públicas, comprendiendo tanto el estudio de los actores sociales activos en su diseño, ejecución y evaluación como el de las poblaciones definidas como destinatarias de las mismas. Sobre este corpus destacamos dos observaciones. Por un lado, no siempre plantean una interlocución con el debate antropológico metropolitano clásico de la antropología política

o de la antropología de la política, por lo que estos antropólogos no suelen reconocerse como hacedores de antropología política o de la política, sino como especialistas en temas de antropología de las políticas públicas, del desarrollo o apelando a otras nominaciones. Por otro lado, nos interesa destacar que uno de los aportes relevantes de estas investigaciones sobre las políticas públicas es que comprenden –simultáneamente o en un continuo de relaciones sociales– los intercambios entre los actores hacedores de esas políticas y sus poblaciones destinatarias, mostrando que tanto el diseño como la ejecución de las mismas es un resultado negociado entre actores sociales con desigual poder, pero igualmente implicados.

2. Antropología de la producción política de las identidades nacionales y etno-nacionales

En este segundo grupo *la política* aparece estrechamente asociada a la producción y actualización de los sentidos, por un lado, de la nación y las identidades nacionales (principalmente la argentina, pero también la chilena, la paraguaya, la boliviana o la brasileña); y, por otro lado, a diversas identidades étnicas, provinciales o expresivas de otros sentidos de aboriginalidad o de pueblitud. En este corpus de autores y textos se cristalizan los resultados de investigaciones alimentadas por la influencia y difusión de los trabajos de Frederic Barth, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm y Terence Ranger. Estos renovados enfoques plantean una perspectiva original en la relación *cultura* y *política*, combinando una mirada no primordialista o constructivista en el estudio de las culturas e identidades, y una visión culturalmente determinada o informada de los procesos de alianza, conflicto y toma de decisiones políticas, tal como fuera planteado en la primera mitad de los noventa en textos de antropólogos argentinos como Eduardo Archetti, Federico Neiburg, Rosana Guber o Claudia Briones. Algunos de estos trabajos también consiguen observar que los ámbitos de producción y reproducción de los sentidos atribuidos por los actores a la nación y lo etno-nacional no tienen por centro social o como referencia exclusiva a las agencias estatales, sino a individuos y grupos localizados en escenarios específicos de la sociedad civil o incluso del mercado, tales como poblaciones en las fronteras del país o inmigrantes de países limítrofes en diversas localizaciones urbanas y rurales.

Dando continuidad al análisis antropológico de lo nacional, la cultura y la política, algunos autores comprendieron sus relaciones con la producción de una identidad política nacional como el *peronismo*, situando sus etnografías en diferentes contextos: en perspectiva histórica, por ejemplo, Fernando Balbi; en el conurbano de la provincia de Buenos Aires en el caso de Sabina Frederic y Laura Masson; en provincias del interior argentino, Federico Neiburg y Jorge

Pantaleón (Salta), Mauricio Boivín, Ana Rosato, Fernando Balbi (Entre Ríos), Fernando Jaume, Laura Graciela Rodríguez y Germán Soprano (Misiones), Julieta Gaztañaga (Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba).

3. Antropología de los procesos de toma de decisiones políticas en la lucha por el poder en diversas esferas sociales

La política también ha sido abordada como una dimensión del análisis etnográfico en el estudio de la configuración de procesos, eventos, instituciones y actores que constituyen el problema y objeto de estudio de investigaciones que no tienen a *la política* como centro, ya sea porque su eficacia social sustantiva no es considerada como la fundamental o la decisiva, o bien porque no ha sido colocada como una cuestión relevante en la agenda analítica de los antropólogos. Así pues, en etnografías que investigan problemas y objetos clasificados como correspondientes al estudio de la organización social, del parentesco, de las clases sociales, de las instituciones, los actores y los procesos económicos, religiosos o jurídicos, de las relaciones de género, o de la definición y ejecución de las políticas públicas, *la política* suele asociarse genéricamente con la lucha por el poder, las tomas de decisiones, la producción de alianzas y las rivalidades interindividuales o colectivas. En estas etnografías la *política* se despliega en una fenomenología muy diversa de intercambios sociales interindividuales y grupales cuya definición las diferencia de aquellas perspectivas que buscan recortar su singularidad sustantiva.

En síntesis, un repaso por la producción de los antropólogos a los que hemos referido en estos tres agrupamientos analíticos, permite concluir que sólo algunos de ellos se auto-adscriben y/o son rotulados como hacedores de antropología política o de la política; es decir, caen en ese grupo, básicamente, aquellos reunidos en el primero. El resto explícitamente orienta sus etnografías buscando comprender identidades de diversos grupos, diferentes formas de organización y procesos sociales en los cuales *la política* es un aspecto subordinado a las preocupaciones de investigaciones que colocan el foco de análisis en otras dimensiones de la vida social o en otros problemas de la agenda antropológica. De allí que la presencia de *la política* entre estos últimos antropólogos está más bien asociada a su aparición como fenómeno sustantivo en el curso del trabajo de campo o el trabajo de archivo; o bien asumiéndola tácitamente o definiéndola genéricamente como una categoría que viene a dar cuenta de procesos de toma de decisiones, de alianzas y de rivalidades por poderes clasificados como económicos, religiosos o de otro tipo. En esta reseña, específicamente, nos ocuparemos del análisis de las contribuciones comprendidas en el primer grupo y de algunas del segundo. Trabajaremos sobre la base de un corpus de textos integrado por libros, capítulos de libros, artículos de revistas especializadas y,

en algunos casos, trabajos publicados en el exterior por antropólogos argentinos que tuvieron repercusión en la constitución de este campo temático de la antropología social en la Argentina.

Identidades, formas de sociabilidad y representaciones sociales en el *peronismo*

Peronismo es una categoría y tema clave en el desarrollo reciente de la antropología de la política en la Argentina. Diversos intelectuales y científicos argentinos, así como latinoamericanistas anglosajones y franceses, han considerado que el esfuerzo por comprender el *peronismo* es homologable a una iniciativa destinada a conocer *él* o *uno de los* diacríticos que caracterizan la sociedad, la política y la cultura en el Estado y la sociedad argentina contemporáneos. Sin embargo, no existen consensos unívocos sobre los significados atribuidos o implicados en torno de esa categoría. Así pues, *peronismo* se nos presenta, a la vez, como una categoría producida y significada por los actores sociales y como una categoría sociológica que designa a un objeto de estudio polisémico. Esto es, una categoría que, por un lado, interpela diferentes definiciones programáticas, tradiciones, prácticas, experiencias políticas y memorias sociales configuradas por los actores sociales. Y, por otro lado, remite a diversas interpretaciones producidas desde el campo de las ciencias sociales con el fin de explicar los contextos socio-económicos, políticos y culturales de emergencia, desarrollo, crisis y/o persistencia de esta identidad y organización política desde la década de 1940 al presente. Estas interpretaciones producidas y puestas en circulación principalmente por la historiografía, la sociología y la ciencia política han sido informadas por la influencia, la intervención directa o por su inscripción en determinadas configuraciones históricas. Pero también observamos que, a menudo, las propias interpretaciones de los científicos sociales han contribuido a la definición, actualización y resignificación de las identidades y formas de sociabilidad asumidas por *el peronismo* o por *los peronistas*.

Tratándose de un diacrítico asociado con la historia y el presente de la *argentinidad*, y debido a que el desafío de interpretar su génesis y desarrollo en la Argentina ha insumido considerables esfuerzos de los científicos sociales, Federico Neiburg abordó en diversos trabajos las relaciones entre los *intelectuales* y el *peronismo*. Tempranamente, llevó a cabo una etnografía que tenía por objeto un sistema de fábrica con villa obrera en una pequeña localidad del interior de la provincia de Buenos Aires (Neiburg, 1988). Sus resultados constituyeron su tesis de Maestría en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), con dirección de Leopoldo Bartolomé y contando con una beca de investigación del CONICET bajo orientación de Hugo Ratier.

En un artículo publicado un par de años después (Neiburg, 1990) el autor demostraba, por un lado, que la emergencia en la década de 1940 del liderazgo de Juan Domingo Perón y del *peronismo* modificaron las relaciones existentes entre los trabajadores de la empresa Loma Negra y los habitantes de la villa obrera respecto del sindicato, la empresa y el patrón de la misma. Y, por otro lado, señalaba que ese liderazgo, identidad y organización eran expresivos de la homologación de formas sociales preexistentes en el espacio de la fábrica con villa obrera desde comienzos del siglo XX. Ahora bien, Neiburg no sólo constataba que entre los trabajadores se daba esa identificación entre los modos de representar sus relaciones con la compañía y el patrón, y los modos de representar y describir sus relaciones con el Estado durante los gobiernos peronistas de 1946-1955 y con Perón. Su investigación profundizaba en el estudio histórico y antropológico de la singular configuración de cada una ellas, es decir, reconocía que la observación de esas homologías formales no debían ocultar la existencia de diferencias sustantivas fundamentales, las cuales podían ser comprendidas mediante un estudio de las percepciones nativas. Esas diferencias se evidenciaban en la naturaleza de los bienes y servicios intercambiados por los actores sociales, en los mediadores que intervenían entre los trabajadores, Perón y el patrón de la empresa, y en las relaciones personalizadas o institucionalizadas percibidas por los primeros como más o menos próximas o socialmente distantes respecto de los centros sociales.

Entre 1988 y 1990, Neiburg efectuó un recorrido analítico que se extiende desde la inicial interlocución con la historiografía thompsoniana sobre la constitución de las clases sociales y con la literatura sobre sistemas de fábricas con villa obrera (Neiburg, 1988) hasta localizarse en las coordenadas del debate sociológico y antropológico sobre patronazgo y clientelismo en las sociedades mediterráneas (Neiburg, 1990).[3] A lo largo de ese recorrido, se torna visible en Neiburg la impronta intelectual de la antropología social producida en el Museo Nacional de Río de Janeiro, que se sirvió críticamente de esos debates en el estudio etnográfico de poblaciones campesinas del Brasil. Como veremos más adelante, la apropiación crítica y el diálogo con este último debate socio-antropológico constituye una de las más fuertes influencias ejercidas por las academias anglosajona y brasileña sobre la formación y desarrollo de un campo de estudios antropológicos sobre la política y los profesionales de la política en la Argentina desde mediados de la década de 1990 al presente. Asimismo, en una evaluación retrospectiva, cabe señalar que estos trabajos de Neiburg (1988 y 1990), significativos en la orientación del programa de investigación de los antropólogos de la política argentinos, fueron escasamente atendidos por historiadores y sociólogos abocados al análisis del *peronismo*; incluso pese a los esfuerzos del autor por establecer un diálogo con un sociólogo clásico como Gino Germani (1968)

y con dos analistas –Hugo Del Campo (1983) e Hiroshi Matsushita (1983)– que a comienzos de la década de 1980 renovaron el conocimiento histórico sobre la génesis del *peronismo*.

Las investigaciones de Neiburg sobre este problema y objeto, una vez que se inscribió como doctorando en el Programa de Postgrado en Antropología Social del Museu Nacional de la Universidade Federal do Rio de Janeiro, con dirección de José Sergio Leite Lopes, derivaron no ya en la profundización del conocimiento histórico y etnográfico del *peronismo*, sino en una antropología e historia social y cultural sobre los *intelectuales* (partidarios y críticos) y *científicos sociales* que buscaron comprenderlo entre las décadas de 1940 y 1960. Es decir, en este nuevo trabajo asoció el estudio de las interpretaciones sobre el *peronismo* con la sociodicea de sus intérpretes. De este modo, si otros analistas se habían concentrado en el papel activo que tuvieron en el *peronismo* los migrantes internos, las alianzas de clase entre trabajadores y la burguesía industrial, el sindicalismo preexistente, los militares, los nacionalistas, la Iglesia Católica y el integralismo católico o la burocracia estatal, en su tesis de doctorado, Neiburg se centró en el lugar que le cupo a los *intelectuales* en dicho proceso. Su tesis, publicada como libro en Brasil en 1997 y en Argentina en 1998, debe ser leída en esta clave, pues no propone una explicación holística de la historia del *peronismo*, sino que ofrece un estudio centrado en un aspecto hasta ese momento descuidado: la trayectoria de los *intelectuales* que lo interpretaron y, por esa vía, participaron de la producción y actualización de su o sus identidades. Señala, además, que las disputas por definir el *peronismo* estaban indisolublemente imbricadas con las interpretaciones sobre la *nación argentina*; es decir, pensarlo implicaba dar cuenta de las condiciones históricas que lo habían generado, cuál sería su futuro y el de la *nación* tras el derrocamiento de Perón en septiembre de 1955. Por ello, Neiburg considera que su investigación también es una forma de estudiar la sociedad o la cultura nacional argentina, poniendo en evidencia el trabajo de construcción (*invención*) al que está sometida permanentemente su definición. Así pues, los combates en torno de las significaciones del *peronismo* se inscriben en una larga tradición crítica de la cultura intelectual argentina. Desde el *sarmientino civilización o barbarie*, a las estrategias de *peronización o desperonización* de la sociedad de la Revolución Libertadora; las luchas por imponer una visión legítima del proyecto de nación se han servido de estas dicotomías para destacar el valor de las ideas propias y estigmatizar las ajenas. Lejos de constituir otra esencia del siempre irredento *ser argentino*, estos dualismos han demostrado su eficacia social en manos de los actores sociales.[4]

En "O 17 de outubro na Argentina. Espaço e produção social do carisma", Neiburg (1992) produjo un análisis de un acontecimiento histórico clave de la historia argentina, el 17 de octubre de 1945, que le permitió avanzar en un ori-

ginal enfoque sobre el estudio de la génesis del *peronismo* desde una dimensión cultural, partiendo de una relectura de los trabajos producidos por la historiografía sobre el tema (Murmis y Portantiero, 1984; Luna, 1985; Torre, 1988 y 1989; Navarro, 1980; James, 1987 y 1990). Rituales, iconos, batallas simbólicas por la nominación de objetos, consagración de un liderazgo carismático, creación de una liturgia, teatralización, carnavalización, entre otros temas caros al análisis etnográfico, fueron erigidos como recursos útiles para problematizar ese acontecimiento. En este artículo Neiburg plantea problemas y explora enfoques en el estudio del peronismo que no habían sido trabajados en el campo historiográfico, sociológico y de la ciencia política en la Argentina. En este sentido, "O 17 de outubro na Argentina. . ." está marcado por la impronta de cuestiones ampliamente discutidas en el campo de la antropología brasilera.[5] Lo mismo cabe decir de *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Aun cuando este libro pueda reconocerse en la línea de los estudios sobre nación, nacionalismo e invención de tradiciones de la historia social anglosajona (Hobsbawm, 1990; Anderson, 1993; Gellner, 1988; Hobsbawm, 1991; Hobsbawm y Ranger, 1993), sus intereses analíticos y sustantivos dialogan con autores y textos que son frecuentados en el Brasil (Bourdieu, 1980; Da Matta, 1990 y 1995; Elias, 1989; Geertz, 1989; Lévi-Strauss, 1964 y 1984; Mauss, 1985; Pitt-Rivers y Peristiany, 1993; Van Gennep, 1973) pero que en el campo de las ciencias sociales de la Argentina no son reconocidos como "buenos para pensar" el *peronismo*.[6]

Sin dudas, la ausencia, hasta hace menos de una década, de trabajos con pretensiones similares a las de Neiburg puede ser atribuida a la débil posición de la antropología social en la academia nacional (muy diferente del caso brasilero); pero sobre todo está relacionada con la sorprendente constatación de que los antropólogos argentinos sólo nos hemos ocupado directamente del *peronismo* en estos últimos años.[7] El impacto de estos estudios de Neiburg –en los que se analiza desde diferentes dimensiones sociales al *peronismo*– entre los científicos argentinos todavía es menor, si evaluamos su influencia en relación con el potencial hermenéutico del cual son expresivos. Pero sería alentador que su lectura y circulación sirviera para continuar abriendo nuevas líneas de investigación en la antropología social y para que se multiplicara el diálogo con historiadores, sociólogos y científicos políticos, alejándose así del limitado destino de ser sólo una traducción del *peronismo* a los esquemas de percepción del mundo socialmente legítimos de la ciencia social brasileña.[8]

Casi una década después, otro antropólogo argentino formado en la UBA y doctorado en el Programa de Postgrado en Antropología Social de la UFRJ con la dirección de Moacir Palmeira, Fernando Balbi, estudió la socio-génesis de una categoría nativa clave en la historia del *peronismo*. Su investigación contó también en su favor con los resultados obtenidos anteriormente en una etno-

grafía sobre el *peronismo* realizada junto con Mauricio Boivín y Ana Rosato –dos antropólogos argentinos formados en la UBA en la década de 1970, con postgrados en la London School of Economics y la UBA, respectivamente–. Los tres llevaron a cabo a mediados de los años noventa una etnografía que tuvo por objeto a los *peronistas* de una localidad del interior de la provincia de Entre Ríos. En esa oportunidad, al analizar la dinámica de las facciones partidarias en un proceso electoral, quedó al descubierto que la categoría *traición* constituía un eje en torno del cual se significaba y se actualizaba la práctica política entre *dirigentes* y *militantes peronistas*. Un artículo de estos tres autores sobre el tema fue publicado en 1998 en la revista *Mana. Estudos de Antropologia Social* del Programa de Postgrado del Museo Nacional de la UFRJ.[9] En ese espacio académico, la investigación de estos tres antropólogos encontró buena recepción y diálogo con el enfoque y metodología desarrollados en el estudio de la política por los colegas brasileños. Los autores señalan que la *traición* es la contra-cara de la confianza y, en el *peronismo,* más específicamente de la *lealtad*. En la literatura antropológica la confianza ha sido utilizada para referir al conocimiento mutuo personalizado presente en las relaciones diádicas –y en particular en el *patronazgo* o el *clientelismo*–, fundado en el intercambio recíproco prolongado entre los individuos involucrados. Siguiendo a Georg Simmel (1939), Boivín, Rosato y Balbi distinguen dos formas de confianza. Por un lado, la confianza basada en el conocimiento personal del otro; este es el caso de la relación del líder de la facción y sus integrantes, o la relación personalizada que mantienen los aliados políticos. Por otro lado, la confianza ligada al conocimiento de ciertas referencias exteriores –marcas– atribuidas al otro, que funcionan como signos visibles de su condición social, como son las referencias a la tradición y los símbolos partidarios del *peronismo* (*Perón, Evita, la justicia social, los trabajadores*). De este modo, la *traición* bien puede ser cometida contra el líder político (cuando tiene por referencia las relaciones personalizadas entre individuos) o el partido (cuando se violentan de alguna forma la inscripción pública de un individuo en las referencias simbólicas del colectivo social partidario). Estos autores observan que, si la *traición* es una categoría nativa clave negativamente significada por los *peronistas*, la *lealtad* es, al contrario, el principio articulador del *movimiento peronista*. Para Boivín, Rosato y Balbi la común adscripción a los símbolos que definen la comunidad imaginada *peronista* no bastan para reproducir las formas de solidaridad política entre *dirigentes* y *militantes*; es necesario, pues, que las mismas requieran también de la actualización de la confianza interpersonal.

Ahora bien, como decíamos arriba, Balbi profundizó esa perspectiva de estudio sobre la/s identidad/es y la/s sociabilidad/es en el *peronismo* desde una indagación sobre la socio-génesis de la categoría *lealtad*. En "La lealtad antes de la *lealtad*: honor militar y valores políticos en los orígenes del *peronismo*" (2003)

plantea una elocuente constatación: desde la década de 1950 los científicos sociales han buscado comprender el *peronismo* desde múltiples dimensiones de análisis y, sin embargo, nadie se ha tomado en serio la tarea de reconocer cuáles son las categorías fundamentales (y también cuáles sus sentidos) que orientaron las intervenciones *políticas* de los *peronistas*. Regueros de tinta han corrido desde entonces buscando una caracterización de la emergencia y desarrollo del *primer peronismo* (1946-1955) como variantes del *populismo*, de un *movimiento nacional-popular*, del *bonapartismo*, de la *alianza clasista entre la burguesía industrial y los trabajadores*, del *corporativismo*, etc., sin que ninguna de ellas reparara seriamente en cuáles fueron los términos a partir de los cuales los propios *peronistas –dirigentes, militantes, adherentes, compañeros–* definían y definen su identidad y organización política. La *lealtad*, entonces, quedó aquí colocada en foco. Una vez más, la revolución copernicana producida por este enfoque antropológico respecto del estudio del *peronismo*, sencillamente se disparó al asumir programáticamente como punto de partida el reconocimiento de los puntos de vista de los actores y la desnaturalización del sentido de sus categorías de percepción y de acción sobre el mundo social. Así pues, Balbi rastrea en el análisis de sus registros de trabajo de campo etnográfico y de un acervo documental que refiere a la *doctrina* y la *conducción política peronista*, que la noción de *lealtad* es un valor moral positivo fundamental en la formación militar de Juan Domingo Perón y en la concepción de la política de este, de Evita Perón y de los *peronistas* desde la segunda mitad de la década de 1940 hasta el presente. Un sentido de la *política* y del *peronismo* que no sólo ha sido objetivado y actualizado en el curso de las relaciones políticas interpersonales cotidianas sino, además, institucionalizado en el llamado *Día de la Lealtad* o *17 de octubre*, que conmemora la *lealtad entre el Pueblo y Perón.*

En las conclusiones del anterior artículo, Balbi advertía a sus lectores:

> ...los sentidos establecidos por Juan y Eva Perón para conceptos como los de *lealtad, traición, movimiento, conducción, justicia social*, etc., revisten un carácter canónico que limita el universo de sus sentidos posibles y que es respaldado por diversos mecanismos de control social que los resguardan y que –ellos mismos– sólo pueden ser entendidos en el cambiante contexto de las disputas políticas que se producen continuamente entre los peronistas (2003:212).

Ahora bien, ¿cómo ese sentido original de la *lealtad*, aprehendido por Perón en su formación militar, fue puesto en circulación y actualizado en la sociabilidad política de los peronistas entre 1946 y 1955? La respuesta a esta pregunta intenta ser explicada por Balbi en "...*esa avalancha de homenajes*: campo de poder, *lealtad*, y concepciones de la política en el primer peronismo" (2004). Allí

señala, en primer lugar, que en la historia de la política en la Argentina la *lealtad* es un valor moral específicamente *peronista*, que refiere tanto a la necesaria solidaridad entre *compañeros* como al seguimiento de la *conducción del líder*. En segundo lugar, afirma que los sentidos atribuidos a esa categoría no son intrínsecos a la misma, sino el resultado de un específico campo de poder –en el sentido que Norbert Elias (1982) asigna al término– configurado por los *dirigentes, funcionarios* y *allegados a Perón* que se apropiaron de ella. Así pues, el heterogéneo grupo de políticos, sindicalistas, militares e intelectuales que constituyó la dirigencia del *primer peronismo* se habría aglutinado en torno de la relación personalizada de *lealtad* que mantenían con Perón; y, simultáneamente, el aparato de propaganda del Estado y del Partido habrían amplificado la difusión de esa concepción y sociabilidad política del *peronismo* y los *peronistas* en la sociedad argentina.

Una cuestión a discutir en torno de estos trabajos que repararon en la centralidad de las categorías *lealtad* y *traición* en la producción y actualización de la identidad y sociabilidad en el *peronismo*, es si podemos reconocer en ellas el principio en torno del cual se organiza la vida social de los peronistas; es decir, se trata de preguntarnos si *lealtad* y *traición* configuran un universo de representaciones y prácticas homologables a aquellas que entre los *trobriandeses* estudiados por Bronislaw Malinowski (1986) tenía el *kula*. Decidimos plantear esta cuestión polémica incluso a sabiendas de que las pesquisas de Boivín, Rosato y Balbi advierten contra cualquier universalización u homogenización de los sentidos canónicos otorgados por los nativos a ambas categorías. Pero creemos que una interpretación de este tipo, que extrema las consecuencias de los argumentos de estos autores, puede ser formulada como una lectura o consecuencia de sus trabajos. Sirviéndonos de un análisis comparado de los resultados alcanzados en otras etnografías que comprendieron el estudio de la *política* y el *peronismo* en otras situaciones sociales, podríamos formular las siguientes afirmaciones:

1. Existe un repertorio finito (pero siempre históricamente determinado con continuidades y cambios) de categorías que funcionan como principios que cohesionan las relaciones políticas personalizadas e institucionalizadas entre los *peronista*s, y que delimitan diferencias respecto de actores sociales definidos y/o rotulados como 'los otros'. Sin pretender agotar ese repertorio, algunas etnografías permiten explorar esa limitada diversidad de sentidos que produce la comunidad imaginada del *peronismo* en la profesionalización de la política, en sus relaciones entre género, clase social o pueblitud.
2. Esas categorías asumen un significado más o menos canónico y revisten mayores o menores grados de eficacia social, dependiendo de quiénes, cómo, por qué y en qué circunstancias son colocadas o actualizadas en las alianzas

y luchas producidas en las arenas políticas en que se inscriben y participan históricamente los *peronistas*.

Esa diversidad de identidades que se imbrican, articulan y/o oponen con el *peronismo* pueden ser especificadas, por caso, en etnografías que establecen relaciones entre aquellas y las identidades sub-nacionales *provinciales*. Ya hemos dicho que el *peronismo* ha sido asociado por diferentes analistas con sentidos de la *argentinidad* o la *nacionalidad argentina*. Ahora bien, lejos de establecer una homología formal y/o sustantiva naturalizada entre estas categorías nativas, nosotros reconocemos que distintos grupos sociales traban alianzas y disputas en las cuales luchan por homologarlas positiva o negativamente o bien diferenciarlas en sus significados.

En el curso de la etnografía realizada en la provincia de Misiones (Soprano, 2002a y 2005b), Germán Soprano –formado como profesor en Historia en la Universidad Nacional de La Plata, master en Sociología por el Instituto de Filosofia e Ciências Sociais de la Universidade Federal do Rio de Janeiro y doctor en Antropología Social por la Universidad Nacional de Misiones con dirección de Rosana Guber– reconoció que en diferentes contextos y ante interlocutores cambiantes, la identidad de *dirigentes y militantes peronistas* se actualizaba de diversas formas: apelando a personajes emblemáticos –*Perón y Evita*–, a unas categorías asociadas con la autodenominada *tradición partidaria* –por ejemplo, estableciendo afinidades entre los términos *peronismo*, *soberanía nacional*, *independencia económica* y *justicia social*. Asimismo, en cada situación social otras figuras emblemáticas, categorías y relatos se conjugaban con aquellas referencias consensuadas en la *tradición partidaria*, configurando una forma específica e históricamente dada de la identidad peronista: esto es, otros líderes eran invocados –Carlos Saúl Menem, Eduardo Duhalde, Julio César Humada, Federico Ramón Puerta–, otras identidades ligadas a sentidos de pueblitud –como el *peronismo misionero*, el *peronismo posadeño*–, de clase social –el *peronismo trabajador*, el *peronismo humilde*–, de género –las *mujeres peronistas*–, regionales o transnacionales –las *mujeres peronistas mercosureñas*.

De acuerdo con la hipótesis de Soprano, fuera de la apelación a ciertos tópicos fundamentales como aquellos comprendidos en las etnografías de Boivín, Rosato y Balbi –como las figuras de *Perón, Evita, el 17 de octubre de 1945, la lealtad, la justicia social*, sobre los cuales existía un amplio consenso entre los *peronistas*– parecería imposible determinar un principio único que defina su identidad, organización y sociabilidad en cualquier circunstancia. Sin dudas, ese repertorio de figuras, categorías y relatos al que recurrían situacionalmente estaba ligado a una serie finita de formas sociales. Pero, difícilmente –so pena de incurrir en primordialismos similares a los nativos– podamos aprehender alguna entidad social que consiga revelarnos una lógica desde la cual el comportamiento

de los *peronistas* se nos vuelva estructuralmente inteligible. Por cierto, los *peronistas* buscaban nominar sentidos esenciales y unívocos a su identidad; y en torno a la imposición legítima de aquellos sentidos se libraban batallas en las que se desplegaba la producción social de *aliados* y *enemigos*. En este sentido, por ejemplo, puede decirse que la afinidad que los *dirigentes y militantes peronistas* de la provincia de Misiones establecían entre el *peronismo* –una identidad y organización política nacional– y la *misioneridad* –una identidad sub-nacional provincial– merece ser destacada como una forma nativa, situacionalmente definida, de significar y experimentar *el peronismo*. De tal forma, la producción y actualización de esa asociación era expresiva de ciertas batallas políticas desplegadas por especificar la particular localización de cada *peronista* en la arena política. Por tal motivo, la afinidad entre esa identidad política partidaria nacional y esa identidad sub-nacional *provincial*, no puede ser desatendida al abordar las diversas perspectivas nativas en torno a las cuales se delimitan dimensiones o escalas de la política en la sociedad argentina y, en particular, en el *peronismo*.

La importancia de los sentidos de pueblitud sub-nacionales *provinciales* en el estudio de la política argentina contemporánea ha sido recientemente destacada por diferentes antropólogos argentinos como Rosana Guber y Germán Soprano (2000) y Alejandro Grimson (2003) para el caso de la provincia de Corrientes, Héctor Jacquet (1999), Soprano (2002a, 2005b y 2008) y Grimson (2000 y 2002) para el de Misiones, Beatriz Ocampo (2004 y 2005) y Carlos Kuz (2005) para Santiago del Estero. En estas etnografías que comprenden las relaciones entre cultura y política en el estudio de estas identidades sub-nacionales gravita la influencia teórica de las perspectivas constructivistas sobre el análisis de fenómenos nacionales y etno-nacionales, las cuales fueron difundidas en el campo de la antropología social argentina por los ensayos teóricos y las etnografías de Eduardo Archetti (1999, 2001 y 2003), Rosana Guber (1999, 2000a, 2000b, 2000c, 2001 y 2004) y Claudia Briones (1994, 1995 y 1998). Estos tres antropólogos establecieron una fuerte interlocución con la obra de autores metropolitanos como Fredrik Barth (1976), Benedict Anderson (1993), Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein (1991), Homi Bhabha (2001), Michel-Rolph Truillot (1990), Katherine Verdery (1991) o Ana María Alonso (1994), a fin de especificar sus contribuciones teóricas y etnográficas en el análisis de eventos, actores y procesos inscriptos en el Estado y la sociedad nacional argentina. Pero también se establecen diálogos con antropólogos de academias periféricas de avanzada, como es el caso de la influencia de Roberto Cardoso de Oliveira y su concepto de fricción interétnica en el estudio introductorio a los trabajos sobre fronteras e identidades nacionales y sub-nacionales compilado por Alejandro Grimson (2000).

Finalmente, señalamos que la historiografía argentina recientemente ha provisto investigaciones que permiten comprender en profundidad los orígenes del peronismo en diferentes provincias y localidades (Gayol, Melón y Roig, 1988; Macor e Iglesias, 1997; Macor y Tcach, 2003; Kingard, 2002; Aelo, 2004; Quiroga, 2004; Panella, 2005 y 2006; Melon y Quiroga, 2006; Aelo y Quiroga, 2006; Prol, 2006; Bona y Vilaboa, 2007). Allí donde buena parte de la literatura académica ancló el estudio histórico del *peronismo en la Argentina* exclusivamente en una serie de eventos, sujetos y procesos porteños o metropolitanos, esta historiografía ayudó a reconocer qué elementos cohesionaron al *peronismo* como identidad y organización política nacional, y qué otros deben ser abordados como formas irreductiblemente locales, esto es, cuya explicación remite a la dimensión regional, provincial o municipal. Ahora bien, desde una perspectiva etnográfica, Federico Neiburg (2003) propuso investigar en forma localmente situada los esfuerzos desplegados por determinados actores sociales con el fin de *nacionalizar, provincializar o internacionalizar* conflictos políticos asociados con los orígenes del *peronismo* en la provincia de Salta; al tiempo que su análisis de esos procesos sociales y de sus protagonistas también comprenden la *personalización* o *familiarización* de esos conflictos, o bien las tentativas de *politización* de las relaciones interpersonales o familiares. Su mirada antropológica presenta una singularidad respecto de los anteriores abordajes historiográficos: Neiburg no sólo postula metodológicamente una reducción en la escala de análisis, sino que, y esto es lo fundamental, destaca la necesidad de aprehender los sistemas de clasificación nativos y la participación activa de los actores sociales en la definición de los espacios, dimensiones, alcances y escalas implicados en los mencionados procesos y eventos, así como en la caracterización de sus protagonistas.

De un modo similar, Julieta Gaztañaga (2005, 2006 y 2008), Germán Soprano (2008), Sabina Frederic y Laura Masson (2007) y Jorge Pantaleón (2005) estudiaron los trabajos desplegados por dirigentes políticos, funcionarios estatales e intelectuales por *nacionalizar*, *regionalizar* y/o *municipalizar* temas de agenda pública en las provincias de Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba, en liderazgos políticos partidarios en la provincia de Misiones, o en la construcción de la representación política en el conurbano bonaerense, respectivamente. Asimismo, el artículo de Federico Neiburg (1990) anteriormente referido, también plateaba cuestiones ligadas al tratamiento de la escala en las perspectivas nativas. En su opinión, el trabajo de construcción y actualización de la homología entre Perón y el patrón expresaba el interés e intervención de algunos actores sociales –especialmente los *sindicalistas peronistas*– por establecer conexiones entre los dos complejos de relaciones sociales en los cuales se inscribían los trabajadores

y los habitantes de Loma Negra: el de la *compañía* y el *patrón*; el del *peronismo, Perón, el Estado* y el sistema político y sindical nacional.

Variaciones conceptuales sobre las formas de configuración de los vínculos y la acción política

Clientelismo, facciones o *facciosos* son términos nativos ampliamente empleados por diversos actores sociales en la Argentina. Los ciudadanos y medios de comunicación se sirven de ellos para denostar el comportamiento de los funcionarios estatales y dirigentes políticos; y estos últimos los utilizan con vistas a cuestionar la legitimidad del proceder público de sus rivales políticos intra y extra-partidarios. Pero también son prolíficas categorías analíticas a las que recurren o recurrimos los científicos sociales para comprender la política, la organización y actividad de los partidos políticos o el desempeño de los políticos. De modo que, un amplio espectro de la literatura en ciencias sociales de las academias metropolitanas y periféricas usa estas categorías con fines hermenéuticos.

Ahora bien, la significación que de ellas han realizado los antropólogos argentinos que estudian la política enfatiza la identificación de sus sentidos nativos y tiende a descartarlos como categorías analíticas. ¿Por qué? Básicamente porque señalan que este último recurso a dichas categorías suele compartir en las investigaciones de politólogos, sociólogos e historiadores las mismas valoraciones programáticas y morales negativamente connotadas que le atribuyen las poblaciones estudiadas por ellos. Siendo que el conocimiento etnográfico se propone comprender los sentidos y usos de los sistemas de clasificación nativos –como dice la antropóloga brasileña Mariza Peirano (1995)– para producir un saber social que aprehenda la diversidad y sea más genuinamente universal, es necesario proceder, por un lado, suspendiendo nuestras certezas e ideas priori sobre lo que la política es o debería ser en la modernidad republicana y democrática y, por el otro, asumiendo el desafío de comprenderla tal como es concebida y actuada por los propios actores. Veremos a continuación cómo ha sido trabajada esta cuestión recientemente por diferentes antropólogos sociales argentinos, teniendo en cuenta, una vez más, que sobre ellos ha pesado fuertemente la influencia de la producción etnográfica y de los posicionamientos teóricos críticos de los antropólogos brasileños frente a las antropologías metropolitanas; especialmente, observaremos la incidencia jugada entre los estudios de antropología de la política en la Argentina por el Núcleo de Antropología de la Política, que reúne a antropólogos pertenecientes a los Programas de Postgrado en Antropología Social de la Universidade Federal do Rio de Janeiro

(Museu Nacional), de la Universidade de Brasilia y del Programa de Postgrado en Sociología de la Universidade Federal do Ceará.[10]

Los estudios en ciencias sociales sobre el patronazgo y el clientelismo político habitualmente buscaban explicar por qué y cómo unos patrones y clientes con desigual autoridad y recursos materiales y simbólicos, ligados a través de lazos de interés y de afecto, con vínculos anclados en determinados contextos sociales y culturales, manipulaban sus relaciones orientándolas con arreglo a fines y/o a valores. Actualmente, los antropólogos observamos que los politólogos y sociólogos especialistas en política utilizan estas categorías persiguiendo respuestas a preguntas como: ¿cómo los dirigentes políticos tratan de hacerse del control de recursos públicos en beneficio propio?; o ¿cómo los favores de diversa índole, otorgados por dirigentes a clientes/electores, son cambiados por votos? Creemos, pues, que han construido el patronazgo, el clientelismo político y las facciones como categorías sociológicas residuales, bien por considerarlas un vestigio del pasado tradicional y pre-moderno destinado a desaparecer con el advenimiento de la plenitud de la modernidad capitalista y el sistema político republicano y democrático, bien por restringir su eficacia social a los contextos locales, negándoles entidad en el estudio de los sistemas políticos en los Estados y las sociedades nacionales, donde la dinámica social estaría determinada por la acción de fuerzas más programáticas e impersonales.

En este sentido, al estudiar los procesos de organización y sociabilidad política procuramos desarrollar una perspectiva holística que comprenda el objeto de estudio aprehendiendo sentidos y experiencias nativas cotidianas sobre *la política*, sirviéndose de enfoques y métodos etnográficos. El punto de partida no es, entonces, una definición apriorística sobre qué es la política y cómo debería practicarse, pues ese tipo de definiciones –decíamos– suelen expresar prejuicios políticos y morales relativos a las posiciones políticas e ideológicas propias del investigador y del grupo social o sociedad de la que proviene. En otras palabras, su pretendida universalidad es, en realidad, una manifestación de determinadas tradiciones históricas y culturales occidentales sobre esa específica esfera de la vida social que denominamos *política*. En estos casos cuando la política nativa no se ajusta a la *performance* pautada por esas definiciones, termina siendo interpretada como un fenómeno desviado, patológico y/o resabio de un pasado destinado a desaparecer con el advenimiento de la modernidad. De allí que la reflexión antropológica debería gravitar en torno de los sentidos y situaciones sociales en las que los nativos emplean los términos *facciones*, *faccionalismo* o *clientelismo*, evitando erigirlas en categorías sociológicas. Tal ha sido el posicionamiento programático adoptado por los antropólogos brasileños del NuAP –que tanto han influido en antropólogos argentinos formados en el Programa de Postgrado del Museu Nacional de la Universidade Federal do

Rio de Janeiro– frente a las etnografías sobre patronazgo y clientelismo político desarrollados por la antropología anglosajona y americana entre las décadas de 1950 y 1970.

Los trabajos clásicos sobre patronazgo y clientelismo han tenido una larga tradición en la antropología social británica y en la antropología cultural americana desde la década de 1950 (al interior de estos debates también sumaron sus etnografías algunos antropólogos holandeses, franceses e italianos). Una esquemática referencia a estos trabajos podría organizarse según las áreas geográficas y culturales que buscaron estudiar. Por un lado, los estudios sobre las denominadas sociedades mediterráneas del sur de Europa, Norte de África y Medio Oriente comprendidas por los textos de Gellner y otros (1985), Davies (1983), Boissevain (1965 y 1966), Graziano (1975 y 1977), Campbell (1964), Pitt-Rivers (1994), Banfield (1958), Silverman (1965), Kenny (1977), Blok (1973) y Bailey (1970). Por otro lado, los estudios que tomaron por objeto México y Centroamérica como los de Foster (1963 y 1974), Wolf (1980) y Friedrich (1965, 1968 y 1991). Luego, aquellos abocados al análisis del fenómeno en el sudeste asiático como los de Scott (1972 y 1976), Geertz (1991) y en Japón los de Kahane (1983). También existen algunas publicaciones que reunieron investigaciones de diversos autores que analizaron comparativamente el patronazgo en distintos contextos como Strickon y Greenfield (1972), Schmidt y otros (1977) y Eisenstadt y Roniger (1984).[11]

Al estudiar las facciones, el patronazgo y el clientelismo político han observado que aquellas categorías sociológicas comprenden redes de relaciones sociales necesarias y eficientes en la reproducción de la vida en las sociedades modernas.[12] Para Ernest Gellner (1985), este tipo de relaciones se halla presente allí donde la burocracia estatal centralizada no alcanza a imponer su presencia o es ineficaz, o donde la lógica del mercado capitalista resulta defectuosa; sin embargo, señala que nunca podrían constituirse en el principio integrador de una sociedad nacional. Eric Wolf (1980) considera que las relaciones de patrón-cliente, de amistad y de parentesco son relaciones que se reproducen en los intersticios de la sociedades complejas; tipos de estructuras no institucionales, paralelas a las relaciones de mercado y al poder del Estado. Jeremy Boissevain (1966) observa que el patronazgo vincula la comunidad local con la estructura de gobierno provincial, regional y nacional; configura canales de representación que normalmente aparecen ligados con la estructura y las funciones de los partidos políticos. Y Julian Pitt-Rivers (1994), reconoce que el clientelismo resulta de la mediación que un miembro de una comunidad local ejerce entre ésta y una autoridad política exterior.

Algunos antropólogos definieron las facciones como grupos no corporados (Wolf, 1980), un colectivo donde los individuos que lo conforman mantienen

relaciones desiguales, se relacionan por diferentes causas e invierten distintas expectativas y capitales en esa relación. Para ellos la cohesión de los grupos no corporados deviene de la presencia de un patrón, que liga ese inestable colectivo –la facción– estableciendo relaciones personalizadas con cada cliente o aliado. El cliente concede la dirección de ese grupo al líder y la trasgresión de las reglas políticas y comportamientos morales legítimos del grupo da lugar a figuras delictivas o inmorales como la *traición* y a acciones compensatorias como la *venganza*. Del mismo modo, la agresión u ofensa a un individuo de la facción por parte de un individuo o grupo extraño a ella es tenida por sus integrantes como un atentado a la persona del líder o a cualquiera de sus miembros. El *ethos* del patronazgo y del clientelismo político sería, pues, un código normativo implícito, no escrito, que domina las relaciones entre patrón y cliente, fundado en el *honor*, y que obliga a corresponderse y a cumplir lo acordado verbalmente. El par de categorías nativas *honor* y *vergüenza* constituye el fundamento ético que asegura el cumplimiento legítimo de los compromisos asociados a esas relaciones (Campbell, 1964). Como ha señalado Beatriz Heredia (1999), la inestabilidad y el carácter difuso de las fronteras de las facciones resultan de la competencia entre los individuos y los grupos que las componen por ampliar las redes de relaciones de alianza y clientela. Estas disputas se producen aún al interior de una facción y, aunque pueden ser vedadas al público, suelen ser más violentas que las entabladas con las facciones opositoras, ya que en el primer caso está en juego el control de los mismos aliados y clientes. En la construcción del liderazgo de una facción tiene un papel relevante la lucha por la producción y apropiación del prestigio. Los patrones o potenciales patrones de una red política entablan luchas por hacerse de recursos materiales y simbólicos que constituyen su prestigio; en tanto que los clientes obtienen poder de negociación de esa competencia. En uno u otro caso, los actores sociales actúan de acuerdo a una regla no escrita de la política que divide a los individuos con los que se relacionan en la arena política en *amigos* o *enemigos* (Bailey, 1998), tanto a aquellos que pertenecen a la facción propia como a los de las facciones rivales.

En síntesis, estas etnografías sugieren que en un análisis del patronazgo o del clientelismo no basta con afirmar que se trata de una relación entre un patrón y un cliente que intercambian recursos materiales y favores. Resulta, pues, imprescindible atender a una indagación sobre el contenido sustantivo de los compromisos morales que envuelven y dan lugar a la relación social. El patronazgo o el clientelismo, como sistemas de prestaciones totales (Mauss, 1999), no sólo suponen intercambios materiales sino intercambios simbólicos (*honor, prestigio, reconocimiento social*). Esta observación debería prevenirnos contra interpretaciones que reducen estas relaciones a intercambios mercantiles utilita-

ristas entre individuos que buscan maximizar recursos escasos, dejando fuera de análisis las mediaciones sociales y culturales que intervienen en la producción del fenómeno. De forma generalizada, al abordar el intercambio de obligaciones recíprocas entre patrón y cliente, los estudios sobre clientelismo han tendido a concentrarse en los bienes y servicios intercambiados, antes que en los sentidos atribuidos por los actores a esa particular relación social; es decir, confunden la descripción del intercambio de bienes y servicios, con los principios subjetivos plurales que los sujetos invierten en dicha relación. La comprensión de este fenómeno debería especificar, en cada contexto histórico social y cultural, el contenido simbólico y material de la relación, pues resulta necesario cualificar qué y cómo se intercambia. No bastaría, así, con afirmar que tal o cual relación social es una de "reciprocidad simétrica" (alianza) o de "reciprocidad asimétrica" (clientelismo), para luego representarlas formalmente siguiendo un esquema gráfico horizontal o vertical.[13]

Desde fines de los años noventa en la Argentina, el sociólogo Javier Auyero (1997 y 2001) ha sido un influyente analista del clientelismo político y el peronismo. Adoptando una perspectiva teórica y metodológica que propone despegarse de las definiciones y usos canónicos que las ciencias sociales han hecho de esta categoría, plantea la necesidad de cuestionar las perspectivas sociológicas que politizan o moralizan el análisis del clientelismo, comprender simultáneamente los intercambios "objetivos" y "subjetivos" implicados en esa relación social, singularizar el lugar del mediador en la misma, y establecer qué relaciones existen entre el clientelismo político y las redes de resolución de problemas en las poblaciones de pobres urbanos. Auyero caracteriza a este fenómeno como "la política de los pobres", es decir, una forma de *empowerment* vinculada a la agencia de ciertas poblaciones. Ahora bien, esta interesante renovación de los estudios sobre el clientelismo político en la Argentina ha recibido algunas significativas objeciones de parte de los antropólogos sociales, quienes señalaron: que la figura del mediador político debería inscribirse en una red en la cual los diferentes actores sociales participan simultáneamente como aliados, subordinados y superordinados con y/respecto de otros (Soprano, 2002b); que la performance *performance* de Evita Perón es una forma dóxica de ejercicio de *la política* entre las *mujeres peronistas*, pero que en modo alguno agota el repertorio de subjetividades producidas y actualizadas por ellas (Soprano, 2002b, 2005b, 2008a y 2008b; Rodríguez, 2005); y que no se trata sólo de una "política de los pobres" –pues estas tramas de relaciones incluyen a actores sociales con desiguales recursos materiales y simbólicos, desde los más jerárquicamente encumbrados hasta los más empobrecidos (Masson, 2002 y 2003; Frederic, 2003; Guber y Soprano, 2003; Soprano, 2008a y 2008b)– ni se encuentra unívocamente homologada con las identidades y sociabilidades del *peronismo*.

Dos etnografías sobre *dirigentes y militantes del peronismo* en la provincia de Misiones, efectuadas entre 1999 y 2000, también han recurrido a las categorías de clientelismo y facciones para comprender la sociabilidad política de estas poblaciones. En sus trabajos se reconocen los usos nativos de esos términos, al mismo tiempo que no se descarta su empleo como categorías analíticas; ello, aún cuando deban enfatizar recurrentemente que no comparten las implicancias políticas y morales negativamente connotadas atribuidas por los actores sociales y por muchos científicos sociales a esos términos. Germán Soprano (2002b, 2004a, 2007 y 2008a) y Laura Graciela Rodríguez (2001 y 2005)[14] señalan que quienes se asociaban a dichas redes políticas partidarias se situaban en una estratificación política sujeta a permanentes cambios, producto de negociadas relaciones personalizadas de alianza, de subordinación y superordinación política o clientelística. En el curso de un proceso electoral, el contenido de dichas relaciones supone la circulación de bienes y servicios (*recursos materiales, dinero, favores, subsidios públicos, empleo en la administración pública y en el sector privado*) y compromisos morales (*apoyo, asistencia, gratitud, honor, lealtad*).

Por su parte, Sabina Frederic –antropóloga formada en la UBA que obtuvo su doctorado en la Universidad de Utrecht (Holanda) bajo la dirección de Antonius Robben– aborda la configuración y dinámica de las facciones y las redes de alianza, subordinación y superordinación política entre *dirigentes y militantes peronistas* de un distrito del conurbano bonaerense, en diálogo con la literatura antropológica que enfoca el estudio de las relaciones entre la moralidad política, el crecimiento o la sucesión política y la definición de las comunidades de referencia de los políticos (Frederic, 2004). Su etnografía muestra las condiciones de emergencia de nuevas categorías como la de *militancia social* y su dependencia de redefiniciones del vínculo político en el proceso de profesionalización de la política. Junto con Fernando Balbi (2007) son dos de los escasos antropólogos que exploran el análisis de las relaciones entre la política y las moralidades. Aunque en terrenos empíricos diversos, las políticas públicas recientes en el Gran Buenos Aires en el caso de Frederic y la génesis de las concepciones de política en el peronismo, en Balbi, los autores se interesan por conceptualizar los modos por los cuales la moral orienta el comportamiento. A partir de un pormenorizado análisis del modo en que la antropología conceptualizó la moralidad y los valores morales, los autores proponen abordajes diferentes pero igualmente acreedores del trabajo etnográfico, donde el desarrollo temporal de los acontecimientos se torna en un rasgo común. Sin entrar aquí en una comparación de sus abordajes que merecería una mayor extensión, conviene señalar que se distinguen por el énfasis cognitivo que la perspectiva de Balbi sostiene sobre la moral, frente a la de Frederic que se apoya más en el orden de la relación entre el juicio y la acción.

Buscando explorar esas relaciones, analiza el debate y las etnografías anglosajonas sobre reciprocidad y clientelismo con el fin de comprender el problema de la división del trabajo político entre los *dirigentes políticos profesionalizados* que controlan los espacios institucionales del nivel central municipal y los *dirigentes villeros* y *líderes barriales* de la localidad estudiada. Para esta antropóloga, las contribuciones sobre el tema de la autoridad política y el clientelismo de Pitt-Rivers (1994), Foster (1977), Silverman (1977), Barth (1977), Firth (1979), Godelier (1981) y sobre la conformación de las elites de Cohen (1981) y Geertz (1980), pueden ser leídas enfatizando la configuración de una arena en la que está en disputa la división del trabajo político. Por último, para Julieta Gaztañaga –antropóloga social formada en el grado en la UBA y doctoranda de la misma universidad– la actividad de los *políticos peronistas* también puede ser entendida desde los sentidos atribuidos al término nativo *trabajo político* por instalar ciertos temas relevantes para determinados actores (incluidos los propios *políticos*) en la agenda pública y estatal (Gaztañaga, 2005, 2006 y 2008).

Ahora bien, si autores como Germán Soprano y Laura G. Rodríguez mostraron que las formas de organización y sociabilidad en el *peronismo* resultan comprensibles dando cuenta de la dinámica de facciones y relaciones personalizadas de alianza, subordinación y superordinación, a partir de esta hipótesis no es posible concluir que la categoría *partido político* –sobre la que mucho ha reflexionado teórica y empíricamente la ciencia política– carezca de entidad sustantiva en el análisis de las experiencias de *dirigentes y militantes*. Tal como señala Carl Landé (1977) en una etnografía sobre la política en Filipinas, en las representaciones y prácticas cotidianas de la política se sobreponen relaciones personalizadas y relaciones institucionales, legales, burocráticas o programáticas. Estas últimas pueden ser reconocidas, por ejemplo en la etnografía de Germán Soprano, en una lógica que imponía reglas de juego a la organización de los *peronistas misioneros* mediante la cual fijaban un esquema de representación política partidaria y competencias a las autoridades del partido, asignando el cumplimiento de determinadas funciones y en diferentes niveles jurisdiccionales (*nacional, provincial, municipal*); o estableciendo criterios para la elección periódica de los integrantes del congreso partidario, de las autoridades ejecutivas del partido, y de los candidatos que participaban en los procesos electorales bajo el lema del Partido Justicialista. A su vez, la incorporación formal de individuos al partido también delimitaba un colectivo social asociado a la *tradición partidaria* (recordemos que esta es una categoría nativa), definiendo qué era *ser peronista* y orientando sus percepciones y acciones en *la política* mediante la actualización de unos esquemas que constituían la o las identidades peronistas (Soprano, 2002a). En el contexto etnográfico del *peronismo misionero* analizado por Soprano (2005b y 2008), la apelación a *el partido*, el significado

de *la tradición partidaria* o de la *historia del peronismo*, no poseían un sentido unívoco entre *dirigentes y militantes*. Por el contrario, su significación presentaba cambios y variaciones según los actores que la actualizaban, sus interlocutores y los contextos en que se desplegaba; su definición conformaba un campo de lucha por la imposición de una clasificación socialmente legítima, una arena donde estaba implicada la producción de facciones y relaciones personalizadas de alianza, subordinación y superordinación. En consecuencia, la oposición entre relaciones impersonales/formales/partidarias/programáticas *versus* relaciones personalizadas/informales/facciones/clientelísticas puede ser comprendida en términos de lógicas sociales diferenciadas, pero no incompatibles en el terreno de las representaciones y prácticas sociales concretas, pues para los nativos no constituían universos ajenos y excluyentes (Soprano, 2003). Sin embargo, y a pesar de esta necesaria complementariedad, los aspectos formales o legal-institucionales de la actividad *política partidaria* de los *peronistas* han sido poco atendidos en las etnografías precedentes, con la excepción de un trabajo de Ana Rosato (2003) sobre la construcción de la *representación política* en torno de la formación de líneas internas y la participación en procesos electorales partidarios de *líderes, militantes y simpatizantes* justicialistas.

Finalmente, respecto de las relaciones entre lógicas y prácticas sociales formales o legal-institucionales y las personalizadas, quisiéramos detenernos en una afirmación de Gellner (1985), según la cual la dinámica de las facciones y el clientelismo político constituyen el motor de la política local, pero nunca podrían erigirse en un principio unificador de la política nacional. Esta hipótesis también fue desarrollada por otros antropólogos como Wolf (1980), Boissevain (1966) y Foster (1974). Pero esta distinción analítica entre las dinámicas políticas local y nacional ha sido puesta en cuestión por antropólogos sociales como Landé (1977), Bailey (1971) y Herzfeld (1993) al observar que las redes de relaciones diádicas personalizadas de alianza, subordinación y superordinación, la lucha por las reputaciones, el recurso a lealtades primordiales y el intercambio de favores son, todos ellos, fenómenos corrientes tanto en el ámbito de pequeñas comunidades como en las instituciones formales de la política estatal y partidaria oficial nacional. Como vimos con mayor detalle en Frederic y Soprano (2008), las definiciones de lo nacional y lo provincial, lo personal y lo colectivo, se enlazaban y confrontaban en una pluralidad de significados configurados en un campo de lucha en el que los actores sociales traban disputas por la imposición de sentidos legítimos en torno de lo que consideran como *política local o política nacional, un dirigente local, provincial o nacional* en el marco de procesos de *nacionalización, regionalización, provincialización o municipalización* de la trayectoria de un *dirigente* o de una *política*. De este modo, creemos que resulta difícil establecer apriorísticamente una frontera social taxativa entre lo nacional

y local, aunque sí es posible atender a los sentidos que los nativos les atribuyen a estos términos, indagar cuáles son sus relaciones con *la política* en ciertos contextos y ante determinados interlocutores y, en base a ello, construir categorías analíticas sobre lo nacional, provincial, internacional, municipal, barrial o local (entre otras) que comprendan la diversidad de definiciones y situaciones sociales experimentadas por las poblaciones estudiadas.

Etnografías de procesos electorales (una vez más, el *peronismo*)

¿Por qué elegir analizar la construcción de facciones y relaciones de alianza, subordinación y superordinación durante un proceso electoral? Los individuos que integran las facciones políticas se ven envueltos cotidianamente en una pluralidad de relaciones, resultado de su participación en distintas esferas de la vida social. Pero en los períodos electorales la facción suele emerger como el rasero a través del cual todas esas relaciones son definidas y evaluadas; es el "tiempo de la política", tal como lo definen ciertas comunidades campesinas del Brasil estudiadas por Moacir Palmeira y Beatriz Heredia (1997), dos autores que también influyeron decisivamente en la orientación de las etnografías sobre procesos electorales en la Argentina. Las relaciones establecidas dentro del ámbito de la vida social familiar o laboral, que funcionan con una lógica propia, entonces se ven atravesadas y aún reestructuradas por las reglas de la política. Así pues, las etnografías sobre procesos electorales permiten especificar cuál es el significado que *la política* tiene para aquellos que son profesionales de la política y para aquellos que no lo son, tal como lo han problematizado diferentes autores clásicos como Michels (1984), Weber (1992), Wright Mills (1957) o Bourdieu (1989). Como señala Mario Grynszpan (1990), quienes acceden a la condición de profesionales de la política deben desarrollar ciertas competencias específicas que constituyen las exigencias demandadas por la lógica de producción y reproducción del campo político (reglas del juego, saberes, disposiciones corporales, dominio de los rituales y discursos legítimos en el campo), viéndose compelidos cotidianamente a orientar sus acciones en función de ellas; esas competencias o disposiciones pueden ser comprendidas en tanto *habitus* (Bourdieu, 1980). En consecuencia, las redes de alianza, subordinación y superordinación política analizadas en las etnografías arriba mencionadas, dan cuenta de una trama social en la que participan individuos que se definían como *dirigentes* o *militantes*, con una actividad *política* de tiempo completo, pues durante el curso de la vida cotidiana desempeñaban de forma permanente, en distintos ámbitos de la vida social y ante diversos interlocutores, acciones que consideraban *políticas*. De esas redes políticas también participaban individuos que sólo se incorporaban a las facciones durante los períodos electorales, es de-

cir que sólo devenían en *militantes, referentes, adherentes o simpatizantes* en dicha coyuntura, pues para ellos *la política* era una actividad social extra-cotidiana.

De manera que, puede decirse que los procesos electorales constituyen objetos sociológicos privilegiados para el análisis de dinámicas culturales y contextos socio-políticos. Durante las *campañas electorales* se vuelven evidentes aspectos complejos y cotidianos de la vida social y política de una sociedad. Un conjunto diverso y contradictorio de sentidos, visiones y divisiones del mundo, se explicitan en lenguajes, creencias y rituales desplegados en distintos escenarios y ante diferentes interlocutores. En este sentido, las *campañas electorales* no son un escenario de *la política*, sino una actualización de *la política* misma. Como observan los antropólogos brasileños Irlys Barreira y Moacir Palmeira:

> El escenario de ordenamiento de la representación que se presenta en los distintos procesos electorales, refleja una complejidad de visiones y divisiones del mundo, actualizando los elementos de continuidad y discontinuidad entre la vida social y las actividades más restringidas de la política (1998:19, nuestra traducción).

Las etnografías que toman por objeto procesos electorales recientes que tienen por protagonistas a los *peronistas* durante las elecciones partidarias o internas, municipales, provinciales y/o nacionales, muestran situacionalmente cómo se producía una *politización* de las relaciones sociales (Boivín, Balbi y Rosato, 1998; Frederic, 2000; Masson, 2004; Rosato, 2003; Soprano, 2005a, 2005b y 2008b; Vommaro, 2007). Para la mayor parte de los habitantes de los distritos electorales estudiados en esas etnografías, la experiencia de *la política* era una actividad considerada socialmente distante y con la cuál se relacionaban ocasionalmente con motivo de las elecciones. Sin embargo, el desarrollo de los procesos electorales influía en sus relaciones, en sus visiones sobre el mundo social, y se constituía transitoriamente en un principio integrador relevante de sus vidas cotidianas. En esas coyunturas los profesionales de la política buscaban construir o actualizar su aspiración a convertirse en *representantes de los ciudadanos* movilizando recursos humanos, materiales y simbólicos, formulando *promesas electorales* y ofertándolas en el mercado político, e interpelando a los *ciudadanos y vecinos*. A tal efecto, debían producir un trabajo de construcción de sus candidaturas que desplegaban en determinados escenarios y convocando a ciertos interlocutores. En tanto que, si estaban dispuestos a participar efectivamente del proceso electoral, los electores debían elegir en un mercado político con opciones restringidas a qué candidato *apoyan* o *votan*, o bien *negociar* ese voto con algún líder político y/o candidato si el elector estaba envuelto (o pretendía estarlo) en redes políticas.

Teniendo en cuenta esta última afirmación, los procesos electorales también fueron pensados como momentos significativos en la vida política porque durante esos períodos se ven reafirmadas o modificadas las relaciones personalizadas de alianza, subordinación y superordinación establecidas entre *dirigentes, militantes, afiliados y electores* en general; por ello, eran la ocasión por excelencia en que se producían migraciones entre facciones, se confirmaban o se cambiaban lealtades. En este sentido, como dice Moacir Palmeira (1996), son un momento en el que se habilitan acuerdos políticos y/o son formalizados compromisos construidos en el período comprendido entre dos elecciones; acuerdos y compromisos que, de otra forma, continuarían siendo interpretados por los actores sociales como *ingratitudes o traiciones*. Así pues, en sociedades con un sistema político democrático, la realización periódica de elecciones compromete a los *candidatos –políticos* que pretenden representar o actualizar su representación de los intereses de los *ciudadanos*– a involucrarse en una competencia con otros *candidatos* que tratan también de hacerse del *apoyo* y el *voto* de los *electores*. En el curso de los procesos electorales los profesionales de la política despliegan estrategias procurando legitimar socialmente sus pretensiones de representación política, buscando erigirse en portavoces autorizados de los *electores* –considerados individual o colectivamente– (véase, al respecto, los trabajos reunidos en Rosato y Balbi, 2003). Finalmente, las *campañas electorales* son un momento de constitución y/o recomposición de las pretensiones de los actores sociales por establecer conexiones entre esferas sociales. Desde este punto de vista, tales situaciones sociales pueden comprenderse como escenificaciones del poder (Balandier, 1994), producción de centros (Geertz, 1991 y 1994), rituales (Van Gennep, 1973; Turner, 1988), rituales de representación (Kertzer, 1988), dramas sociales (Turner, 1974) o actos de institución (Mauss y Hubert, 1979; Bourdieu, 1996), donde individuos y grupos actualizan *la política*, produciendo, poniendo en circulación, disputando y apropiándose de bienes simbólicos y materiales. En tanto rituales, las *campañas electorales* han sido abordadas en algunas etnografías en tanto esquemas reveladores de la emergencia de *la política* como una esfera en la que se explicitan divisiones sociales del espacio público, se elaboran estrategias simbólicas de competencia entre los líderes y sus facciones, se imbrican diferentes esferas sociales, se construyen identificaciones entre candidatos y electores, y se actualizan los principios de la *representación política* (Jaume, 2000; Herkovitz, 2004; Soprano, 2005a, 2005b y 2008b).

Antropología social de las burocracias estatales, las políticas públicas y las *militancias*

Consideraremos a continuación los estudios desarrollados por el equipo de Antropología Política y Jurídica dirigido por Sofía Tiscornia, cuya continuidad y expansión se destacan sin duda en nuestro medio académico. El equipo tiene su asiento en la sección Antropología Social del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, desarrollando actividades de investigación sobre violencia institucional, burocracias penales y administrativas, y colectivos sociales que demandan justicia. Asimismo el conjunto de sus investigadoras realizaron o realizan su doctorado en esta universidad. Esta fuerte afiliación institucional es complementada por el grupo a través de una gran articulación con organizaciones de derechos humanos y agrupaciones anti-represivas nacionales y extranjeras, así como con referentes académicos del campo antropológico brasilero –como, por ejemplo, Roberto Kant De Lima– con quienes han desarrollado investigaciones en conjunto y organizan mesas y simposios en jornadas y congresos antropológicos.

Si bien las autoras reunidas en ese grupo, no suscriben ni refieren al estudio de la antropología de la política –como sí lo han hecho, fundamentalmente en sus primeros tiempos, al de la antropología política–, se ocupan de las burocracias estatales y de los procesos de su estructuración y consolidación, en relación con otros actores entre los cuales los funcionarios políticos ocupan un lugar. Es decir que aunque no toman a *la política* como problema, estudian actores y aspectos de la estructuración del Estado, la entidad que definió en un sentido clásico y occidental el campo político. Tal como señala la propia Sofía Tiscornia en la Introducción de la compilación denominada *Burocracias y Violencia: estudios de antropología jurídica*, que reúne diez años de trabajo: "...burocracias y linajes son autónomos respecto al poder político, este pasa los otros quedan..." (2004:5).

Consiguientemente, el énfasis está puesto en la presunción de que el orden socio-político en la Argentina se ha sostenido en gran medida en actores y organizaciones burocráticas que pese a la inestabilidad política y la ausencia de grandes consensos públicos le han dado continuidad y permanencia. De ahí, que los trabajos de estas antropólogas atiendan principalmente a agentes burocráticos tales como policías yfuncionarios judiciales, miembros de instituciones de reserva del poder público y, sobre todo, del poder punitivo. En estos trabajos, la política es poder, poder oculto, poder naturalizado que, por lo tanto, no se expresa como "la política" sino que está inscripto en las instituciones policiales y jurídicas con sus agentes, sus normas implícitas y tácitas ya arraigadas.

Para dar cuenta de estas burocracias y de la lógica que explica el comportamiento de estos actores "las más de las veces despóticos" –según destaca Tiscor-

nia (2004:5)–, las autoras recuperan el trabajo de campo etnográfico y algunos conceptos de la antropología clásica. Respecto de esto último, han decidido pensar a judiciales y policías como miembros de antiguas "familias" –aristocráticas y plebeyas, respectivamente– y linajes conformados por la tradición, de manera que los procesos de reforma y refundación democráticos deben ser entendidos en el marco de una consolidación de larga data. La apelación a conceptos traídos del campo de estudios sobre el parentesco no sólo los remite a autores como Evans-Pritchard quien supo mostrar el modo en que el parentesco en sus dos acepciones –agnaticia y cognaticia– podía contribuir a la conformación de un orden político, también lo hace a los trabajos de Radcliffe-Brown para quien la continuidad y el orden social eran dependientes de la estructura jurídica hablada en el lenguaje del parentesco. Queremos destacar que este grupo de autoras sigue los estudios pioneros que buscaban en sociedades sin Estado aquella dimensión que lo reemplazaba o sustituía, realizando el camino inverso. Miran las estructuras burocráticas con las categorías antes usadas para encontrar las funciones burocráticas. Lo mismo sucede con la aplicación de otras categorías teóricas de la antropología que el grupo aplica como "el clientelismo y el intercambio de dones y favores antropológicas" (Tiscornia, 2004:6).

Tanto o más importante que la utilización de los conceptos desarrollados por la tradición antropológica política, es la impronta de la perspectiva desarrollada por Michel Foucault al calor de sus estudios sobre la genealogía y arqueología de los dispositivos del Estado como mecanismos por excelencia de disciplinamiento y producción de subjetividad en la modernidad occidental. Así, entre los denominadores comunes que caracterizan estos trabajos encontramos el principio de que las identidades se definen tanto en relación al Estado como fundamentalmente "resistiendo al Estado" (Tiscornia, 2004:6), es decir contra él. El estudio de los mecanismos de castigo, coerción y control social, permiten acceder al modo en que las instituciones moldean subjetividades y domestican cuerpos. Pero por la preeminencia en la historia de la conformación del Estado argentino del ejercicio represivo del poder público, este no es explorado, como hace y sugiere Foucault, sólo en sus extremos "donde la cotidianeidad de sus usos lo hace invisible, natural y deseado" (Tiscornia, 2004:6). El denominado –por la directora del grupo– "armazón del poder" es buscado en el cúmulo de información, saberes y datos de quienes pertenecen al linaje, manejan y pueden contar y explicar.

Según ellas mismas, encontramos cuatro orientaciones diferentes en sus investigaciones sobre el armazón del poder. En primer término los trabajos que no reconocen como etnográficos porque están desarrollados en base al uso de fuentes escritas (archivos, historias, crónicas y memorias judiciales) y cuyo objetivo es dar cuenta de cómo ocultan las "relaciones burocráticas de poder" (Tis-

cornia, 2004; Tiscornia y Sarrabayrouse Oliveira, 2004; Tiscornia y Pita, 2004). En segundo lugar, encontramos las investigaciones que analizan las posibilidades y obstáculos de las reformas aplicadas a las burocracias (Tiscornia, Sarrabayrouse Oliveira y Elbaum, 2004; Tiscornia, Elbaum y Lekerman, 2004; Elbaum, 2004; Sarrabayrouse Oliveira, 2004). En tercer lugar, los trabajos que sí son identificados por sus autoras como etnográficos debido a que están fundados en evidencia producida en el trabajo de campo con observación participante y entrevistas, y que analizan los dispositivos a través de los cuales se moldean los cuerpos y se serializa a las personas (Sirimarco, 2004; Villalta, 2004; Daich, 2004; Lekerman, 2004), identidades burocráticas por excelencia. Por último, encontramos los trabajos que exploran la resistencia al control y a la coerción, un conjunto de luchas y conflictos, "momentos en que los actores emergen debatiendo las tramas burocráticas que los han atrapado" (Tiscornia, 2004:9), la producción de identidades que se constituyen confrontando con el poder público (Martinez, 2004; Pita, 2004).

El conjunto de los trabajos indicados que reconocen su integración en una perspectiva compartida, entienden lo político como una esfera particular y diferenciada de la sociedad posible de ser identificada y recortada del conjunto. Son las instituciones burocráticas las que albergan altas concentraciones de poder canalizado en sus mecanismos de control y coerción y que constituyen lo político. Por consiguiente la pregunta no está dirigida a comprender los fundamentos de la acción que se dice o reconoce como política, sino a establecer las formas de activación de los dispositivos de poder burocrático y los mecanismos sociales de desactivación efectiva o potencial.

Contrariamente, los estudios que revisaremos a continuación no presuponen la existencia de lógicas y prácticas correspondientes a una esfera política autónoma y por consiguiente relativamente diferenciada. Ellos comparten una pregunta más que una presunción, la cual consiste en analizar y determinar en situaciones, procesos, relaciones sociales concretas y en sus diferentes dimensiones, el modo por el cual "la política" se alimenta y expresa. No hay, a priori, una esfera política de bordes claros y precisos que distinga lo político de lo no político, pero tampoco la hay a posteriori. Justamente, la riqueza de estos trabajos, como veremos, consiste en mostrarnos la labilidad y porosidad del campo político, su dependencia –en cierto modo– de categorías, valores y relaciones que no podrían clasificarse como políticas en forma abstracta. A tal punto estos estudios avanzan en aquella conclusión que la idea de la política como esfera o campo diferenciado no es verificada en la realidad, sino su solapamiento e imbricación con otras arenas sociales de las que por consiguiente "la política" parece alimentarse y depender.

Pese a guardar una unidad general de perspectiva, los estudios a los que nos referiremos a continuación ingresan al estudio etnográfico de "la política" por distintas puertas y transitan diferentes senderos definidos tanto por la mirada del etnógrafo como por las particularidades que exhibe el contexto estudiado. Pero esto no es una paradoja ni mucho menos una contradicción, es lo que contribuye a darle consistencia a la perspectiva descripta. Estos constituyen abordajes particulares de objetos socialmente definidos como las políticas públicas o las militancias, que nos muestran el modo en que mujeres, técnicos, vecinos, abogados y feministas, se constituyen a si mismos, así como las condiciones sociales en que esto es posible.

Así, en los trabajos de Laura Masson (2004) y Laura G. Rodríguez (2005) encontramos que la puerta de entrada a "la política" es la notable y recurrente presencia de "mujeres" en las políticas públicas y en la competencia o el uso efectivo de cargos públicos. Este fenómeno potenciado durante la década de los ´90 en la Argentina, por el ingreso casi masivo de las mujeres en la política, que en parte promovió la sanción de la ley de cupo en el ámbito parlamentario, alentó el estudio del modo en que lo femenino interviene en la configuración de las relaciones de poder entre hombres y mujeres, pero también entre mujeres. Los trabajos de estas autoras analizan la recreación de escenarios de actuación (Rodríguez, 2005) o eventos específicos (Masson, 2004) que las mujeres se ocupan de animar recurriendo a discursos o valores disponibles, respectivamente, que legitiman sus actos y su investidura. Antes de dar paso a la descripción del abordaje de las relaciones entre género y poder, y de las diversas formas mediante las cuales las mujeres consiguen proyectarse políticamente, nos interesa destacar el recurso a situaciones o eventos para entender los procesos políticos. La referencia de estas autoras a acontecimientos denominados "escenarios de actuación", en el primer caso, y "eventos", en el segundo, nos obligan a hacer un paréntesis, para remitirnos a la reflexión que Masson junto con Frederic (2008) realizaran sobre la relevancia del estudio de eventos en el conocimiento de los procesos políticos en general y de las políticas públicas en particular. Las autoras definen el 'evento' como una situación social que atraviesa diversas estructuras, instituciones y lógicas de sentido que permiten analizar la agregación social y zanjar la brecha entre análisis de la escala local y análisis de la escala nacional (Frederic y Masson, 2008). Sus respectivas etnografías –tomadas como ejemplo en el trabajo citado– intentan conceptualizar un recurso teórico metodológico que, de otro modo, también destaca Rodríguez (2005), y que consiste en detectar aquellos acontecimientos de la política que sean capaces de condensar las dimensiones claves en juego.

Por su parte, el trabajo etnográfico de Laura G. Rodríguez muestra cómo un determinado grupo de mujeres ingresa a la esfera pública "exaltando la dife-

rencia sexual y argumentando que al MERCOSUR, una política pública ideada exclusivamente por los hombres, le faltaba una mirada 'de género"' (2005:237). Pero esta justificación requirió de la recreación de escenarios de actuación "mercosureños" donde las mujeres lograron completar el proceso de construcción de la categoría "mujer mercosureña" y así ocupar posiciones de mayor poder. La ventaja relativa de la localización de las mujeres de la provincia de Misiones en la frontera nordeste de la Argentina, contribuyó a efectivizar la participación de mujeres de Paraguay y Brasil en tales escenarios. El análisis de la trayectoria de una de estas mujeres le permite a Rodríguez establecer cómo esas categorías consiguen consolidarse en redes de poder institucionalizadas a través de las denominadas organizaciones no gubernamentales, particularmente de empleadas domésticas. Para Rodríguez el Estado es una entidad clave en la producción de la región del MERCOSUR. Interpelando y reapropiándose de las categorías estatales que definen esa región, las mujeres mercosureñas se constituyen y empoderan como actores sociales en el escenario político provincial y regional. El andamiaje conceptual que sostiene argumentalmente su etnografía depende de Fredrik Barth (1976) en cuanto a su análisis de la conformación identitaria en zonas de frontera y de Víctor Turner (1988) en lo tocante a su visión del proceso ritual como espacio de producción social. Asimismo, Rodríguez retoma los estudios de Nancy Fraser (2000) y de Carole Pateman (2000) para apoyar su análisis en torno al empoderamiento de género.

El segundo caso mencionado es el estudio de la antropóloga Laura Masson de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia provincia de Buenos Aires quien obtuvo su título de Magíster y el Doctorado en Antropología Social en el Museo Nacional de Río de Janeiro, dirigida en ambas instancias por Federico Neiburg. En su etnografía de tesis de maestría, publicada en el 2004, el género es una arena de disputas no sólo entre mujeres y varones sino también entre mujeres. Apoyándose en el concepto de configuración social de Norbert Elias (1997), Masson realiza una descripción etnográfica de las interdependencias entre los diferentes puntos de vista tomados de materiales de análisis diversos sobre los valores femeninos, en torno a la implementación del Plan Vida en la provincia de Buenos Aires durante el gobierno de Eduardo Duhalde, que confluyen en la reivindicación de una "nueva forma de hacer política". La autora resalta las características de esta interdependencia, consistente en un conjunto de valores morales asociados a lo femenino que precisaban el sentido y la actitud de las mujeres hacia los hijos, la familia, el esposo, los discapacitados, como de cuidado del otro. Retomando la conocida expresión acuñada por Veena Das, Masson afirma que estos valores y sus usos se despliegan en distintos 'eventos críticos' que, aún formando parte de espacios divergentes –como los medios de comunicación, las relaciones personales y la administración pública–

reflejan imágenes convergentes. Así, el género como disposición moralizadora adquirió su legitimidad presentándose como una tendencia "despolitizadora" de la política social, no sin originar una serie de conflictos al interior del partido peronista y entre éste y el Frente País Solidario, FREPASO, durante las elecciones legislativas de 1997. Cabe señalar que su argumentación encuentra en los trabajos de Francine Muel Dreyfus (1996) y de Henrietta Moore (1991) los principales apoyos conceptuales para proceder al análisis de esa forma particular de integración entre género y poder.

Nos interesa destacar particularmente un aspecto del estudio de Masson (2004) sobre las relaciones entre poder y género, que es el de las transformaciones de los organismos estatales que administraron las políticas sociales durante el período en el cual desarrolló su investigación. Durante la gobernación *duhaldista* de la provincia de Buenos Aires (1991-1999), estas transformaciones –propias de la década del '90 en la Argentina al igual que en otros países de América Latina– encarnaron en el Consejo Provincial de la Mujer, organismo que llevó adelante el Plan Vida. Aquí ocuparon un lugar primordial las directivas establecidas en torno a "la gerencia social del año 2000" que conferían legitimidad a saberes presentados como modernos. Los funcionarios reunidos por el Consejo Provincial, muestra Masson, podían legitimar su saber hacer gerencial porque organismos como el Banco Interamericano de Desarrollo o el Banco Mundial financiaban actividades de capacitación, eventos y hasta políticas si aplicaban tales saberes específicos. Así, quienes demostraban el manejo de tales conocimientos –una clase de conocimiento "técnico"– se convirtieron en "nuevos especialistas en lo social" (Masson, 2004:93).

Ahora bien, dicha realimentación de "la política" por esos saberes promovidos por organismos trasnacionales con asiento en el hemisferio norte y por campos disciplinares que se convierten en especialistas de lo público y de lo social, es retomada por otras etnografías de la política realizadas en los últimos diez años. Tal es el caso de la etnografía realizada por Jorge Pantaleón para su disertación de maestría en el Museo Nacional de Río de Janeiro bajo la dirección de Federico Neiburg, posteriormente publicada con el título *Entre la Carta y el Formulario: política y técnica en el Desarrollo Social* (2005). El objeto de su trabajo es analizar las condiciones en que "la pobreza es tratada y recreada en una institución estatal en un momento de transformación" (2005:15). Su análisis de este proceso hacia 1996 encuentra en la alteración de la denominación del Ministerio de Bienestar Social de la provincia de Salta por la de Secretaría de Desarrollo Social, la vía de acceso a las condiciones sociales que hicieron posible el uso de la categoría *desarrollo social* en el ámbito de las políticas públicas dirigidas hacia la pobreza. Las prácticas sociales en nombre de las cuales se realiza el *desarrollo social* que Pantaleón describe espacial y temporalmente, asu-

men contenidos y formas, considerados como "nuevos" modos de tratamiento de los problemas sociales. Otras titulaciones, una mayor academización de los saberes estatales, otras mediaciones promovidas por organizaciones no gubernamentales, y otras formas de conceptualizar lo social, todas englobadas como un saber hacer *técnico*, constituyen un *habitus* –en el sentido de Elias (Pantaleón 2005:19)– que distingue y legitima a los agentes que lo detentan. La aparición en ese lugar y tiempo del *formulario* y el desplazamiento que realiza de la *carta* como instrumento de producción del problema social, evidencian, para el autor, los atributos que los actores ponen en juego con la categoría de *desarrollo social*. Si bien son los organismos internacionales los que establecen las condiciones de financiamiento de lo social, el recurso a ciertas competencias académicas y científicas que legitiman el "diagnostico del problema" como *social* y contribuyen a su redefinición y tratamiento, introduce actores y prácticas sociales locales al terreno de las políticas sociales. Apoyado en la perspectiva de Lenoir (1979, 1980 y 1991) Pantaleón consigue mostrar cómo el valor de esos saberes técnicos puestos al servicio del *desarrollo social* revelan el estado particular de las luchas de los actores en la definición de un problema social.

El abordaje de dimensiones como el género y los saberes que alimentan y definen las políticas públicas por su inscripción en procesos políticos particulares, también lo encontramos en el trabajo de Sabina Frederic (2004). En su descripción sobre la profesionalización de los políticos durante los años '90 en el Gran Buenos Aires, la moralidad –también señalada en el trabajo de Masson (2004)– se torna la dimensión analítica central. Esta opción analítica permite a Frederic mostrar que la implementación de las políticas públicas de "Regularización Urbana" y de "Descentralización de la Gestión" en un municipio depende de que los agentes apliquen evaluaciones morales recíprocas del comportamiento. Así, el contenido particular que las políticas mencionadas adquieren y las situaciones sociales que ellas recrean no son independientes de dichas evaluaciones morales (Frederic, 2004). El análisis diacrónico de este mecanismo permite ver las condiciones de retracción y emergencia de formas de la militancia y actores políticos como los *vecinos*. Así su etnografía muestra la confrontación entre modalidades de "hacer política" y el pasaje de la *militancia política* a la *militancia social* en un proceso particular de profesionalización de la política.

Inversamente, la etnografía de Julieta Quirós (2006) busca destacar las continuidades entre las denominadas formas de "hacer política" que expresan quienes están en los piquetes frente a actores sociales precedentes. La autora llama la atención sobre el hecho de que los piqueteros que reciben los planes sociales, viven su relación con los dirigentes del movimiento de modo semejante a como lo hacen con dirigentes políticos. Es más, muestra que los actores que lo integran sostienen vínculos múltiples que hacen del movimiento piquetero un

colectivo que mantiene con el Estado relaciones muy semejantes a las que establecen los políticos como intermediarios de éste. Formada como antropóloga social primero en la Universidad de Buenos Aires y luego en el Museo Nacional de Río de Janeiro, donde realizó para su disertación de Maestría bajo la supervisión de Lygia Sigaud la investigación mencionada, la autora consigue poner distancia de las perspectivas que "encuentran" lo nuevo y lo diferente de los procesos políticos, más porque parecen presuponerlo que porque formen parte de la realidad de los agentes.

Últimamente asistimos a la aparición de análisis etnográficos interesados en destacar como objeto el estudio de las *militancias* y el *militantismo*.[15] Algunos de estos trabajos se reconocen o inscriben en la antropología de la política, y buscan describir formas de acción política de agentes ligados o no a la función pública. Siguiendo nuestra opción metodológica decidimos destacar aquellos estudios enfocados en actores cuyas acciones políticas suponen la intervención en la función pública. Entre ellos encontramos el trabajo de Virginia Vecchioli, quien realizó su maestría y doctorado en antropología social en el Museo Nacional de Río de Janeiro, dirigida en ambos casos por Federico Neiburg. En el estudio que realiza para su disertación de doctorado, Vecchioli nos acerca la comprensión socio-histórica de la conversión de un grupo de profesionales del derecho en expertos en Derechos Humanos y funcionarios públicos legítimos. En un artículo publicado recientemente (Vecchioli, 2007), describe las variaciones históricas y las condiciones sociales que hicieron posible el curso que tomó la profesionalización de un grupo de abogados hasta que estos ingresaron en la política profesional hacia comienzos de la década del '70. Destaca de este proceso que analiza desde los años '30, el punto de origen de esta corriente, los saberes técnicos necesarios y los valores legítimos que expresan los abogados, las alteraciones de la causa de los Derechos Humanos, las redes internacionales que construyeron, los principios de reclutamiento y los espacios de socialización profesional y política.

También la última etnografía de Masson (2007) se inscribe en el estudio de las formas de acción política y de militancia. Concretamente, la investigación se propone comprender las propiedades de las categorías y conceptos por medio de las cuales las feministas piensan el feminismo (y su pertenencia al mismo) y la configuración actual de esta forma social. La autora llama la atención, desde el título de su libro –*Feministas en Todas Partes. Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina*–, sobre la circunstancia de que el *feminismo* es considerado un espacio social heterogéneo que incluye varios espacios: académicos, gubernamentales, de los partidos políticos y de las organizaciones no gubernamentales. Masson advierte una tensión entre la uniformidad de propiedades sociales de las mujeres que se reconocen como feministas (excelente

dominio del lenguaje, acceso a la educación superior y a medios de expresión pública, etc.) y la diversidad de categorías de acusación que las distinguen y oponen (feministas institucionalizas, feministas utópicas, feministas políticas, feministas puras, académicas puras, feministas puras). Así, la forma social que la militancia feminista conforma, es analizada como una configuración social particular cuyo contenido específico lo expresan eventos, espacio y narrativas concretas sobre los que Masson estructura su estudio.

Perspectivas futuras y algunos desafíos para la antropología de la política en la Argentina

Mientras escribíamos este panorama temático se sucedían una serie de acontecimientos de intensidad social y política considerable entorno al paro agropecuario. Estos hechos nos han llevado a considerar la importancia de que la antropología de la política consiga indagar en abordajes y enfoques capaces de dar cuenta de fenómenos que no tienen a los profesionales de la política ni a sus seguidores como protagonistas. Fenómenos como este muestran que ciertos procesos sociales y políticos, como el que la Argentina conoció en diciembre de 2001, parecen hablar de las condiciones en que *la gente* desborda a la dirigencia política. Este desbordamiento nos habla de modalidades de relación con *la política* y los políticos, aparentemente diferentes de las que habitualmente caracterizan a seguidores y dirigentes. Si bien existen algunas etnografías donde se exploran formas alternativas de la *militancia* –como modalidad de relación y simbolización del vínculo político– (Frederic, 2004; Vecchioli, 2007; Masson, 2008), la revisión aquí realizada nos indica una tendencia de nosotros, los antropólogos, a concentrarnos en el estudio de aquel universo y relegar el de las relaciones de los *ciudadanos* o *la gente* con *la política*. Los cortes de rutas en distintos puntos del territorio argentino mediante los cuales los productores agropecuarios rechazaron durante 21 días una medida de aumento y movilidad de las retenciones, expresaron una dinámica de la política donde actores sociales rurales y urbanos ajenos a las estructuras partidarias y sindicales fueron los protagonistas de un conflicto de difícil solución. En este sentido, nos indicaron que los protagonistas del conflicto y de la protesta (*pequeños, medianos y grandes productores agropecuarios, sectores medios y altos urbanos de la Ciudad de Buenos Aires*) y sus detractores (*gobierno, partidarios kirchneristas de diversos sectores, piqueteros y sindicalistas*) son movidos por racionalidades aparentemente diversas y desconocidas, más complejas que las que la prensa, una parte de los intelectuales y el gobierno nacional imaginaron, y sobre las que muy pocos se han preguntado. A cambio, el desconcierto, el miedo y la incertidumbre para hacer inteligibles los acontecimientos pusieron en juego categorías tradicionales (*gol-*

pistas, gorilas, peronistas, negros, etc.) que como ya ha demostrado la antropología son parte de la construcción de la realidad. Queda por indagar con el estudio de nuevos eventos y sus condiciones de producción, las formas de segmentación social, los valores morales en juego así como otras dimensiones que definen las racionalidades de quienes como los productores y ciertos sectores urbanos no disponen de socialización política partidaria, son amateurs de la política, pero muy activos.

En segundo lugar, quisiéramos señalar que una revisión de la literatura antropológica producida en Argentina sobre la política expresa una referencia casi unilateral hacia el estudio del *peronismo* y los *peronistas*. Ya se ha dicho aquí que, en modo alguno, los antropólogos somos originales al involucrarnos mediante nuestras etnografías en la actualización de esta tendencia que domina las elecciones temáticas de científicos sociales argentinos, argentinólogos y latinoamericanistas extranjeros. Desde hace medio siglo, *Perón, Evita* y *el peronismo*, son invocados recurrentemente en los estudios sociales con el fin explícito o la pretensión implícita de acceder a la comprensión de la *argentinidad* o, cuanto menos, de una dimensión sustantiva importante de la definición contemporánea de la misma. Sin embargo, las clásicas prevenciones antropológicas contra la tendencia a reificar el contenido de cualquier identidad o forma de sociabilidad en el conocimiento social, deberían ponernos en guardia contra esta vocación por establecer necesarias asociaciones entre *peronismo y nación, peronismo y sociedad argentina, peronismo y cultura política nacional*. En este sentido, habilitar el desarrollo de estudios socialmente situados de una diversidad de identidades y formas de sociabilidad política mediante los esfuerzos teóricos y metodológicos de la antropología social y de otras ciencias sociales, permitiría sopesar –análisis comparado mediante– posibles relaciones de continuidad y de diferencia entre aquello que los estereotipos científicos y nativos suelen invocar como rasgos característicos del *peronismo* y *la Argentina*. En otras palabras, todavía nos debemos la producción de etnografías sobre la *política* y *el radicalismo, el macrismo, el arismo, los socialismos, el liberalismo* y *el autonomismo correntino, los demócratas mendocinos, el movimiento popular neuquino* u otras expresiones políticas partidarias nacionales, provinciales o municipales.[16] Transitar este camino intelectual, no sólo sería una forma de desafiar y poner a prueba nuestros enfoques y métodos en el conocimiento de la política; también contribuiría a la elaboración de un mapa más diverso y comprehensivo de la política en la Argentina contemporánea.

El conocimiento adquirido sobre la política y lo político gracias al abordaje etnográfico, debiera poner a la antropología social en diálogo con los abordajes de la sociología política, la ciencia política y la historiografía. Sin embargo, éste no ha sido frecuente y mucho menos sistemático. La importante producción

alcanzada por la antropología social en este terreno durante la última década podría llevarnos en el mediano plazo a construir una comunidad académica más sólida. Pero esto no debería hacernos perder de vista la obligación de establecer una discusión que nos enriquezca recíprocamente y renueve las condiciones que establecen la relevancia científica de nuestros objetos. Entre los aspectos que este diálogo conlleva está el de la comparación de nuestros abordajes y de los de aquellas disciplinas. En este punto, nos encontramos con lo que podríamos denominar un salto entre los abordajes etnográficos y los abordajes que se apoyan en métodos cuantitativos, en el orden de la agregación de los datos construidos y el alcance de la validez de los resultados. Antes de vernos obligados, en aras de defender una tradición que ha probado ser exitosa, a limitar la validez de los estudios microscópicos que encaramos, las antropólogas y los antropólogos sociales deberíamos ser capaces de imaginar nuevos abordajes etnográficos que incluyan la producción y uso de datos agregados. Consideramos, a este respecto, que el recurso al trabajo colectivo en diferentes etapas de la producción de datos –ahora reducido principalmente a la instancia de reelaboración mediante la discusión de resultados parciales– y el uso crítico de instrumentos de relevamiento y formas de procesamiento de la información agregada tales como las encuestas y el análisis estadístico, constituirían un paso importante en el camino de un mayor diálogo con estudios realizados por las disciplinas arriba mencionadas. Sin duda que, para ello, es necesario retomar la discusión sobre los ámbitos que tradicionalmente hemos tomado como el contexto mayor en el cual se inscribe nuestra "unidad de estudio": la sociedad o la cultura, para sortear limitaciones que se nos presentan como metodológicas cuando son principalmente de orden teórico.

Finalmente, pensamos que valdría la pena continuar explorando el estudio etnográfico de los temas de las agendas pública y estatal *nacional, provincial, regional o municipal* instalados por diferentes sujetos sociales, actuales y/o potenciales objeto de estudio, interlocutores en el curso del trabajo de campo, o *ciudadanos* con quienes mantenemos diálogos cuando ponemos en acto nuestro doble rol de antropólogos y nativos. Sin dudas, la promoción de cierto distanciamiento respecto de esos temas y la afirmación de la autonomía teórica, metodológica y en el recorte de las cuestiones sustantivas significativas, constituye uno de los requisitos fundamentales para el desarrollo de cualquier actividad científica. Pero también es dado considerar que la realización efectiva de esa vocación autonómica (y decimos vocación, pues está claro que este esfuerzo es una pretensión que se inscribe en las coordenadas del mundo social) se ha producido entre nosotros de una forma en la cual, casi unilateralmente, hemos orientado nuestras investigaciones apropiándonos de las agendas académicas instaladas y cultivadas en y por algunas antropologías metropolitanas

y, muy especialmente, la brasileña. Con esta última, ya se ha visto, mantenemos un fuerte nivel de interlocución, deuda e incluso una dependencia intelectual, que se evidencian en la formación de postgrado de numerosos antropólogos argentinos como maestrandos y doctorandos de programas de la Universidad Federal de Rio de Janeiro y en la Universidad de Brasilia, en la circulación de profesores e investigadores entre instituciones brasileñas y argentinas, en la realización de eventos académicos y de proyectos de investigación compartidos, o en el consumo entre nosotros de libros y publicaciones especializadas del vecino país. Al destacar esta particular situación entre los antropólogos argentinos que investigamos sobre *la política,* no pretendemos proclamar una especie de fronda independentista contra aquellos colegas e instituciones extranjeras en los cuales nos hemos referenciado durante los últimos quince años en beneficio de nuestras tareas como docentes, investigadores y organización institucional. Más bien, tratamos de enfatizar la siguiente hipótesis: si la antropología brasilera ha conseguido posicionarse en el escenario de las antropologías mundiales como una academia periférica de avanzada, ello ha sido –entre otras razones– porque consiguió apropiarse del acervo intelectual de las antropologías metropolitanas interpelando críticamente sus enfoques teóricos, métodos, problemas y objetos de estudio consagrados. La promoción de esa estrategia en favor de la elaboración de una agenda académica con cierta autonomía, también estuvo relacionada con la intensión de atender al estudio de temas considerados relevantes en la agenda pública, estatal, o de las ciencias sociales y la antropología del Brasil. Así pues, en la definición y concreción relativa de posicionamientos críticos de este tipo, creemos, reside uno de los desafíos más grandes que debemos enfrentar en este momento quienes buscamos poner en relación la antropología social y la política en la Argentina. Quizá sea esta la más importante y difícil lección que podamos aprender de nuestros colegas brasileros.

Notas

[1] Investigadora y Docente de la Universidad Nacional de Quilmes. Investigadora del CONICET. E-mail: frederic@unq.edu.ar

[2] Docente de la Universidad Nacional de la Plata. Investigador del CONICET con sede en la Universidad Nacional de Quilmes. E-mail: gsoprano@speedy.com.ar

[3] Bailey (1971); Boissevain (1966); Davies (1983); Gellner (1985); Schmidt at al (1977); Scott (1969) y Pitt-Rivers y Peristiany (1993).

[4] Desarrollos y resultados de esta investigación también fueron publicados en revistas especializadas de la Argentina (Neiburg, 1995a y 1999) y en una compilación de artículos sobre el peronismo (Neiburg, 1995b).

[5] De hecho, este artículo no fue publicado en castellano en la Argentina sino hasta once años más tarde (en: Rosato y Balbi, 2003).

[6] En este sentido, es necesario mencionar que algunos relativamente recientes trabajos de historiadores sobre peronismo y cultura política toman similares autores como referentes: James (1990), Zanatta (1996 y 1999), Plotkin (1993), Caimari (1994). Pero vale la pena resaltar que todos han producido sus trabajos en academias extranjeras (Gran Bretaña-EEUU, Italia, EEUU y EEUU, respectivamente).

[7] Excepción hecha de los trabajos pioneros de Hugo Ratier (1971a, 1971b) y Hebe Vessuri (1971), que refirieron al *peronismo* en sus etnografías enfocando las relaciones entre el campo y la ciudad, así como las determinaciones socio-económicas, políticas y culturales activas en poblaciones inscriptas en la sociedad nacional. En ambos casos, el *peronismo* es abordado –digámoslo así– desde el "patio trasero", esto es, a través de un análisis de los villeros de la Isla Maciel y de las relaciones de patronazgo en las fincas santiagueñas, antes que desde el conocimiento de sus actores sociales más rutilantes: el movimiento obrero, los trabajadores industriales, la burguesía industrial, los militares o los nacionalistas católicos.

[8] En el libro *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Neiburg afirmaba: "Mis interlocutores en el Programa de posgrado en Antropología Social donde comenzaba a realizar mi doctorado no eran argentinos, ni ´especialistas en peronismo´, ni tampoco ´especialistas en Argentina´, y desde las primeras discusiones con ellos me vi obligado a realizar un enorme, y por momentos penoso, esfuerzo de explicitación y explicación de temas, problemas y categorías que eran tan naturales para mí como para la literatura que estaba examinando. Pronto se reveló la productividad de utilizar positivamente ese diálogo para realizar un ejercicio de sociología o antropología reflexiva: la disconformidad y el desconocimiento de mis interlocutores respecto de mis propias representaciones sobre la Argentina, y de las representaciones que transmitían los textos sobre los cuales apoyaba mis lecturas, podían servir para reflexionar sobre algunos procesos de construcción de mi propia cultura, en el doble sentido de cultura nacional y cultura académica nacional. Desde esta perspectiva, comencé a interesarme menos por lo que las interpretaciones y los intérpretes del peronismo decían explícitamente sobre su objeto y más por lo que decían sobre la sociedad y la cultura en la que ambos habían sido *inventados*" (1998: 22-23).

[9] Una edición en castellano de este artículo fue publicada en el libro de Rosato y Balbi (2003) con el título original del texto –"Frasquito de anchoas, diez mil kilómetros de desierto. . .y después conversamos", que refería a una expresión nativa de los *peronistas entrerrianos*–, suprimida en la edición en portugués de la revista *Mana* y reemplazada por otra tomada de *Los desposeídos* de Ursula Kroeber Le Guin. En el mencionado libro de Rosato y Balbi, también se publican las contribuciones al estudio de la política de otros antropólogos brasileños miembros del NuAP (Moacir Palmeira, Marcio Goldman, Ana Claudia Cruz Da Silva, Christine de Alentar Chaves) argentinos con larga residencia y sociabilidad académica en el Brasil e integrantes de ese Núcleo (Beatriz Heredia, Gabriela Scotto, Federico Neiburg) y argentinos (Mauricio Boivin, Sabina Frederic y los propios Rosato y Balbi).

[10] Algunos textos de antropólogos brasileños de este Núcleo influyentes en el desarrollo de este tema entre los antropólogos argentinos fueron: Palmeira (1992), Palmeira y Heredia (1995), Palmeira y Goldman (1996), Barreira y Palmeira (1998), Heredia (1999).

[11] A pesar de ese esfuerzo invertido en el estudio de la alteridad social y cultural, y de esa comprometida tentativa por reconocerla en su específica lógica y contexto de uso, la antropología social metropolitana no estuvo exenta de etnocentrismos; sin dudas, porque esa tarea de lograr comprenderse a sí misma como un conocimiento localmente situado (esto es, como un saber nativo entre otros) constituye un objetivo harto difícil de realizar plenamente. Al estudiar sociedades del capitalismo periférico del área del Mediterráneo, México, Centroamérica y el Caribe, los antropólogos abordaron positivamente estos fenómenos que definieron como patronazgo, clientelismo y facciones, otorgándoles una entidad propia como categorías sociológicas e, incluso, observaron que podían ser necesarios en la producción de formas de cohesión social en los procesos de modernización del Estado y la sociedad. Pero en sus etnografías también tendieron a identificarlos como un complemento (al decir de Landé, 1977) de las relaciones interindividuales e institucionales que

debían predominar definitivamente en esas sociedades si los procesos de modernización se completaran, tal como ocurrió en las sociedades anglosajonas que ellos tenían por referencia teórica, histórica y personal. En este sentido, sus monografías fueron expresivas de una perspectiva etnocéntrica bastante convencional, que reconoce en las "sociedades tradicionales" unos diacríticos como "relaciones personalizadas", "amistad", "patronazgo", "compadrazgo", definidos en función de su presunta ausencia en la sociedad de origen de los antropólogos donde, por el contrario, se desplegarían unos diacríticos considerados como opuestos excluyentes: "relaciones impersonales" y "racionalidad con arreglo a fines" propias de la formación de la "burocracia", el "Estado" y el "mercado" (Marques, 1999).

12 Una microfísica de las relaciones personalizadas patrón-cliente establecidas en una facción podría ser abordada a partir del concepto de contrato diádico de Foster (1974). Para este autor, la díada proporciona la estructura de las relaciones de alianza y clientela. Se trata de un contrato implícito o informal de obligación recíproca entre dos individuos que intercambian bienes y servicios de diferente tipo, en un flujo continuo que persiste en la medida en que su circulación permanece desequilibrada. De modo que, si las obligaciones de un individuo hacia otro no se saldan definitivamente, su relación se proyecta en el tiempo. El contrato diádico puede efectuarse entre individuos de igual jerarquía social, económica, cultural, moral y/o política; en este caso sus obligaciones recíprocas se consideran complementarias y estaremos ante un contrato diádico simétrico o relaciones de alianza. También puede ser un contrato entre individuos con desigual acumulación de capitales económico, social, cultural, moral y/o políticos, donde cada participante debe al otro bienes y servicios cuantitativa y cualitativamente diferentes; hablaremos entonces de un contrato asimétrico o de una relación de clientela o patronazgo. Así pues, la desigual distribución de posiciones sociales y de poder existente entre dos individuos se objetiva a través de relaciones de intercambio material y/o simbólico. Por su parte, Eric Wolf (1980) señala que los bienes que ofrece el patrón –tales como la ayuda económica y la protección– son más inmediatamente tangibles, mientras que el cliente ofrece en contrapartida la demostración de estima, la información y las promesas de apoyo político. Contra el foco puesto por Foster en la producción de relaciones diádicas, para Eisenstadt y Roniger (1984) las díadas sólo son comprensibles al desplegarse conformando redes de alianza y clientela, un entramado de dependencias e intercambios recíprocos, jerarquías y distribución desigual de poder entre individuos (Boissevain y Mitchell, 1973; Boissevain, 1974). Jeremy Boissevain (1966) observa que al analizar estas redes se torna necesario dar cuenta de las causas por las cuales cada individuo se integra a la misma, así como el tipo de relación que cada uno establece con el patrón. Asimismo, resulta imprescindible atender al proceso mediante el cual se construye, distribuye y cambian las relaciones de poder en la red. En este sentido, para Adrian Mayer (1977) las redes de clientela forman *action sets*, es decir conjuntos de personas aglutinadas por un ego en función del cual existen y dependen; por tal motivo, esas personas no conforman un grupo propiamente dicho, pues sus relaciones de solidaridad e interacciones se producen siempre en forma vertical y personalizada entre *ego* –o sus intermediarios– y un miembro del *action set* (antes que de forma horizontal). Reconstruyendo el diseño o la estructura de esa red es posible delimitar las fronteras de una facción.

13 Para Marshall Sahlins (1977a), las relaciones de reciprocidad, aún cuando se funden en intercambios recíprocos entre individuos de igual jerarquía, están sometidas a tensiones y potenciales conflictos, pues los tres momentos en que se despliega la relación entre los individuos –obligación de dar, de recibir y de devolver– se producen en una temporalidad diferida. Por lo tanto, el individuo que recibe un bien o un servicio se ve obligado a recibirlo y devolverlo en algún plazo. El tiempo transcurrido hasta completar los tres momentos y saldar la deuda contraída es un período potencialmente conflictivo para los individuos involucrados: para uno porque está compelido a devolver y para el otro porque espera ser compensado por su don inicial. Durante ese tiempo, la relación de alianza entre estos dos individuos iguales en jerarquía se ve potencialmente amenazada. Por otro lado, están también los casos en que la devolución se produce con usura, a fin de desequili-

brar la relación de intercambio, modificando las posiciones sociales inicialmente iguales entre los participantes, creando una obligación que difícilmente podrá ser saldada en su totalidad y, por eso mismo, da lugar a una forma de dominación entre dos individuos que otrora fueron iguales. Este es un caso típico de forma agonística de intercambio de dones (Mauss, 1979; Godelier, 1998; Godbout y Callé, 1997).

[14] Laura Graciela Rodríguez es Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Misiones, Magíster en Ciencias Sociales con mención en Sociología por FLACSO sede Buenos Aires, y doctora por el Programa de Posgrado en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones, con tesis doctoral realizada con dirección de Rosana Guber.

[15] El reconocimiento de ese interés común dio lugar a la conformación de una Red de Estudios sobre Militantismo que agrupa investigadores de diferentes disciplinas, nacionalidades y pertenencias institucionales. La Red organiza encuentros especiales y participa de la conformación de grupos de trabajo o simposios en eventos académicos.

[16] Entre las escasas etnografías que se concentraron en el estudio de la política en identidades y formas de sociabilidad partidarias no peronistas, se cuentan el trabajo de Guber y Soprano (2000) sobre el *nuevismo* durante la crisis en la provincia de Corriente de los años 1999/2000, o el de Sabina Frederic (2007) sobre el *macrismo* en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Bibliografía

Aelo, O. (2004). Apogeo y ocaso de un equipo dirigente: el peronismo en la provincia de Buenos Aires, 1947-1951. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales.* 44, 173, 85-107.

Aelo, O. y Quiroga, N. (2006). Modelos en conflicto. El Partido Peronista en la Provincia de Buenos Aires, 1947-1955. *Estudios Sociales*. 30,

Alonso, A. M. (1994). The politics of space, time and substance: state formation, nationalism and ethnicity. *Annual Review of Anthropology* 23, 379-405.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.

Archetti, E. (1999). Hibridación, pertenencia y localidad en la construcción de una cocina nacional. En C. Altamirano (Ed.), *La Argentina en el siglo XX* (pp. 217-237). Buenos Aires, Editorial Ariel.

Archetti, E. (2001). *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Archetti, E. (2003). *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

Auyero, J. (1997). Evita como ´performance´. Mediación y resolución de problemas entre los pobres urbanos del Gran Buenos Aires. En J. Auyero (Comp.), *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo* (pp. 167-232). Buenos Aires, Losada.

Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires, Ediciones Manantial.

Bailey, F. G. (1970). *Las reglas del juego político*. Caracas, Editorial Tiempo Nuevo.

Bailey, F. G. (Ed). (1971). *Gifts and Poison. The Politics of Reputation*. Oxford, Basil Blacwell.

Bailey, F. G. (1998). *The Need for Enemies: A Bestiary of Political Forms.* Ithaca and London, Cornell University Press.

Balandier, G. (1994). *El poder en escena.* Barcelona, Paidós.

Balbi, F. A. (2003). La lealtad antes de la *lealtad*: honor militar y valores políticos en los orígenes del *peronismo*. En A. Rosato y F. Balbi (Eds.), *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social* (pp. 187-214). Buenos Aires, CAS-IDES - Editorial Antropofagia.

Balbi, F. A. (2004). *'. . .esa avalancha de homenajes'.* Campo de poder, *lealtad* y concepciones de la política en el primer peronismo. *Anuario de estudios en Antropología Social*. 1, 103-118.

Balbi, F. A. (2007). *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el Peronismo.* Buenos Aires, Ediciones Antropofagia.

Balibar, E. y Wallerstein, I. (1991). *Race, Nation, Class.* London and New York, Verso.

Banfield, E. C. (1958). *The moral basis of a backward society*. Glencoe, The Free Press.

Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras.* México, Fondo de Cultura Económica.

Barreira, I. (1998). *Chuva de papeis. Ritos e Símbolos de Campanhas Eleitorais no Brasil.* Rio de Janeiro, Relume-Dumara - Núcleo de Antropologia da Política.

Barreira, I. y Palmeira, M. (Orgs.). (1998). *Candidatos e candidaturas. Enredos de campanha eleitoral no Brasil*. Sao Paulo, Anablume –UFC.

Bezerra, M. O. (1999). *Em nomes das ´bases´. Política, Favor e Dependencia Pessoal.* Rio de Janeiro, Relume-Dumara - Núcleo de Antropologia da Política.

Bhabha, H. (2001). *O local da cultura.* Belo Horizonte, Editorial de la UFMG.

Blok, A. (1974). *The Mafia of a Sicilian Village. 1860-1960. A study of violence.* Oxford, Basil Blackwell.

Boissevain, J. (1965). *Saints and Fireworks. Religion and Politics in Rural Malta.* London, University of London.

Boissevain, J. (1966). Patronage in Sicily. *Man*. 1, 1, 18-33.

Boissevain, J. y Mitchell, C. (eds.). (1973). *Network Analysis. Studies in Human Interaction*. The Hague, Mouton & Co.

Boivin, M., Rosato, A. y Balbi, F. A. (1998). 'Quando o inimigo te abraça com entusiasmo. . .´: Etnografia de uma traicao. *Mana. Estudos de Antropologia Social*. 4, 2, 35-65.

Bona, A. y Vilaboa, J. (Coords.). (2007). *Las formas de la política en la Patagonia. El primer peronismo en los territorios nacionales.* Buenos Aires, Editorial Biblos.

Bourdieu, P. (1980). *Le sens practique.* Paris, Minuit.

Bourdieu, P. (1989). A representaçao política. Elementos para uma teoría do campo político. En *O poder simbólico* (pp. 163-207). Lisboa, Difel.

Bourdieu, P. (1996). Linguagem e poder simbólico. En *A economia das trocas lingüísticas. O que falar que dizer* (pp. 81-128). Sao Paulo, Editora da Universidade de Sao Paulo.

Briones, C. (1994). Con la tradición de las generaciones pasadas gravitando sobre la mente de los vivos: Usos del Pasado e Invención de la Tradición. *Runa.* 21, 99-130.

Briones, C. (1995). Hegemonía y construcción de la nación. Algunos apuntes. *Apuntes de trabajo.* 4, 33-48.

Briones, C. (1998). *La alteridad del 'cuarto mundo´. Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires, Ediciones del Sol.

Caimari, L. (1995). *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y Sociedad en la Argentina. 1943-1955.* Buenos Aires, Ariel.

Campbell, J. K. (1964). *Honour, Family and Patronage.* Oxford, Claredon.

Caniello, M. (1990). Patronagem e rivalidade: observaçoes iniciais sobre processos de modulaçao ética numa cidade do interior. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*. 14, 46-59.

Comerford, J. C. (1999a). *Fazendo a Luta: sociabilidade, falas e rituais na construcao de organizacoes camponesas*. Rio de Janeiro, Relume-Dumará - NuAP.

Comerford, J. C. (1999b). Sindicatos, sociabilidad e poder: um estudo sobre trabalhadores rurais. *Cuadernos do Núcleo de Antropologia da Política*. 2, 33-49.

Costa Teixeira, C. (1998). *A honra da política. Decoro parlamentar e cassacao de mandato no Congresso nacional (1949-1994).* Rio de Janeiro, Relume-Dumará - Núcleo de Antropologia da Política.

Da Matta, R. (1990). *Carnavais, malandros e heróis. Para uma sociologia do dilema brasileiro.* Rio de Janeiro, Editora Guanabara.

Da Matta, R. (1997). *A casa e a rua. Espaco, cidadania, mulher e morte no Brasil.* Rio de Janeiro, Rocco.

Davies, J. (1983). *Antropología de las sociedades mediterráneas.* Barcelona, Editorial Anagrama.

Del Campo, H. (1983). *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable.* Buenos Aires, CLACSO.

Eisenstadt, S. y Roniger, L. (1984). *Patrons, clients and friends. Interpersonal relations and the structure of trust in society*. Cambridge, Cambridge University Press.

Elias, N. (1982). *La sociedad cortesana.* México, Fondo de Cultura Económica.

Elias, N. (1989). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas.* México, Fondo de Cultura Económica.

Fortes, M. y Evans-Pritchard, E. E. (Eds.). (1961). *African Political Systems.* London, New York and Toronto, Oxford University Press.

Foster, G. (1974). El contrato diádico: un modelo para la estructura social de una aldea de campesinos mexicanos. En C. Wagley y otros. *Estudios sobre el campesinado latinoamericano. La perspectiva de la antropología social* (pp. 129-158). Buenos Aires, Editorial Periferia.

Fraser, N. (2000). ¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era 'postsocialista'. *New Left Review*. 0, 126-155.

Frederic, S. (2003). Comentario a 'La villa como aldea´ de Laura Masson. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología.* 28, 215-220.

Frederic, S. (2004). *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires.* Buenos Aires, Prometeo Libros.

Frederic, S. (2005). Región etnográfica y microanálisis. A propósito de la política como problema moral en una ciudad bonaerense. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 315-341). Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes.

Frederic, S. (En Prensa). Mauricio Macri et la professionnalisation de la politique. Tradition et innovation dans la production d' un candidat. *Revista Politix*.

Frederic, S. y Soprano, G. (2005). Introducción. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 11-66). Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes.

Frederic, S. y Soprano, G. (2008). Construcción de escalas de análisis en el estudio de la política en sociedades nacionales. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina.* Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Frederic, S. y Masson, L. (2007). Hacer política en la provincia de Buenos Aires: cualidades sociales, políticas públicas y profesión política en los ´90. *Anuario de Estudios en Antropología Social*. 3, 129-138.

Frederic, S. y Masson, L. (2008). Acerca de escalas y eventos: potencial teórico y metodológico en el estudio de procesos políticos. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina.* Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Friedrich, P. (1965). A Mexican Cacicazgo. *Ethnology*. 4, 2, 190-209.

Friedrich, P. (1968). The legitimacy of a cacique. En M. J. Swartz (Ed.), *Local-level Politics. Social and Cultural perspectives* (pp. 243-269). Chicago, Aldine.

Friedrich, P. (1991). *Los Príncipes de Naranja. Un ensayo de método antropohistórico.* México, Editorial Grijalbo.

Gaztañaga, J. (2005). Un *puente* entre el *trabajo político* y un *anhelo centenario.* Etnografía de un proceso político. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 197-218). Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes.

Gaztañaga, J. (2006). El trabajo político o la política como 'vocación de servicio´: obligaciones y relaciones interpersonales. *Anuario de Estudios en Antropología Social.* 2, 199-216.

Gaztañaga, J. (2008). Procesos políticos y problemas de 'escala´: el caso de la región centro de la República Argentina. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina.* Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Gayol, S., Melón, J. C. y Roig, M. (1988). Peronismo en Tandil ¿perpetuación conservadora, desprendimiento radical o génesis sindical? 1943-1948. *Anuario del IEHS. 3.*

Gellner, E. (1985). *Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas*. Barcelona, Júcar Universidad.

Gellner, E. (1988). *Naciones y nacionalismo*. Madrid, Alianza.

Germani, G. (1965). *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas.* Buenos Aires, Paidós.

Geertz, C. (1991). *Negara. O Estado teatro no século XIX*. Lisboa, Bertrand Brasil - Difel.

Geertz, C. (1994). Centros, reyes y carisma: una reflexión sobre el simbolismo del poder. En *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas* (pp. 147-171). Barcelona, Ediciones Paidós.

Gil, G. (2006). Investigación, represión e investigación de campo. La carrera de Antropología de Mar del Plata (1971-1977). *Anuario de Estudios en Antropología Social*. 3, 53-73.

Godelier, M. (1986). *La producción de los Grandes Hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Madrid, Ediciones Akal.

Graziano, L. (1975). *A Conceptual Framework for the Study of Clientelism.* Ithaca, New York, Cornell University Press.

Graziano, L. (1977). Patron-Client Relationships in Southern Italy. En Schmidt, S., Guasti, L., Lande, C. y Scott, J. (Eds.), *Friends, Followers, and Factions. A reader in political clientelism* (pp. 360-377). Berkeley, Los Angeles and London, University of California Press.

Grimson, A. (Comp.). (2000). *Fronteras nacionales e identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires, Ediciones Ciccus - La Crujía.

Grimson, A. (2002). *El otro lado del río. Periodistas, Nación y Mercosur en la frontera*. Buenos Aires, Eudeba.

Grimson, A. (2003). *La nación en sus límites. Contrabandistas y exiliados en la frontera Argentina-Brasil*. Barcelona, Gedisa Editorial.

Grynszpan, M. (1990). Os idiomas da patronagem: um estudo da trajetória de Tenório Cavalcanti. *Revista Brasileira de Ciencias Sociais*. 14, 73-90.

Guber, R. (1999). Alfredo Lorenzo Palacios. Honor y dignidad en la nacionalización de la causa de Malvinas. *Revista de Ciencias Sociales*. 10, 83-116.

Guber, R. (2000a). La recuperación de la frontera perdida. La dimensión mítica de los derechos argentinos a las Islas Malvinas. *Revista de Investigaciones Folklóricas*. 15, 77-87.

Guber, R. (2000b). Un gaucho y 18 cóndores en las Islas Malvinas. Identidad política y nación bajo el autoritarismo argentino. *Mana. Estudos de Antropologia Social*. 6, 2, 97-125.

Guber, R. (2000c). La nacionalización de 'Malvinas´. De cuestión diplomática a causa popular. En *Avá. Revista de Antropología.* 1, 57-74.

Guber, R. (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Guber, R. (2002). *Antropología Social*: An Argentine diáspora between revolution and nostalgia. En *Anthropology Today.* 18, 4, 8-13.

Guber, R. (2004). *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas.* Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

Guber, R. (2006). Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires. *Avá. Revista de Antropología.* 8, 26-56.

Guber, R. y Soprano, G. (2002). La dimensión cultural de la crisis en Corrientes. En *Análisis de los factores intervinientes en la crisis del Estado en la Provincia de Corrientes* (pp. 232-370). Corrientes, Universidad Nacional del Nordeste.

Guber, R. y Soprano, G. (2003). Tramos perdidos. Patronazgo y clientelismo político desde la antropología social argentina de los años ´60. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología.* 28, 221-226.

Guber, R. y Visacovsky, S. (1998). Controversias filiales: la imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología.* 22/23, 25-53.

Guber, R. y Visacovsky, S. (2000). "Nación, marginalidad crítica y el Otro interno en la antropología social argentina de los 1960s-70s. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*. 40, 158, 289-316.

Heredia, B. (1999). Conflitos e desafios: lutas no interior de faccao. En: *Do local ao internacional: práticas políticas, relacoes pessoais, faccoes* (pp. 39-58). Rio de Janeiro, Cuaderno do Núcleo de Antropologia da Política.

Herkovitz, D. (2004). Rituales políticos y centros carismáticos: un estudio sobre las escenificaciones del poder. *Avá. Revista de Antropología*. Posadas. Universidad Nacional de Misiones. 6, 50-60.

Herzfeld, M. (1993). *The Social Production of Indifference. Exploring the Symbolic Roots of Western Bureaucracy*. Chicago and London, The University of Chicago Press.

Hobsbawm, E. (1991). *Naçoes e nacionalismo desde 1780.* Sao Paulo, Paz e Terra.

Hobsbawm, E. y Ranger, T. (Orgs.). (1984). *A invencao das tradicoes.* Sao Paulo, Paz e Terra.

James, D. (1987). 17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales.* 27, 107.

James, D. (1990). *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976.* Buenos Aires, Sudamericana.

Jaquet, H. (1999). *Los combates por la invención de Misiones. Un estudio de la participación de los historiadores en la construcción de una identidad para la provincia de Misiones. 1940-1950*. Tesis de Maestría no publicada, Universidad Nacional de Misiones, Posadas, Argentina.

Jaume, F. (2000). Estrategias políticas y usos del pasado en las ceremonias conmemorativas de la ´Masacre de Margarita Belén´. 1996-1998. *Avá. Revista de Antropología*. 2, 65-94.

Kahane, R. (1983). Hypotheses on patronage and social change: a comparative perspective. *Ethnology*. 22, 13-24.

Kenny, M. (1977). Patterns of patronage in Spain. En Schmidt, S., Guasti, L., Lande, C. y Scott, J. (Eds.), *Friends, Followers, and Factions. A reader in political clientelism*. (pp. 355-360). Berkeley, Los Angeles and London, University of California Press.

Kertzer, D. (1988). *Ritual, politics and power.* New Haven, Yale University Press.

Kindgard, A. (2002). Procesos sociopolíticos nacionales y conflictividad regional. Una mirada alternativa a las formas de acción colectiva en Jujuy en la transición al peronismo. *Entrepasados. Revista de Historia.* 22, 67-90.

Kuper, A. (1988). *The Invention of Primitive Society. Transformations of An Illusion*. London, Routledge.

Kuschnir, K. (2000). *Eleiçoes e Representaçao no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro, Relume-Dumara –Núcleo de Antropologia da Política.

Kuz, C. (2005). Lengua, provincia y nación en la obra de un intelectual santiagueño. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 129-140). Bernal. Editorial de la Universidad de Quilmes.

Landé, C. (1977). Introduction: the dyadic basis of clientelism. En: S. Schmidt y otros (Eds.), *Friends, Followers, and Factions. A reader in political clientelism* (pp.13-17). Berkeley, Los Angeles and London, University of California Press.

Leach, E. (1976). *Sistemas políticos de Alta Birmania. Estudio sobre la estructura social Kachin*. Barcelona, Editorial Anagrama.

L´Estoile, B., Neiburg, F. y Sigaud, L. (2002). *Antropología, Impérios e Estados Nacionais*. Rio de Janeiro, Relume-Dumara.

Lévi-Strauss, C. (1964). *El pensamiento salvaje.* México, Fondo de Cultura Económica.

Lévi-Strauss, C. (1984). *Antropología estructural.* Buenos Aires, EUDEBA.

Luna, F. (1985). *El 45.* Buenos Aires, Sudamericana.

Lenoir, R. (1979). L'invention du 'troisiéme áge'. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. 26/27, 57-82.

Lenoir, R. (1980). La notion d'accident du travail; un enjeu de luttes. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. 32/33, 77-87.

Lenoir, R. (1991). Objet sociologique et probleme social. En P. Champagne, R. Lenoir, D. Merllië y L. Pinto (Orgs.), *Initiation a la practique sociologique* (pp. 53-100). Paris, Dunod.

Macor, D. e Iglesias, E. (1997). *El peronismo antes del peronismo. Memoria e historia en los orígenes del peronismo santafesino.* Santa Fe, Universidad Nacional de Santa Fe.

Macor, D. y Tcach, C. (Eds.). (2003). *La invención del peronismo en el interior del país.* Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

Malinowski, B. (1986). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona, Editorial Planeta - Agostini.

Marques, A. C. (1999). Algumas Faces de Outros Eus. Honra e Patronagem na Antropologia do Mediterraneo. *Mana. Estudos de Antropologia Social.* 5, 1, 131-147.

Masson, L. (2002). La villa como aldea. En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología.* 27, 71-78.

Masson, L. (2003). Sobre tramos perdidos, villeros y pobres. Respuesta a los comentarios de Guber, Soprano y Frederic. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. 28, 227-230.

Masson, L. (2004). *La política en femenino. Género y poder en la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia - CAS-IDES.

Masson, L. (2007). *Feministas en Todas Partes. Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Prometeo.

Matsushita, H. (1986). *Movimiento Obrero Argentino. 1930-1945*. Buenos Aires, Hyspamérica.

Mauss, M. (1979). Ensayo sobre los dones. Motivo y formas del intercambio en las sociedades primitivas. En *Sociología y antropología* (pp. 155-263). Madrid, Editorial Tecnos.

Mauss, M. (1985). Essai sur les variations saisonières des sotiétés eskimos. En *Sociologie et anthropologie*. Paris, PUF.

Mauss, M. y Hubert, H. (1979). Esbozo de una teoría general de la magia. En *Sociología y Antropología* (pp. 45-152). Madrid, Editorial Tecnos.

Mayer, A. (1977). The significance of Quasi-Gruops in the Study of Complex Societies. En Schmidt, S., Guasti, L., Lande, C. y Scott, J. (Eds.), *Friends, Followers, and Factions. A reader in political clientelism* (pp. 43-54). Berkeley, Los Angeles and London, University of California Press.

Melón, J. C. y Quiroga, N. (Eds.). (2006). *El peronismo bonaerense: partido y prácticas políticas.* Mar del Plata, Ediciones Suárez.

Michels, R. (1984). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Madrid, Amorrortu.

Moore, H. (2004). *Antropología y Feminismo*. Madrid, Ediciones Cátedra.

Muel-Dreyfus, F. (1996). *Vichy et L'Éternel Féminin. Contribution a une sociologie politique de l'ordre des corps*. Paris, Editions Du Seuil.

Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1984). *Estudios sobre los orígenes del peronismo.* Buenos Aires, Siglo XXI.

Navarro, M. (1980). Evita and the crisis of 17 October 1945: a case study of peronist and antiperonist mythology. *Journal of Latin American Studies.* 12, 1, 127-138.

Neiburg, F. (1988). *Fábrica y Villa Obrera. Historia Social y Antropología de los Obreros del Cemento.* Buenos Aires, CEAL.

Neiburg, F. (1990). Entre Perón e o patrão: reflexões sobre os alcances de uma homologia. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*. 13.

Neiburg, F. (1992). O 17 de outubro na Argentina. Espaço e produção social do carisma. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*. 20.

Neiburg, F. (1995a). Ciencias sociales y mitologías nacionales: La constitución de la sociología en la Argentina y la invención del *peronismo. Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales.* 34, 136, 533-556.

Neiburg, F. (1995b). El 17 de Octubre de 1945: Un análisis del mito de origen del peronismo. En J. C. Torre (Comp.), *El 17 de Octubre de 1945* (pp. 219-292). Buenos Aires, Ariel.

Neiburg, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de antropología social y cultural.* Buenos Aires, Alianza Editorial.

Neiburg, F. (1999). Politización y universidad. Esbozo de una pragmática histórica de la política en la Argentina. *Prismas. Revista de Historia Intelectual.* 3, 51-72.

Neiburg, F. (2003). Intimidad y esfera pública. Política y cultura en el espacio nacional argentino. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales.* 36, 141, 287-303.

Núcleo de Antropologia da Política. (1998). *Uma antropologia da política: rituais, representacoes e violencia.* Rio de Janeiro, Cuadernos do NuAP N°1.

Ocampo, B. (2004). *La nación interior. Canal Feijóo, Di Lullo y los Hermanos Wagner. El discurso culturalista de los intelectuales en la provincia de Santiago del Estero.* Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

Ocampo, B. (2005). Discursos y narrativas culturalistas. Canal Feijóo y la construcción de la nación. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 107-128). Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes.

Palmeira, M. (1992). Voto: Racionalidade ou Significado? *Revista Brasileira de Ciencias Sociais*. 7, 20, 26-30.

Palmeira, M. y Goldman, M. (Eds). (1996). *Antropologia, voto e representaçao política*. Rio de Janeiro, Contracapa.

Palmeira, M. y Heredia, B. (1995). Os Comicios e as políticas de Facçoes. *Anuário Antropológico.* 94, 31-94.

Panella, C. (Comp.). (2005). *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires. 1946-1952.* Tomo I. La Plata, Instituto Cultural del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires - Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.

Panella, C. (2006). *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires. 1946-1952. Un caso de peronismo provincial.* Tomo II. La Plata. Instituto Cultural del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires - Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires - Asociación Amigos Archivo Histórico.

Pantaleón, J. (2005). Ciencia y política en la invención de la región del noroeste argentino. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 67-106). Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Pateman, C. (2000). Feminismo y democracia. En M. Navarro y C. Stimpson (Comps.), *Cambios sociales, económicas y culturales.* Buenos Aires, FCE.

Peirano, M. (1995). *A favor da etnografia*. Rio de Janeiro, Relume-Dumará.

Pitt-Rivers, J. (1994). *Un pueblo en la sierra: Grazalema.* Madrid, Alianza Editorial.

Pitt-Rivers, J. y Peristiany, J. G. (Eds.). (1993). *Honor y gracia.* Madrid, Alianza Editorial.

Plotkin, M. (1993). *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955).* Buenos Aires, Ariel.

Prol, M. (2006). Peronismo y prácticas políticas: sur de Santa Fe, 1945. *Estudios Sociales.* 21, 107-127.

Quiroga, N. (2004). El Partido Peronista en Mar del Plata: articulación horizontal y articulación vertical. 1945-1955. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilo Ravignani.* 24, 75-110.

Quiroz, J. (2006). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires, CAS - IDES - Antropofagia.

Ratier, H. (1971a). *Villeros y villas miseria.* Buenos Aires, CEAL.

Ratier, H. (1971b). *El cabecita negra.* Buenos Aires, CEAL.

Rodríguez, L. G. (2001). De patronas y clientas. Etnografía de una organización de mujeres. *Avá. Revista de Antropología.* 3, 109-119.

Rodríguez, L. G. (2005). Las ´mujeres mercosureñas´: el MERCOSUR con 'mirada de género´. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 219-270). Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes.

Rodríguez, L. G. (2008). Las amas de casa en Misiones: entre la casa y la nación. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.). *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina.* Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Rosato, A. (2003). Líderes y candidatos: las elecciones 'internas´ en un partido político. En A. Rosato y F. Balbi (Eds.), *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social* (pp. 61-80). Buenos Aires, Editorial Antropofagia - Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social.

Rosato, A. y Balbi, F. (Eds.). (2003). *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social.* Buenos Aires, Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social - Editorial Antropofagia.

Sahlins, M. (1977a). Poor Man, Rich Man, Big man, Chief: Political Types in Melanesia and Polinesia". En Schmidt, S., Guasti, L., Lande, C. y Scott, J. (Eds.), *Friends, Followers, and Factions. A reader in political clientelism* (pp. 220-232). Berkeley, Los Angeles and London, University of California Press.

Sahlins, M. (1977b). *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid, Editorial Akal.

Schmidt, S., Guasti, L., Lande, C. y Scott, J. (Eds.). (1977). *Friends, Followers, and Factions. A reader in political clientelism.* Berkeley, Los Angeles and London, University of California Press.

Scott, J. (1969). Corruption, Machine and Political Change in Southeast Asia. *American Political Sciencies Review.* 66, 66, 99-113.

Scott, J. (1972). *Comparative Political Corruption*. New Jersey, Prentice-Hall.

Scott, J. (1976). *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in the Southeast Asia.* New Haven, Yale University Press.

Scotto, G. (1999). Imagens, candidatos e campanhas eleitorais: um estudo comparativo sobre campanhas presidenciais brasileiras e argentinas. *Cuadernos do Núcleo de Antropologia da Política* (pp. 50-68). Rio de Janeiro, Cuadernos do NuAP N°2.

Silverman, S. (1965). Patronage and Community-Nation. Relationships in Central Italy. *Ethnology.* 4, 2, 172-189.

Simmel, G. (1939). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización.* Buenos Aires, Espasa Calpe.

Soprano, G. (2002a). La Galería de los Recuerdos. Consagración y desconstrucción de un liderazgo y una tradición política peronista en la provincia de Misiones. *Etnía.* 44/45: 222-252.

Soprano, G. (2002b). A favor de una etnografía sobre clientelismo político y peronismo. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales.* 42, 167, 483-488.

Soprano, G. (2003). Formas de representación en el sistema político argentino. Partidos políticos y movimientos sociales a comienzos del siglo XXI. *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales*. 1, 117-124.

Soprano, G. (2005a). El marketing político y la dinámica de las facciones partidarias del peronismo durante una campaña electoral municipal. *Anuario de Estudios en Antropología Social*. 1, 127-144.

Soprano, G. (2005b). La producción de actores e identidades políticas en el peronismo durante una campaña electoral. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 161-196). Bernal, Editorial de la Universidad de Quilmes.

Soprano, G. (2005c). Antropología y política. Oportunidades y desafíos de la antropología social en la Argentina. *Anuario de Estudios en Antropología Social*. 1, 217-221.

Soprano, G. (2007). La vocación kantiana de la antropología social. Ensayo sobre el diálogo etnográfico entre las categorías nativas y las categorías científicas del conocimiento social en el estudio de la política. En E. Rinesi y G. Soprano (Comps.), *Facultades alteradas. Actualidad de El conflicto de las Facultades de Kant* (pp. 205-246). Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento - Prometeo.

Soprano, G. (2008a). *Recorriendo el espinel de la política*. Identidades, redes y escenarios políticos nacionales, provinciales y municipales en el peronismo. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina.* Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Soprano, G. (2008b). Doña Silvia. Análisis de redes políticas en el peronismo de la provincia de Misiones durante una campaña electoral municipal. *Andes. Antropología e Historia.* 19.

Strickon, A. y Greenfield, S. M. (Eds.). (1972). *Structure and process in Latin America. Patronage, Clintage and Power Systems.* Santa Fe, University of New Mexico Press.

Torre, J. C. (Org.). (1988). *La formación del sindicalismo peronista.* Buenos Aires, Legasa.

Torre, J. C. (1989). Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales.* 28, 112.

Truillot , M. R. (1990). *Haiti State against nation.* New York, Monthly Review Press.

Turner, V. (1974). *Dramas, Fields and Metaphors. Symbolic Action in Human Society.* Ithaca, Cornell University Press.

Turner, V. (1988). *El proceso ritual.* Madrid, Taurus.

Van Gennep, A. (1973). *Les rites de pasaje.* La Haya, Mouton.

Velho, G. y Kuschnir, K. (Orgs.). (2001). *Mediacao, Cultura e Política*. Rio de Janeiro, Aeroplano.

Verdery, K. (1991). *National ideology under Socialism: Identity and Cultural Politics in Ceausescu´s Romania*. Berkeley, University of California Press.

Vessuri, H. (1971). *Land Tenure and Social Structure in Santiago del Estero. Argentina*. Oxford, Oxford University.

Visacovsky, S., Guber, R. y Gurevich, E. (1997). Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. *Redes. Revista de Estudios Sociales de la Ciencia Nº 10*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Vommaro, G. (2007.) Acá no conseguís nada si no estás en 'política´. Los sectores populares y la participación en espacios barriales de sociabilidad política. *Anuario de Estudios en Antropología Social*. 3, 161-178.

Weber, M. (1992). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva.* México, Fondo de Cultura Económica.

Weingrod, A. (1985). Patronazgo y poder. En E. Gellner (Ed.). *Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas*. Barcelona, Júcar Universidad.

Wolf, E. (1980). Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas. En: M. Banton (Comp.), *Antropología social de las sociedades complejas* (pp. 19-39). Madrid, Alianza Editorial.

Wright Mills, C. (1957). *La elite del poder.* México, Fondo de Cultura Económica.

Zanatta, L. (1996). *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943.* Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Zanatta, L. (1999). *Perón y el mito de la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1943-1946.* Buenos Aires, Sudamericana.

No te bañarás nunca en el mismo río etnográfico.

Notas sobre las dificultades del regreso al campo en un pueblo de los Andes colombianos

Santiago Álvarez[1]

Introducción

En este artículo intento describir una experiencia y las dificultades de su traducción al campo etnográfico. Me refiero al retorno al campo después de nueve largos años de ausencia. Empezaré con una perogrullada afirmando que, contrariamente a la idea de fijación fotográfica que la construcción de una etnografía supone (un proceso marcado por el alejamiento y la distancia), el campo se mueve y continúa moviéndose de un modo que podría definirse como cinematográfico.

Volver implica enfrentar el cambio de aquello que en nuestra escritura quedó fijo e inmutable. Me pregunto qué les hubiera pasado a los Nuer de Evans-Pritchard si él hubiese vuelto al Nilo Blanco unos años después. Algunas de sus afirmaciones más fuertes hubieran sido seguramente cuestionadas por él mismo, o al menos puestas entre paréntesis. Alejados ya del campo, en la comodidad de nuestras bibliotecas o frente a la computadora personal en nuestras casas, elaboramos un relato explicativo de nuestras experiencias. La distancia nos permite construir una interpretación que día a día parece más plausible y racional que la fluidez y la ambigüedad del campo. En cuanto a mí, este retorno implicó examinar y cuestionar las hipótesis presentadas, con cierta juvenil arrogancia, en mi tesis doctoral.

Todo regreso supone el riesgo de encontrar profundas alteraciones en el espacio al que se vuelve. Los cambios experimentados son múltiples, empezando por nosotros mismos, por nuestras visiones y observaciones, que se modificaron con el tiempo; pero, y tal vez más dramáticamente aún, el campo re-visitado no es lo que era. Al mismo tiempo, debemos tener en cuenta que el regreso también supone recabar la persistencia de continuidades, de vasos comunicantes que fluyen de un manantial más profundo y persistente. Al volver al campo debemos saber entender tanto lo que se transformó como lo que permaneció y ani-

marnos a contrastarlos con el modo en que estos elementos fueron tratados en nuestra construcción etnográfica. Esto supone entender que esta construcción es un artefacto que a menudo *fetichizamos*: acudimos a él para recordar cómo era realmente el campo. Cuanto más nos olvidamos de nuestras experiencias, más pensamos que la reconstrucción etnográfica es ese recuerdo perdido. En ese sentido, volver a las notas escritas en el campo nos permite transitar un camino intermedio: si bien son reflexiones y observaciones –y no "pura experiencia"– en ellas encontramos lo caótico y lo deshilvanado que fuimos hilvanando y ordenando en nuestra tesis.

Uno de los problemas fundamentales que encuentro en mi caso particular es intentar contrastar dos experiencias etnográficas diferentes. Un breve regreso nos pone en contacto con los acontecimientos, con lo que ocurre, con las cosas que suceden; una estadía prolongada, en cambio, nos conecta con los ríos más profundos por donde corren las continuidades sociales.

Mi trabajo de campo, que podría denominarse clásico, fue realizado entre fines de 1994 y principios de 1996. Supuso una larga estadía: permanecí quince meses en una comunidad campesina de los Andes sur-orientales colombianos. Esta comunidad –que he denominado 'Nómeque' para no expresar su nombre real–[2] se encuentra enclavada en el altiplano Cundiboyacense, al pie del páramo de Sumapaz, a unos dos mil seiscientos metros de altura y a unos cien kilómetros al sudeste de Bogotá. En el momento de mi investigación, estaba habitada por unas tres mil personas en su área urbana

A mediados de los noventa, Nómeque se veía afectada por diferentes enfrentamientos externos e internos. En ese entonces la guerrilla, las fuerzas armadas y los narcotraficantes luchaban violentamente por el control de la región. Además, varias familias campesinas estaban enfrentadas en venganzas de sangre en las que los ideales agresivos de masculinidad encontraban su trágica expresión (Álvarez, 1999:1; 2001:2-3). Durante mi trabajo de campo varios miembros de la comunidad situados, por voluntad o por azar, en medio de estos conflictos, fueron asesinados. Ya me referiré más adelante a las profundas transformaciones políticas observadas y también a la tenaz persistencia de estos elementos de conflictividad interna.

Si comparamos la larga estadía en la comunidad con mi breve retorno a ella, debemos partir teniendo en cuenta que las condiciones del regreso no podrían ser más diferentes. Estas diferencias se nos presentan como dificultades a resolver. En estas circunstancias, ¿es posible y válido hacer una comparación? Considero que sí, que la comparación es posible y válida siempre que se tengan en cuenta los límites objetivos en los que ésta se enmarca: estamos comparando datos obtenidos de modos diversos, cualitativa y cuantitativamente diferentes (unos recabados con todo o casi todo el tiempo del mundo frente a otros obte-

nidos al apuro de unos días). Un argumento sólido a favor de la posibilidad de comparación es entender que mi anterior presencia actúa como conocimiento acumulado. Supone trabajar sobre una serie de conocimientos empíricos previos que potenciaron mi segunda experiencia. Haber estado en la comunidad antes por un tiempo muy prolongado me permite analizar los cambios encontrados dentro de un contexto conocido y trabajado. Hegel decía que se veía como a un enano montado sobre los hombros de gigantes, en el sentido que su filosofía asumía los aportes de los filósofos del pasado. Del mismo modo un breve regreso al campo se puede montar sobre los hombros de una larga experiencia etnográfica.

En esta segunda ocasión, permanecí un mes en total en Colombia, aprovechando este período para visitar el pueblo que en mi tesis denominé Nómequeen numerosas ocasiones. Decidí además establecerme allí por un lapso continuo de diez días, dejando claro que incluso las condiciones de permanencia en este breve lapso de estadía fueron diferentes. Dada la situación política que atravesaba el lugar (me referiré a estos cambios más adelante) y seguramente teniendo en cuenta ciertos fundados temores atribuibles a mi experiencia y madurez, decidí no pernoctar en el pueblo de Nómeque haciéndolo en cambio en una ciudad cercana, que en mis anteriores trabajos denominaba 'Sutagao'. Me transportaba todas las mañanas hasta el lugar y volvía a la ciudad una vez que comenzaba a oscurecer. Además de esto, entrevisté personalmente o contacté telefónicamente, en Bogotá y en Sutagao, a personas que habitaron en el pueblo en el momento de mi primer trabajo de campo. Estos contactos continuaron hasta el último día de mi permanencia en Colombia, cuando casi pierdo el vuelo de regreso debido a que decidí viajar esa misma mañana, al alba, junto a dos personas de Nómeque, a una localidad de la Sabana, distante unas dos horas y media de Bogotá. Allí, en un asilo de ancianos, me encontré con quien en mi tesis denominé el padre Santana, un viejo sacerdote que ya hacia muchos años había dejado de ser el párroco del pueblo, y que nueve años atrás había sido uno de mis principales informantes. Al poco tiempo, apenas unos meses después, y ya de regreso en Argentina, me informaron de su fallecimiento. Ya en el aeropuerto, justo antes de embarcar, contacté a otro informante clave.

A pesar de todos estos condicionamientos, esta visita me permitió volver a tomar contacto con las personas que me ayudaron en el período anterior, saber sobre la vida de quienes habían abandonado el pueblo y enterarme de una serie de acontecimientos que, si bien no siempre los pude analizar con la profundidad que merecían, sin duda ponían en crisis varias de las afirmaciones que había realizado en mi tesis.

Volver

Subo por el camino hacia Nómeque en unas combis (que allí llaman *vans*) nuevas, relucientes y claramente más confortables que los viejos autos que se iban llenando de gente por el camino y que hacían el mismo recorrido nueve años atrás (de todos modos los conductores siguen con la costumbre de intentar meter en ellas la mayor cantidad de pasajeros posible y empujarlos cuando no entran). Si bien los vehículos eran más nuevos y confortables, encontré que la ruta de Sutagao a Nómeque estaba en condiciones mucho peores. El angosto camino –del que ya no podía decirse que estuviese pavimentado– subía hacia las montañas utilizando innumerables curvas. Nuestro viaje (me refiero al primer reencuentro, al primer día que volví) se interrumpió porque el camino estaba cortado por un alud de barro y piedra y debimos esperar veinte minutos para que una máquina despejase el lugar y así poder avanzar. Llovía, y había llovido intensamente sin parar durante días, lo que hacía que la vegetación que nos rodeaba fuera de un verde muy intenso. Me vuelven a sorprender las nubes que cubren y descubren las montañas en un horizonte, la alegría de redescubrir un paisaje que cambia constantemente.

Al seguir subiendo pasamos por un caserío donde leo en una pared una pintada en aerosol que dice "Matemos a todos los guerrilleros: fuera con toda esa chusma. AUC". Las AUC son las Autodefensas Unidas de Colombia, es decir los paramilitares, quienes no operaban en Nómeque al momento de mi trabajo de campo. No puedo más que sorprenderme, hace unos años no hubiera podido existir una pintada que no fuese de la guerrilla de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia). Este fue el primer síntoma de la presencia de los paramilitares en el área. Algo había cambiado, y lo había hecho dramáticamente.

La región tenía una presencia guerrillera que se remontaba a más de cincuenta años. En el capítulo histórico de mi tesis trabajé sobre el enraizamiento de este movimiento y su profunda relación con los campesinos (ver Álvarez, 2004). Ese análisis no hacía pensar que en muy poco tiempo la guerrilla iba a ser borrada del mapa, aunque para hacerlo se utilizaran las tácticas de una guerra sucia. Más adelante escucharía, en voz baja y con extrema precaución, las palabras "listas negras" y "limpieza" para referirse al "trabajo" de los militares y de los "paras" en la zona.

Al llegar de nuevo al centro del pueblo la primera sensación que tuve fue que nada había cambiado, que todo estaba en su lugar. La iglesia, con su voluminosa torre y sus dos ángeles soplando las trompetas y protegiendo –o vigilando– el pueblo, era el edificio más grande, y seguía esperando reparaciones o al menos una mano de pintura. No se veían nuevas construcciones y los negocios eran increíblemente parecidos a sí mismos, como cuando los dejé: las mismas me-

sas, las mismas sillas, los mismos artículos. Solamente una computadora que ofrecía el servicio de Internet, en un pequeño local que era también papelería y poseía –entre otros rubros– una fotocopiadora, marcaba un cambio, una incipiente modernización.

La mayoría de los hombres, particularmente los campesinos, seguían utilizando la tradicional *ruana*. En la plaza reconozco y soy reconocido por quien fuera el sacristán del pueblo (aunque a primera vista me confundió con un seminarista). Este hombre había sido un informante clave en lo tocante a los episodios de venganzas entre familias. Mal vestido y envejecido, había perdido su posición y su estatus con la llegada del nuevo párroco; vendía ahora, como ambulante, números de la lotería. Más tarde me llegaría el comentario de que se había sentido muy halagado porque me había acordado de él y lo había reconocido y saludado afectuosamente.

Reencuentros, afectos y distancia científica

Me encuentro después de muchos años, con Presentación Choachí –tal es el nombre que le di en la tesis–, quien fue tal vez mi principal informante. Encontrarme con ella significó una gran emoción. La relación establecida con Presentación y su familia era (y es) una relación muy afectiva. He aquí otro punto difícil del retorno: hemos escrito sobre personas con las que nos hemos relacionado, con quienes hemos compartido. Maurice Bloch dice:

> Un trabajador de campo no debe olvidar que, en última instancia, deberá terminar, o por lo menos suspender, las intimidades del campo para poder reasumir su vida. Hacer esto es a menudo extremadamente doloroso, tanto para los que son estudiados como para el científico social, pero esta tensión es en sí misma extraordinariamente enriquecedora (en Álvarez, 2004:11).

Este problema no es de ninguna manera fácil ni puede ser abordado pensando que, dado que poseemos buenas intenciones, nuestras relaciones afectivas y nuestra investigación caminarán paralela y armoniosamente juntas. Cuando pensaba en esto, fui a ver la película *Capote*, en la que se nos muestra el dilema moral de Truman Capote. El escritor se relaciona humanamente con un homicida y al principio lo ayuda, en la medida en que éste le ayuda a escribir su novela *A sangre fría*. Lo abandona (deja de pagar a sus abogados) cuando necesita terminar su novela y cuando se da cuenta que el mejor final para esta es que el asesino sea castigado con la pena de muerte y que no consiga otra postergación del cumplimiento de la pena. Capote visita al condenado a muerte en sus últimos momentos y éste le pide que presencie su ahorcamiento. Cuando decide, luego de muchas vacilaciones, verlo por última vez, no sabemos si lo hace por

amistad con su informante o para registrar hasta el final lo que luego formará parte de su libro. Convengamos que el caso de Capote es particularmente psicopático, pero el dilema moral está ahí. Hemos escrito sobre otras personas con las que nos relacionamos, y al volver a encontrarnos con ellas vamos a saber hasta qué punto las respetamos y no las ofendimos con nuestras opiniones. Ellas ha sido el material de nuestras investigaciones, más allá del cariño que les tengamos. Decidir qué escribir y qué no escribir acerca de ellos es un dilema moral de difícil resolución en el que cada caso presenta una situación diferente. Temblé cuando le entregué mi libro a Presentación Choachí. Luego todo fue más fácil: Presentación leyó el libro y lo discutió conmigo, coincidió con las apreciaciones básicas, y yo respiré aliviado. Su hija se lo tomó incluso más ligeramente: se reía de los nombres que le había puesto a cada una de sus tías o cuando podía descubrir a alguna otra persona conocida del pueblo a la que el trabajo hacia referencia. Ella me preguntaba entonces, "¿es éste?"

Trabajamos sobre un material humano y esto implica una enorme responsabilidad. Hay elementos personales que hubieran podido aportar un poco más de sal al libro y que en su momento preferí omitir. Al mismo tiempo, había otros elementos que había escrito y que podían ser considerados ofensivos. Hasta ahora el juicio de mis informantes lectores ha sido benévolo.

Salimos con Presentación a la calle y empiezo a reconocer otros rostros que se acercan o a los que me acerco cuando pasan o mientras camino hacia algún lugar del pueblo. Pregunto por éste y por aquél: muchas personas que vivían en el pueblo han decidido marcharse a Sutagao, la ciudad más cercana, por razones de comodidad en algunos casos o de seguridad en la mayoría de ellos; otros lo han hecho porque sus vidas corrían serio peligro y algunos hasta se exiliaron en Europa o Canadá.

Algunos cambios

Danilo, el marido de una de las Moreno (de quienes hago extensa referencia en la tesis) fue asesinado por las AUC en Sutagao luego de ser incluido en una lista negra, acusado de trabajar con la guerrilla; el resto de la familia había decidido abandonar el pueblo. "Paco", un jefe guerrillero local, fue asesinado en su finca en el páramo mientras "hacía que cultivaba unas papas". Según la versión oficial intentó sacar su arma y disparar, aunque habría sido muerto por la espalda.

Los Artaza, los narcos que describo en el capítulo sexto de mi tesis, habían abandonado repentinamente sus fincas y desaparecido misteriosamente cuando la policía andaba cerca de sus huellas. Guillermo, mi relación con los Artaza, quien me había llevado a su finca, se fue también al Canadá alegando una ex-

traña persecución política que nadie creyó, salvo las autoridades canadienses que le concedieron, generosamente, el status de refugiado.

La feria de *Nómeque*: de la pequeñez a la grandeza

La feria de Nómeque que yo había observado diez años atrás, era entonces una de las más pequeñas y pobres de la región. En realidad había estado suspendida durante varios años por hechos de violencia y se había relanzado durante mi trabajo de campo. Cuando regresé al pueblo, en cambio, todo el mundo quería contarme los detalles de la última feria, que había tenido lugar el año anterior con enorme éxito y ostentación. La gente hablaba de una cabalgata en la que participaron más de mil jinetes de las asociaciones de caballo de paso fino de toda la región. Como desarrollé puntualmente en mi tesis, estas asociaciones eran a menudo acusadas de estar compuestas por narcos y paramilitares (Álvarez, 2004:143-144). No puedo dejar de pensar en una gran demostración de poder. Esta feria, particularmente ostentosa, significaba la celebración de un triunfo, que ellos gustarían de pensar como final y definitivo, el de estos actores sociales sobre la guerrilla, ya erradicada (¿definitivamente?) del pueblo.

Las listas negras y la eficacia del terror

En mi tesis hacía una referencia crítica al concepto de "terror" de Michael Taussig quien lo usa para hablar de un poderoso discurso de dominación que actuaría potenciando los miedos de las personas. El terror sería efectivo, según Taussig en "destruir la capacidad de resistencia de las personas" (Taussig, 1987:128; ver también Taussig, 1992:11). Yo admitía que en Nómeque el discurso del terror era producido por diversos agentes involucrados en políticas de dominación social. Sin embargo, apuntaba entonces que:

> ...he quedado sorprendido al encontrar que, incluso ante condiciones increíblemente amenazantes, la mayoría de las personas en la comunidad no asume una situación pasiva; continúan, por el contrario, persiguiendo sus propios objetivos y no dudan en usar ellos mismos la violencia para conseguir lo que se proponen (Álvarez, 2004:24).

Pensaba que el discurso del terror era menos efectivo en Nómeque tal vez porque no estaba monopolizado por un solo actor social. En la vuelta al campo me encontré con un intento de monopolización del discurso del terror por parte de una conjunción política de hecho entre el estado y los paramilitares. ¿En que consistía la "limpieza" hecha por los militares y los "paras"? Me decían –

siempre en voz baja y mirando a ambos lados para ver si encontraban a alguien escuchando– que se trataba de buscar los "apoyos" de la guerrilla en el pueblo, seguirlos, capturarlos, meterlos presos sin juicio por unos meses para ver qué pasaba y luego soltarlos o condenarlos; amenazarlos, advertirles que si seguían colaborando con la guerrilla iban a tener problemas. Luego los paramilitares se encargarían de cumplir las amenazas. En el pueblo aparecieron varias listas negrascon los nombres que debían abandonarlo o serían ejecutados. Danilo y Paco habrían estado en ellas:

> Danilo, casado con una Moreno, tenía un carro que hacía el viaje de Sutagao a Nómeque pero parece que lo usaba también por el páramo llevando armas a la guerrilla. Lo mataron en Sutagao; cuando iba a parquear su carro pasó una moto y ahí nomás a las tres de la tarde le dispararon. A partir de allí se habló de listas negrasy de que iban a matar a todos los que estaban en esa lista. Se decía que en esa lista estaba un hijo de Eurico y un nieto de doña Lucila, y estaba también el hermano de la ex mujer de Eurico, quien había estado preso ya un año y medio por ayudar a la guerrilla. Lo mataron abajo en el camino a Sutagao ya van a ser dos años de eso.

En definitiva las listas negrasproducían terror y lograban su cometido: se trataba de "dejar a los peces sin agua" como me comentó Ernesto, un cuadro que pude volver a contactar con cierta dificultad. Ernesto, de padres comunistas, había estudiado en el este de Europa.

Tuve un encuentro personal con este "cuadro"formado, con quien había tenido contacto en mi otra estadía (prefiero no dar aquí más detalles personales). Nos encontramos en Nómeque pero arreglamos para vernos en Bogotá donde nos reunimos en dos oportunidades. Debe moverse por toda la zona y está aterrorizado con la presencia de las AUC. Me dice que en Nómeque la presencia de los paras es más limitada en comparación con las atrocidades que cometen en Sutagao, Silvania y Subia:

> En algunas veredas altas de Silvania han matado cientos de personas y enterrado allí mismo los cadáveres. Un electricista, que fue a cambiar los cables enviado por la empresa eléctrica, fue asesinado porque matan a todos los que no conocen. Cuando sus familiares quisieron recuperar su cadáver, que las AUC habían descuartizado, les dijeron que ni se les ocurra, que les pasaría lo mismo.
> En Subia capturaron a cuatro miembros de una familia que colaboraba con la guerrilla, les torturaron con motosierras. A ella, para que diera más nombres le cortaron los senos y luego las rodillas y las piernas. Hay masacres en esas zonas todas las semanas, una vez seis, otras cinco u ocho y así...

Si en mi tesis me sorprendía encontrando que a pesar de la enorme carga de violencia ejercida en Nómeque no encontraba la efectividad de lo que Taussig denominaba el lenguaje del terror, en mi nueva visita al pueblo éste se respiraba en cada conversación.

A Ernesto le preocupaba también la pérdida de reconocimiento de la guerrilla. Según decía, la guerrilla había perdido predicamento porque algunos de los campesinos que eran miembros de ella aprendieron el negocio de los secuestros y de la recaudación de la "vacuna"[3] y entonces se dijeron ¿por qué no lo hacemos para ganar nosotros?. "Y estos grupos secuestraron a todo mundo y ahí se desprestigió. Además, las FARC no supieron ceder algo en las negociaciones de paz con Pastrana [Andrés Pastrana Arango, presidente de Colombia entre 1998 y 2002; S.A.]; algo hay que ceder si se quiere conseguir algo". Sin embargo afirma que la situación en el Sumapaz está latente ya que la guerrilla se ha retirado pero puede volver.

La persistencia de las venganzas entre familias

En el Nómeque de mi tesis los conflictos entre familias se resolvían violentamente mediante la *vendetta.* ¿Que pasó con los Casares, envueltos en un ciclo de venganzas con los Ramallo? Presentación me comentó que uno de los últimos Casares, que había quedado a cargo de la carnicería luego de la muerte de su hermano, fue también asesinado: "Hicieron un gran entierro con mariachis y todo, su viuda lloró desconsoladamente y recitó un poema. Para reabrir la carnicería le pidió ayuda a doña Lucila quien le prestó a Walter, el muchacho que le ayudaba. A los tres meses andaban juntos". Yo también conocía a Walter, un fanático de las riñas de gallos que en ese entonces era amigo de los Casares y me ayudó a conocerlos. Apostábamos juntos por sus gallos. Volví a verlo a los pocos días y posó orgulloso junto a mí en una foto que nos sacamos enfrente de la fama (carnicería) que ahora dirigía; tenía una hijita con la ex mujer del difunto Casares y hasta manejaba un destartalado *jeep*. Todo un progreso para alguien que había habitado en una pequeña vivienda compartiendo el cuarto con innumerables hermanos.

Otros dos Casares quedaron con graves lesiones luego de un ataque perpetrado por sus enemigos –uno de ellos había perdido incluso una pierna en este incidente–. La mujer de uno de ellos, que se llevaba mal con su marido, recibió la carta de un supuesto amante para que se encontraran en un lugar en el páramo. La mujer llevó a su hijita al encuentro y, más tarde, ambas fueron encontradas muertas en las montañas.

Es decir que las venganzas siguieron su ciclo hasta llegar casi a la aniquilación de una de las familias involucradas, tal como había pasado en otros casos anteriores.

El cementerio y algunos muertos

Una visita al cementerio significó otra sorpresa: el lugar que otrora estaba desordenado y sucio estaba ahora cuidado y poseía incluso una pequeña capilla recién construida. Pese a pasar allí medio día, no pude encontrar las tumbas que hacían mención a figuras revolucionarias. En mi tesis comparaba el desorden reinante en el cementerio con una sociedad que había expulsado exitosamente a los terratenientes pero que no había terminado de sedimentar una estructura social. En este retorno, el orden parecía haber sido restablecido. Entre esas tumbas revolucionarias que ya no estaban había una que hacía referencia al "camarada Gonzalito", muerto en un enfrentamiento hace unos doce años. Su hermano –que tenía un *jeep* verde y era, según uno de mis informantes, "un fregado, una muy mala persona"– participó en la muerte de dos policías que habían sido capturados por la guerrilla. Lo cierto es que investigaron, lo siguieron y finalmente lo prendieron, y hasta el día de hoy no ha salido de la cárcel.

Otra familia comunista en problemas es la de Bernal, el fotógrafo del pueblo:

> Primero cogieron al gordo, uno de sus hijos. Lo cogieron cuando intentaba volar unos puentes por Melgar y lo llevaron a la cárcel de máxima seguridad, su padre esperaba durante los diálogos de paz de Pastrana que hubiese una amnistía y pudiese salir. Pero él en la cárcel se fregó porque mató a un narcotraficante muy peligroso que seguramente le hacía la vida imposible. Encima él asumió esa muerte: "yo cargo con esa muerte" , dijo públicamente. Ya lleva como cinco años preso. El otro hijo "chusco", lindo muchacho, llegó a tener cierta importancia en las FARC; cuando fueron los encuentros de la guerrilla con el gobierno en San Vicente del Caguán, su padre se quedaba mirando la televisión a ver si entre los guerrilleros aparecía él, pero no. Su padre estaba muy preocupado al no tener noticias suyas y le rezaba –él, que era comunista– novenas al Divino Niño para que apareciera. Al final se enteró que había muerto en un enfrentamiento. Pobre viejo, sólo le quedaba una hija viva que se fue a vivir a Bogotá. La madre no estaba de acuerdo con sus ideas pero se murió. A la muerte de la madre los hijos sintieron que no tenían qué hacer en Nómeque y le dijeron al padre que ellos tenían sus ideas y que lo mejor era irse al monte.

Todas estas historias nos marcan profundas transformaciones detrás de las cuales el discurso del terror deja su indeleble marca.

Conclusiones

Considero que una breve estadía diez años posterior a un largo trabajo de campo posibilita poner en cuestión los presupuestos fundamentales del mismo. En ese sentido, y con esas limitaciones, ambas experiencias son "comparables".

El regreso al campo nos pone en contacto con el juicio de los actores de nuestra tesis y debemos afrontar los problemas éticos que conlleva, tales como el de transcribir respetuosamente elementos personales, en algunos casos íntimos, en una etnografía.

La vuelta al campo implica además encontrarse con variaciones y permanencias que contestan las rigideces construidas en la narrativa etnográfica. Continuando con la metáfora inicial podemos decir que, aunque dejamos de bañarnos en el mismo río, podemos entender que las aguas más profundas mantienen elementos esenciales que no cambian tan rápidamente. ¿Qué elementos de permanencia concuerdan con mis apreciaciones anteriores? Si bien la corta estancia del retorno no me permite conjeturar demasiado sobre el conjunto de ideologías y prácticas dominantes que yo denominaba patronazgo,[4] todas las evidencias registradas me indican su permanencia (Álvarez, 2004:17). Incluso me atrevería a decir que el triunfo de los paramilitares y los narcos nos marcan también el triunfo de una masculinidad agresiva, competitiva, donde prevalecen ideas de subordinación y control de la mujer. Al mismo tiempo la persistencia y continuación de las *vendettas* entre familias nos hacen ver la persistencia de las tensiones y conflictos provocados, según afirmaba entonces, por las tensiones y conflictos observados al interior de los hogares.

Escribía en las conclusiones de mi tesis, "En Nómeque, el poder es disputado a través del uso por parte de todos los grupos en pugna de diversas formas y manifestaciones de violencia" (Álvarez, 2004:189). Escribo ahora que la comunidad experimenta la victoria de los paramilitares apoyados más o menos desembozadamente por el poder del Estado. En mi tesis de ninguna manera había previsto que la guerrilla, enraizada cultural e históricamente a Nómeque, fuese borrada del mapa. Esta ruptura de un "equilibrio inestable" entre estos diversos grupos hace efectivo el discurso sobre el terror que en mi experiencia anterior parecía no tener la misma efectividad.

Este regreso al campo me hace ver que los elementos centrales del patronazgo se mantienen inalterables, mientras se perciben profundas alteraciones en el ámbito de lo político a favor de los sectores de ideologías y prácticas políticas y sociales más conservadoras. Cuando escribí mi tesis no consideraba que estos sectores conservadores triunfarían ni que pudieran imponer el terror en la región.

Notas

[1] PhD London School of Economics (Department of Anthropology). Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Palermo (Antropología Jurídica, Seminario de Casos I), Buenos Aires, Argentina. E-mail: alvaresantiago@hotmail.com

[2] Los nombres de las localidades y de sus habitantes han sido cambiados a fin de preservar el anonimato de las personas con que me relacioné en el campo.

[3] La "vacuna" es el impuesto revolucionario solicitado por las FARC a los que considera pudientes.

[4] Con el concepto de "patronazgo" definí a una particular versión del sistema patriarcal relacionada con una organización familiar dominada idealmente por una figura masculina poderosa y central, el "patrón" con una numerosa prole legítima e ilegítima que ejerce control sobre las mujeres y también sobre los hombres a él subordinados.

Bibliografía

Álvarez, S. (1999). *The relationship between internally and externally generated violence in an Andean Mestizo Colombian community*. Tesis de doctorado no publicada, London School of Economics, Inglaterra.

Álvarez, S. (2001). Enterrando heróis, patriarcas, suicidas e traidores: solidariedade e ostracismo nos Andes colombianos. *Mana*. 7, 2, 35-55.

Álvarez, S. (2004). *Leviatán y sus lobos, violencia y poder en una comunidad de los Andes colombianos*. Buenos Aires, Antropofagia.

Londoño, R. (1993). *Los nuevos hacendados del Sumapaz*. Bogotá.

Taussig, M. (1987). *Shamanism, colonialism and the wild man*. Chicago, Chicago University Press.

Taussig, M. (1992). *Un gigante en convulsiones*. Barcelona, Gedisa.

Resumen

Este artículo se propone mostrar las dificultades teóricas inherentes al regreso al campo. Luego de un trabajo de campo etnográfico de quince meses en una comunidad campesina de los Andes colombianos, el autor regresa nueve años después por un breve período en condiciones diametralmente diferentes. Es en ese marco que el artículo se propone discutir la viabilidad de la comparación entre estas experiencias. Se muestran las profundas transformaciones que sucedieron en el área analizada y se debate la validez de las hipótesis desarrolladas en la tesis. En particular, se discuten la importancia y efectividad de lo que Michael Taussig denominó el "lenguaje del terror" y la persistencia o no de ideas y prácticas dominantes en las que priva una masculinidad agresiva y competitiva y donde prevalecen ideas de subordinación y control de la mujer.

Palabras clave: Trabajo de campo etnográfico; Comparación; Lenguaje del terror; Patronazgo

Abstract

This article has the aim of showing the intrinsic theoretical difficulties of returning to the field. After en ethnographic fieldwork of fifteen months in a Peasant community of the Colombian Andes the author returned nine years later for a short period in dramatically different conditions. Is in this context that the article discusses the viability of the comparison of diverse ethnographic experiences. The article shows the deep transformations that took place in the field and discusses the accuracy of the hypothesis developed in the thesis. Debates, specially on the relevance and effectiveness of what Michael Taussig defined as the "Language of terror" and also on the persistence of dominant ideas and practices in which prevails an aggressive and competitive masculinity and in which exist ideas of subordination and control over women.

Key words: Ethnographic fieldwork; Comparison; Language of terror; Patronazgo

Los saqueos de 2001 y los grises de la política: una invitación a sociologizar lo clandestino.

Comentarios al libro de Javier Auyero: *La Zona Gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea.* Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Julieta Quirós[1]

"'Invitamos a saquear el supermercado Kin el próximo miércoles a las 11.30, el supermercado Valencia a las 13.30, y el supermercado Chivo a las 17'. Este volante y otros similares circularon en varios barrios pobres de Moreno, un distrito ubicado en el oeste del conurbano bonaerense, invitando a vecinos a unirse a las multitudes que saquearon varias docenas de supermercados y negocios de comestibles durante los días 18 y 19 de diciembre" (Auyero, 2007:24).

La lectura de este trecho de *La Zona Gris: violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*, último trabajo de Javier Auyero publicado en la Argentina, me remitió a las dos visiones que, presentándose como excluyentes, se disputaron la interpretación de los saqueos de 2001 y los acontecimientos del 19 y 20 en su conjunto: una –que podríamos llamar 'espontaneísta'– vio en las acciones populares de aquellas jornadas un estallido social –muchos hablaron de rebelión o insurrección popular–, donde confluyeron diversos sectores golpeados por la crisis económica. Desde esta perspectiva, los saqueos habrían sido la respuesta de los sectores más golpeados a una situación colectiva de hambre, pobreza y desempleo. Otra visión –'conspirativa' si se quiere– vio en las jornadas del 19 y 20, y específicamente en los saqueos, un conjunto de acciones cuidadosamente organizadas: una maniobra diseñada por ciertos sectores del poder político y económico para desestabilizar –y eventualmente derrocar– al gobierno de Fernando De la Rúa. Desde esta perspectiva, los protagonistas de los saqueos habrían sido las piezas con las cuales los poderosos –una fracción del peronismo y del empresariado nacional– llevaron a cabo su jugada desestabilizadora. La oposición entre rebelión (desde abajo) y conspiración (desde arriba) fue, también, la oposición entre lo "espontáneo" y lo "organizado": el primer término hacía del 19 y 20 de diciembre una protesta popular auténtica y legítima; el segundo, una artimaña espuria y golpista.[2]

La Zona Gris constituye el primer estudio sociológico que interroga de cerca la dinámica de los saqueos de diciembre de 2001. Javier Auyero se atreve a desglosarlo de ese conjunto compacto que dimos en llamar "19 y 20 de diciembre" –en el que cacerolazos, movilizaciones, saqueos y asambleas populares se fundieron en un único fenómeno: la rebelión popular o la conspiración palaciega–, para examinarlos en su especificidad. Por este recorte novedoso, y por el tipo de preguntas de las que parte, *La Zona Gris* es, también, un desafío a las interpretaciones que hasta el momento se han disputado la representación de los hechos de diciembre. Las desafía, sobre todo, porque antes que preocuparse por definir *qué* fueron, o *por qué*, se pregunta, primero –y sencillamente–, *cómo* sucedieron. Y en ese "cómo" –que significa cuándo, dónde, por quiénes, frente a quiénes, contra quiénes– Auyero nos presenta un escenario enmarañado que torna dudosa cualquier respuesta simple a los *qué* y los *por qué*. No se trata, simplemente, de que se vuelve difícil hablar de rebelión o de conspiración; se trata, más bien, de que a la luz del análisis del autor los propios límites entre lo espontáneo y lo organizado comienzan a desdibujarse. En este sentido, es de imaginar que el libro –que nos confronta con un universo complejo, plagado de grises– impaciente a aquellos que sólo se sosiegan con una sociología de afirmaciones (blancas o negras) y respuestas (conclusivas).

En principio, con este nuevo trabajo Auyero traza una línea de continuidad con sus investigaciones en el área de estudios sobre la acción colectiva y la protesta social (cf.: Auyero, 2002 y 2004). Siguiendo a Thompson, el autor contesta la visión espasmódica de la acción colectiva –esto es, la articulación mecánica entre condiciones materiales (hambre, pobreza, desempleo) y acción popular–, y parte del supuesto inverso: el de que cualquier comportamiento colectivo supone un conjunto de acciones elaborado cuya explicación no se agota en condicionamientos materiales. Plantea que para comprender la naturaleza de los saqueos de 2001 debemos poner entre paréntesis las grandes explicaciones, ajustar el zoom y analizar su dinámica microscópica, es decir, las tramas de relaciones y secuencias de interacciones que estuvieron en su génesis y desarrollo. El autor emprende su propuesta por un doble camino: por un lado, el de la investigación de archivo, llevando a cabo una minuciosa reconstrucción de los hechos en base al examen de la prensa nacional, provincial y local, correspondiente a diciembre de 2001. Por otro, el de las entrevistas a algunos de los protagonistas de los saqueos en dos distritos del conurbano (personas que saquearon, vecinos, comerciantes cuyos negocios fueron saqueados, militantes partidarios locales, *punteros* políticos) y a actores políticos claves en aquel momento histórico (Juan José Álvarez, Secretario de Seguridad de la provincia de Buenos Aires; Aníbal Fernández, entonces Ministro de Trabajo de la provincia; Luis D'Elia, dirigente de la Federación Tierra y Vivienda).

Articulando ambos tipos de evidencia, el autor advierte que la dinámica de los saqueos presenta una serie de recurrencias reveladoras. En primer lugar, la selectividad de los blancos: los saqueos se concretan mayoritariamente en comercios chicos y no en los grandes supermercados. Segundo, la protección policial también es selectiva: estadísticamente hay presencia policial en los grandes mercados y ausencia en los chicos. Tercero, presencia de militantes y referentes partidarios en los lugares de saqueo que carecían de protección policial, y ausencia de esos militantes en puntos con presencia policial. Cuarto, las acciones cuentan con gente que dirige, organiza, dide dónde ir y dónde no, cuándo entrar y cuándo salir –según algunos de los entrevistados, esos organizadores eran en algunos casos *punteros* partidarios–. Quinto, fuerzas de la policía bonaerense que, estando en lugares con amenazas o acciones de saqueos, no sofocan a sus protagonistas –tenían orden de no hacerlo–, e incluso participan de los mismos. Finalmente, buena parte de los entrevistados señala que *sabía* que iba a haber saqueos –hacía tiempo que se venían anunciando a través de rumores–, y casi todos ellos los atribuyen a la "política".

Si examinamos de cerca la dinámica de los saqueos es difícil, argumenta Auyero, oponer saqueadores a fuerzas represivas, agentes del caos a agentes del orden, violencia a política institucional. Aún más: la dinámica de los saqueos, dice el autor, revela un conjunto de relaciones y conexiones "clandestinas y ocultas" (2007:24) entre saqueadores, militantes partidarios, autoridades políticas y fuerzas represivas del Estado, que fueron parte de las condiciones de posibilidad de esos hechos. Estas conexiones –que imbrican lo que solemos pensar como separado, y tornan borrosas las distinciones entre política institucional y política beligerante– constituyen lo que Auyero denomina la *zona gris* de la política.

Su tesis sobre la zona gris es doble: (1) las relaciones que la constituyen son un componente clave en la génesis de acciones de violencia colectiva extraordinaria –como los saqueos–; (2) lejos de desaparecer cuando desaparece la violencia, la zona gris es constitutiva de la vida política ordinaria y formal, o si se quiere, de la normalidad de la política. Los saqueos de 2001 son, en este sentido, una especie de caso ejemplar a través del cual Auyero construye y explora ese "objeto analítico" (2007:48) que le interesa: la *zona gris* de la política. El libro plantea, así, una propuesta de investigación: invita a convertir en objeto sociológico una serie de fenómenos hasta ahora reservados al universo de la especulación, de la anécdota, de las denuncias y los informes periodísticos, de las biografías no autorizadas. Auyero nos dice que el volante que recibieron los vecinos de Moreno invitando a saquear debe ser considerado seriamente si es que queremos entender cómo funciona efectivamente la vida política argentina.

Acogiendo la propuesta programática del libro, reflexiono, en las páginas que siguen, sobre algunas dimensiones e implicancias de ese objeto analítico que apunta a circunscribir y encarar el estudio de fenómenos que, como bien nos indica el autor, tienden a ser dejados de lado, tanto por los estudios de la política beligerante, como por los de la política institucional. Entre los caminos posibles que puede adoptar esa reflexión, aquí me propongo esbozar uno, doblemente parcial. Primero, porque busca trazar un diálogo –también, uno entre otros posibles– entre la mirada sociológica y la antropológica; es decir, plantea al libro preguntas e inquietudes que podríamos considerar "antropológicas". Segundo, porque en la medida que da la bienvenida a la proposición del libro, no para sintetizarla o reproducirla, sino para analizarla con el espíritu en que el propio autor la ofrece, esto es: no como un punto de llegada, sino como un punto de partida a ser desplegado. En este sentido, mi reflexión no da el mismo tratamiento a todos los puntos del argumento de la obra, sino que se concentra en algunos específicos: aquellos que indican, a mi entender, direcciones para pulir la noción de la *zona gris* como herramienta conceptual y desdoblar su usos analíticos.

Sociologizar lo clandestino

La zona gris no es sólo un área de ambigüedad donde se funden las fronteras de la política institucional y la política violenta. Es también un espacio de clandestinidad, en la medida en que incluye prácticas y relaciones signadas por diverso grado y escala de ilegitimidad e ilegalidad. Sociologizar lo clandestino es, entonces, uno de los desafíos al que nos convoca Auyero. La lectura del libro abre, en este sentido, una serie de interrogantes sobre las implicaciones del ejercicio; interrogantes que trascienden el fenómeno de los saqueos y el campo de la política, en tanto y en cuanto constituyen dilemas de buena parte, sino toda, la investigación sociológica y antropológica –pues todo universo de estudio nos depara, en mayor o menor medida, con sus zonas grises-.

¿Cómo estudiar, entonces, lo clandestino? La pregunta se desenvuelve en varias otras. Algunas de carácter epistemológico: ¿cómo no transformar la pesquisa en una búsqueda de "verdades" ocultas, y con ello, la relación del investigador con sus interlocutores en un vínculo guiado por la sospecha?; ¿cómo no aplanar o medir la palabra de nuestros interlocutores con la vara de lo verdadero/falso? Y, más importante: ¿cómo no jerarquizar las perspectivas y las versiones encontradas, o no presumir que unas son menos parciales o interesadas que otras? El análisis de Auyero resiste a esta jerarquización y despliega visiones discrepantes, en cuya superposición –y contradicción– el autor va diseñando el cuadro de conexiones que le permiten iluminar parte de la trama

relacional de los saqueos. Así, por ejemplo, mientras en una entrevista el Ministro de Trabajo de la provincia de Buenos Aires dice enterarse de los saqueos con anticipación, gracias a la información que provenía de "las bases" del partido en los barrios, los entrevistados pertenecientes a las "bases" –*punteros* por ejemplo– dicen al autor que ellos sabían de antemano que habría saqueos, porque "la gente del partido" lo había comunicado. El autor no se apresura dando más o menos crédito a una versión, sino que las pone en un primer diálogo, del cual surge un dato que interesa: la existencia de una red de relaciones por la que circula información, y por la que circularon los rumores que crearon, entre otras cosas, condiciones y disposiciones para saquear.

Incluir zonas grises en nuestras investigaciones abre, también, un conjunto de interrogantes de orden metodológico: ¿qué técnicas de investigación requiere ese ejercicio?; y, más específicamente, ¿qué implicancias, alcances, y limitaciones, presenta la técnica de la entrevista? Entiendo que, además de una reflexión sobre cómo el investigador irá a hacer visible aquello que es para ser oculto –es decir, qué tipo de escritura y presentación de los datos se requiere para hablar de lo que compromete a nuestros interlocutores–, es necesario, también, algo que en ciencias sociales solemos hacer poco: me refiero a la incorporación en el análisis de la situación de entrevista y del estatuto de los datos allí producidos. La esterilidad de juzgar el discurso del entrevistado en términos de verdad/falsedad, creencia/sospecha, no es una cuestión de disposiciones subjetivas sino un problema sociológico vinculado a: (1) el hecho de que, como nos enseñara Malinowski, el sentido de la palabra no está desligado del contexto de situación en que la palabra es proferida –en qué circunstancias, frente a quién, para quién nuestros interlocutores están hablando, son elementos que constituyen el significado de lo que es dicho-; y (2) a que, como nos enseñaran primero Jackobson y luego Austin, la función comunicativa es tan sólo una de las múltiples funciones del lenguaje –al hablar no sólo "comunicamos" sino que producimos realidades, efectos poéticos, estéticos, performativos, sobre el mundo social-.

En este sentido, podríamos decir que lo que comerciantes, políticos, funcionarios, vecinos y militantes partidarios le dicen a Auyero en relación a los saqueos no está desvinculado de: la relación que cada uno de ellos tiene con el investigador; los juicios y valores, propios y ajenos, en torno a los hechos narrados; lo que el entrevistado piensa sobre las ideas, valores, y juicios del entrevistador (y viceversa); las expectativas del entrevistado en relación a lo que se dirá sobre y a partir de lo dicho, y, por tanto, las imágenes –una vez más, propias y ajenas– que el entrevistado quiere dar ante el entrevistador y la audiencia; la posición social y estructural del entrevistado en los hechos narrados y en las redes de relaciones que esos hechos involucran (quiénes son esas personas y qué

vínculos tienen entre sí); los intereses de cada quién y la competencia, dentro de esas redes, por imponer una cierta visión acerca de los saqueos. Aunque Auyero introduce algunos de estos elementos a lo largo del libro, una interrogación sistemática sobre ellos enriquecerá, sin duda, el material empírico, e iluminará nuevas y más dimensiones de las bases relacionales de los saqueos.

La Zona Gris nos lleva a reflexionar sobre la entrevista como técnica en un sentido más profundo: el de la importancia de buscar evidencias empíricas alternativas a la palabra. En un trabajo excepcional sobre las prácticas de brujería en la Francia contemporánea, Jeanne Favret–Saada (1977) problematiza las dificultades que atravesó durante su trabajo de campo para acceder a los fenómenos en que estaba interesada. A juzgar por las respuestas que sus interlocutores daban a sus preguntas, ella debería haber afirmado, sencillamente, que ninguno de ellos practicaba brujería, o inclusive, que en el Bocage la brujería no existía. Sólo cuando la investigadora, conviviendo en la comunidad, se vio implicada en una situación de acusación de brujería –es decir, cuando se vio involucrada y afectada dentro de ese mundo–, pudo saber algo sobre esas prácticas que a nivel del discurso eran negadas, o simplemente atribuidas a otras personas y a otros lugares. Su etnografía evidencia cómo, dependiendo del objeto, la pregunta como técnica de indagación, y la palabra como evidencia, pueden tornarse caminos truncos de investigación. Volviendo a *La Zona Gris*, entiendo que los puntos mencionados arriba (contexto de situación, funciones performativas del lenguaje, análisis sociológico de las posiciones–de y las relaciones–entre los entrevistados) constituyen una puerta prolífica en esta dirección, como también lo son la investigación de archivo y el análisis estadístico, por los que Auyero llega a hipótesis y conclusiones sugestivas.

Una última observación en relación a la zona gris como objeto sociológico: ¿gris –ambiguo, y clandestino– para quién y desde el punto de vista de quién? Esta pregunta –la pregunta con la que un antropólogo siempre viene a importunar– no es protocolar, sino que hace, a mi entender, a la potencia de la 'zona gris' como herramienta analítica. El vínculo entre "violencia colectiva extraordinaria" y "política partidaria habitual" –que el autor identifica al inicio como una clave para comprender los saqueos– es una de las tantas formas que puede adoptar la zona gris. A lo largo del libro, el objeto tiende a extenderse cuando la "política partidaria habitual" deviene "política", o cuando la "violencia colectiva extraordinaria" deviene "violencia" a secas, y abarca comportamientos colectivos e individuales, cotidianos y extra-cotidianos. La zona gris pasa a ser, entonces, el espacio donde se localiza un amplio espectro de prácticas y relaciones –desde los vínculos entre gobiernos y partidos políticos con la mafia, el tráfico de drogas, la represión ilegal, el crimen organizado, hasta casos que el autor toma de sus investigaciones, como la relación entre vecinos y *pun-*

teros barriales en enclaves de pobreza, o como el caso del El Chofa, una especie de matón local de cuyo accionar depende el funcionamiento de la política institucional en una provincia argentina (2007:65 y ss.). Lejos de ser un problema en sí mismo, entiendo que esta elasticidad puede ser ventajosa, siempre y cuando explicitemos desde el punto de vista de quién y en base a qué criterios (blancos y negros) estamos definiendo las fronteras de la zona gris –que son también las fronteras, siempre relativas y situacionales, entre política/violencia, legalidad/ilegalidad, legitimidad/ilegitimidad-. Pensando en esta dirección, sugiero que una serie de ideales sobre el deber-ser del vínculo político y de la institucionalidad democrática están operando en la aparición del 'gris', y que vale la pena ensayar el ejercicio de reflexionar sobre ellos: en primer lugar, porque se trata de ideales que suelen estar en la base de las preguntas y respuestas con que abordamos el estudio de la política desde el campo académico; y, en segundo lugar, porque explicitarlos nos permitirá evitar que la zona gris se nos escabulla como objeto, o se transforme en una categoría moral (y acusatoria), más que analítica.[3]

En lo que sigue esbozo un inicio de este ejercicio, y para ello me detengo en un apartado del libro donde la zona gris se vuelve escurridiza: el de las imbricaciones entre política partidaria y vida cotidiana en contextos de pobreza y marginalidad.

La zona gris de la "política de los pobres"

La zona gris se extiende en otra dirección cuando es definida como el espacio social en el que convergen no dos, sino tres elementos: la "violencia colectiva" (extraordinaria), la "política partidaria" (habitual), y la "vida cotidiana". Esta tríada es central en el argumento, en la medida en que permite al autor mostrar que la trama de relaciones que se activó durante los saqueos los precede y los trasciende. Al tomar distancia de una visión rupturista entre política ordinaria y extraordinaria, y al desconfiar de las grandes explicaciones mecanicistas –tanto de derecha como de izquierda–, Auyero demuestra que los saqueos no salen de un repollo, sino que están inscriptos y elaborados en una red de relaciones interpersonales, cotidianas, microscópicas. La reconstrucción de esa red es sugestiva: el autor nos muestra, por ejemplo, la circulación del rumor como un elemento clave en la creación de oportunidades para saquear (y luego para desmovilizar), las relaciones interpersonales (de parentesco, amistad y vecindad) por las que circularon esos rumores, y a esas relaciones operando en el momento del saqueo (la gente no va sola a saquear sino con personas de confianza; la presencia de personas conocidas va pautando la dinámica de las acciones, indicando adónde ir y adónde no). Sin dejarnos simplificar el juego en

visiones espontaneístas o conspirativas, el análisis de Auyero nos permite ver el poder diferencial para producir efectos sobre el mundo social. Las estructuras partidarias son un caso de ese poder diferencial: los *punteros* difundieron la noticia de la oportunidad de saqueo y tuvieron crédito en virtud de su lugar social -en la política ordinaria y cotidiana- como distribuidores de recursos y, sobre todo, de conocimiento e información.

Auyero retoma, así, otra línea de su trayectoria intelectual (cf.: Auyero, 1997 y 2001) y argumenta que, en contextos de pobreza, las redes partidarias son claves en la supervivencia y la resolución de los problemas de esas poblaciones, y que el intercambio clientelar es la forma dominante en que, día a día, *punteros* y *vecinos* se vinculan. La posición cotidiana de los *punteros* en tanto agentes distribuidores de programas y recursos públicos, nos obliga, dice Auyero, a revisar las distinciones tajantes entre política formal e informal, entre Estado e instituciones no estatales. En el esquema argumentativo del libro, el clientelismo es la zona gris de la política de los pobres.

Atendiendo a los casos y descripciones que el autor presenta, sin embargo, entiendo que las relaciones clientelares son grises al desafiar, además, otra serie de distinciones normativas que -dependiendo del caso y de la perspectiva adoptada- las tornan ocultables, ilegítimas, desviantes o políticamente incorrectas. Una de esas distinciones refiere a lo que podríamos llamar principio de impersonalidad, esto es: el presupuesto de que el Estado moderno, y sobre todo la aplicación de sus políticas, no funcionan –o no deberían funcionar– sobre la base de vínculos interpersonales y contingentes (como aquel que liga, por ejemplo, a *punteros* y *vecinos*–) sino, antes bien, mediante procedimientos impersonales y padronizados. Una segunda distinción normativa refiere al par universal/particular: los intercambios en que se basan las relaciones cotidianas entre pobres y estructuras partidarias involucran bienes específicos (como las políticas de asistencia social) que, al ser asignados diferencialmente, introducen una selectividad dentro de la población. A través de las relaciones clientelares, aquello que se presenta como universal es, en la práctica, particularizado. La lógica interpersonal del *favor* y del *agradecimiento* propia del vínculo clientelar confronta con el ideal democrático moderno del *derecho*, en virtud del cual la circulación de los recursos estatales debe regirse por criterios no sólo impersonales, sino también, aplicados igual y universalmente a todos -esto vale, inclusive, para los criterios selectivos de las políticas focalizadas-. En la medida en que las redes clientelares ponen a funcionar su maquinaria personalista y particularista, desafían el universalismo y se tornan grises. Entiendo que una tercera distinción normativa es quebrantada por el vínculo clientelar, tiñiéndolo de gris. Partimos del supuesto de que ese vínculo es una relación política fundada en un intercambio que incluye beneficios económicos; ese fundamento las

torna espurias en la medida en que desafía las fronteras de dos órdenes que, creemos, deben ir separados: la política, universo que presumimos referente al compromiso desinteresado, y la economía, universo que presumimos ligado a la subsistencia y al interés.[4] A ello se suma un rasgo fundamental de ese intercambio político-económico: su carácter asimétrico. Auyero señala la asimetría en términos de dominación: la dominación del "mediador" o "broker" sobre el "cliente", en virtud de la dependencia que éste último tiene respecto del primero para la resolución de sus problemas de subsistencia.

Me pregunto, no obstante, si en el marco de una mirada preocupada por los efectos de poder del clientelismo, no cabría preguntarnos, también, por el carácter recíproco de la dependencia: es decir, la forma en que la posición y el poder de los *punteros*, depende –en otro nivel del circuito de intercambio– del apoyo de sus "clientes". Creo importante señalar la naturaleza interdependiente de esta relación, no para restar peso a la asimetría que la caracteriza sino, al contrario, para ver que el *puntero* es una pieza fundamental dentro de esa tecnología de poder –en el sentido foucaultiano del término– que es el clientelismo. Además de las perspectivas "culturalistas" –el clientelismo como conjunto de hábitos, disposiciones y creencias arraigadas– o "historicistas" –el clientelismo como coyuntura–, podemos pensar e interrogar al fenómeno clientelar como una tecnología de poder dentro de esa forma de gobernar que conocemos como democracia. En su análisis etnográfico sobre el funcionamiento de la democracia moderna, Marcio Goldman (2006) propone esta lectura y llama la atención sobre la forma en que ciertos mecanismos de poder, como las elecciones, concilian principios de inclusión (la representación política, por ejemplo) con principios de exclusión (la profesionalización de los políticos). Pensando a la luz de esta formulación, me pregunto si una de las mayores eficacias del clientelismo como tecnología de poder no reside, precisamente, en su capacidad para realizar una negociación práctica entre principios de ese tipo: el derecho universal y el derecho restrictivo. El clientelismo consigue una coexistencia relativamente pacífica –y disciplinadora– entre la inclusión y la exclusión en la medida en que el acceso a las políticas y recursos estatales permanece virtualmente abierto para todos, mientras, en los hechos, se restringe a aquellos que están dispuestos a (o tienen condiciones para) entrar en sus redes.

Volveré sobre este punto en el último apartado. Antes, una última observación –ya de otro orden– sobre la incorporación –junto con la "violencia colectiva" (extraordinaria) y la "política partidaria" (habitual)– de la "vida cotidiana" al espacio de la zona gris. Nuevamente, la pregunta molesta: "vida cotidiana" de quién. Auyero contempla en su análisis la vida cotidiana de los pobres. Queda planteada la pregunta que Laura Masson (2002) y Gabriel Vommaro (2008) formulan en relación al clientelismo: ¿hay zona gris más allá de la política de

los pobres? Entiendo que sería desacertado reducir la imbricación entre "política partidaria" y "vida cotidiana" a los sectores populares.[5] Como dije al inicio, *La Zona Gris* no pretende ser un punto de llegada, sino el punto de partida de una propuesta programática y de un campo de investigación; en este sentido, queda pendiente la tarea de examinar las imbricaciones entre política partidaria y vida cotidiana de los poderosos. El libro nos sugiere la centralidad de esa imbricación en los saqueos: entre las evidencias presentadas por el autor encontramos, por ejemplo, a Alfredo Coto pidiendo al gobierno protección para sus supermercados, a través de un llamado telefónico directo a la Secretaría de Seguridad. Las relaciones cotidianas entre los Coto y las estructuras más altas del poder son la otra arista de la zona gris en la normalidad de la política, y una pieza a ser incorporada en el estudio de la trama relacional de los saqueos.

Los grises de la política: *¿contra* o *con* la democracia?

Una de las tesis que recorre el libro es que las relaciones que operan en la zona gris no sólo tienen un lugar central en el funcionamiento de nuestro sistema político, sino que se encuentran, además, en expansión. A la luz de los factores que el autor identifica como causantes de ese crecimiento –aumento de la marginalidad y la pobreza estructural; impunidad de las fuerzas represivas; consolidación y avance de las redes clientelares en un Estado en retirada[6] –, una lectura posible de la afirmación sería pensar a la zona gris como un espacio propio de sistemas democráticos defectuosos. Habría entonces, según el momento y el lugar, más o menos zona gris. Y si bien Auyero sugiere esto en varios pasajes del libro, pienso que él mismo nos ofrece otra lectura alternativa, cuando nos aclara que su trabajo busca escudriñar la zona gris en su contenido y forma dentro de una coyuntura histórica específica (2007:74). A mi entender, la propuesta del libro despliega su potencialidad desde este último punto de vista más "estructuralista" si se quiere: es decir, un punto de vista preocupado por indagar bajo qué formas se presenta y opera la zona gris en cada contexto socio–histórico.

Esta lectura se complementa con la perspectiva de poder y sus tecnologías, que sugerí más arriba para pensar al clientelismo. A la luz de esa perspectiva, la relación entre zona gris y democracia adquiere, también, una arista más estructural que coyuntural: las relaciones que hacen a la zona gris pueden ser vistas, no sólo como aquello que vulnera o desvirtúa las formas democráticas, la ciudadanía o la dimensión pública de la política (2007:77; 199 y ss.) sino, también, como parte de los pilares sobre los cuales eso que conocemos como "democracia" –aquí y en el primer mundo– efectivamente se practica. En otros términos: sugiero que aquello que desde una perspectiva aparece como un obstáculo para

la democracia, desde otra es, precisamente, parte de sus condiciones de posibilidad. Esta mirada nos permitiría repensar el lugar de algunos fenómenos que consideramos como desperfectos a ser corregidos: por ejemplo, la "compra de votos", que Auyero menciona al final del libro, podría ser pensada como parte de los mecanismos estructurales con que se definen las elecciones en democracia; o, también, podría pensarse que –junto con la alternancia electoral– el poder disruptivo de las elites y las acciones de violencia extraordinaria (colectivas o no) son parte de los mecanismos que dirimen quién va a gobernar –en democracia-.

El Estado democrático y el sistema de partidos, nos recuerda Goldman (2006: 265 y ss.), no son sólo instituciones sino, también, un tipo específico de poder cuyo único modo de funcionamiento posible es oscilar, continuamente, entre "códigos explícitos" y "trampas inconfesables"; es en este sentido que la zona gris resulta un objeto analítico promisorio en nuestra compresión de la política contemporánea.

Notas

[1] Magíster y doctoranda del Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro. E-mail: juquiros@hotmail.com

[2] Cabe excluir, dentro de este esquema, a la interpretación de la izquierda trotskista, que atribuyó un sentido y valoración inversos al par espontaneísmo/organización: descartando la teoría del golpe desde arriba, vio en la rebelión popular, no una reacción espontánea a la crisis, sino la respuesta de una clase obrera organizada.

[3] Este desplazamiento –del orden conceptual al orden moral- es señalado por trabajos que reflexionan sobre la noción de clientelismo en la obra de Javier Auyero (Vommaro, 2008) y sobre el tratamiento del vínculo clientelar en la "política de los pobres" (Masson, 2002). En *La Zona Gris,* la clasificación de relaciones y prácticas como "violentas", "desviantes", "clandestinas", o el uso de términos como "saqueador" o "puntero" –categorías que en el universo social estudiado pueden jugar como etiqueta acusatoria-, merecen una reflexión en la medida que no son operaciones meramente descriptivas sino calificaciones hechas en base a premisas normativas a ser enunciadas –sobre todo si tenemos en cuenta que esas premisas no son, en muchos casos, compartidas por los protagonistas de las situaciones consideradas *grises* por el autor-.

[4] Esta purificación no es exclusiva de los estudios sobre clientelismo. Como muestro en otro trabajo (Quirós, 2008), forma parte de los implícitos en los estudios sobre movimientos sociales y acción colectiva, y sobre la política entre sectores populares en general.

[5] Mientras tanto, queda abierto el interrogante inverso, también planteado por Masson y Vommaro: ¿habría, para Auyero, "política de los pobres" más allá (de la zona gris) del clientelismo?

[6] Varios autores han criticado la idea de ausencia del Estado (Manzano, 2007; Grimson, 2003; Svampa y Pereyra, 2004) e indicado la necesidad de estudiar los modos en que el Estado redefinió sus modos de intervención social. Señalo, además, que recuperando la propuesta de Auyero de acoger los grises y desconfiar de nuestras clasificaciones rígidas (entre política institucional y no institucional, formal e informal, entre Estado y Sociedad), parece pertinente estudiar la gestión de recursos estatales por parte de agentes en teoría "no estatales" –como los *punteros*- como parte de las formas a través de las cuales hoy ese Estado se hace presente.

Bibliografía

Auyero, J. (Comp.). (1997). *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*. Buenos Aires, Losada.

Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas del clientelismo del Peronismo*.

Buenos Aires, Manantial.

Auyero, J. (2002). *La protesta. Retratos de la Beligerancia popular en la Argentina democrática*. Buenos Aires, Libros del Rojas.

Auyero, J. (2004). *Vidas Beligerantes: dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Favret–Saada, J. (1977). *Les Mots, la mort, les sorts : la sorcellerie dans le bocage*. Paris, Gallimard.

Goldman, M. (2006). *Como funciona a democracia. Uma teoria etnográfica da política.* Rio de Janeiro, 7Letras.

Grimson, A., Lapegna, P., Levaggi, N., Polischer, G., Varela, P. y Week, R. (2003) *La vida organizacional en zonas populares de Buenos Aires. Informe etnográfico*. Center for the Study of Urbanization and Internal Migration in Developing Countries, Population Research Center, University of Texas. Working Paper Series, 02. [en línea]. www.prc.utexas.edu/urbancenter/documents/wp0315e.pdf

Manzano, V. (2007). *De* La Matanza Obrera *a* Capital Nacional del Piquete: *etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social*. Tesis de Doctorado no publicada, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Argentina.

Masson, L. (2002). La villa como aldea. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. 27.

Svampa, M. y Pereyra, S. (2004). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires, Biblos.

Quirós, J. (En Prensa). Política e economia na ação coletiva: uma crítica etnográfica às premisas dicotômicas. *Mana. Estudos de Antropologia Social*.

Vommaro, G. (En Prensa). Diez años de ¿Favores por votos? El clientelismo como concepto y como etiqueta moral. En E. Rinesi, G. Vommaro y M. Muraca (Comps.), *¿Si este no es el pueblo? Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*. Buenos Aires, La Crujía-UNGS.